Carnaval

FRAY MOCHO



"MIDINETTE"
por Valentín Thibon de Libian

Nº 618

FÓSFOROS
MARCA
VICTORIA

RESISTENTES Á LA HUMEDAD



FRAY MOCHO

Año XIII | Buenos Aires, 26 de febrero de 1924 | Núm. 618

La renuncia del gobernador de Córdoba y su alejamiento de la vida política

La política que tantas sorpresas ofrece, ha dado recientemente, amplio tema al comentario: la renuncia del gobernador de Córdoba, doctor Julio A. Roca y de sus ministros que le secundaban en su meritoria gestión administrativa.

Tiene carácter indeclinable la dimisión del ex mandatario, y además expresa la comunicación correspondiente enviada a la legislatura, el propósito del doctor Roca de retirarse por completo de la vida política.

¿Este propósito será cumplido? Porque ya se sabe que así como a los artistas les es difícil abandonar el escenario aún cuando así lo manifiesten, los políticos, aquellos que como el doctor Roca han tenido una activa y destacada actuación, no "pueden con el genio", muchas veces, y sienten, en la proximidad de alguna elección, cuando la apertura de los comicios está cercana, una tentación que suele tomar los caracteres de algo irresistible...

Sea como fuere lo fundamental es esto: que la renuncia de los funcionarios de Córdoba, con el gobernador a la cabeza, tiene una importancia evidente, cuando todavía la "docta provincia", está amenazada por una intervención federal que muchos estimaban como una imprescindible "necesidad reparadora".

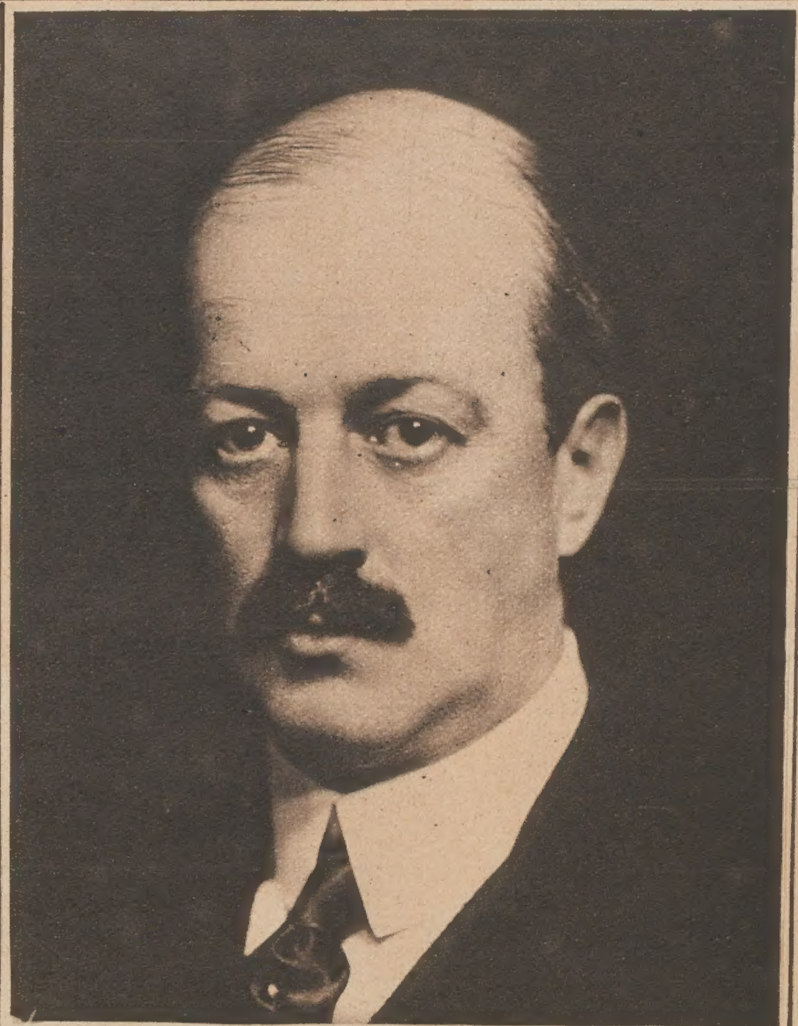
Para ellos, y "para la posteridad", queda este documento, con el cual el ex gobernador deja constancia de su actitud:

"El Gobierno de Córdoba, que recibí el 17 de mayo de 1922, bajo la amenaza inmediata de la intervención nacional, está hoy firmemente consolidado y se desenvuelve bajo el auspicio de sus renovadas y prestigiosas instituciones.

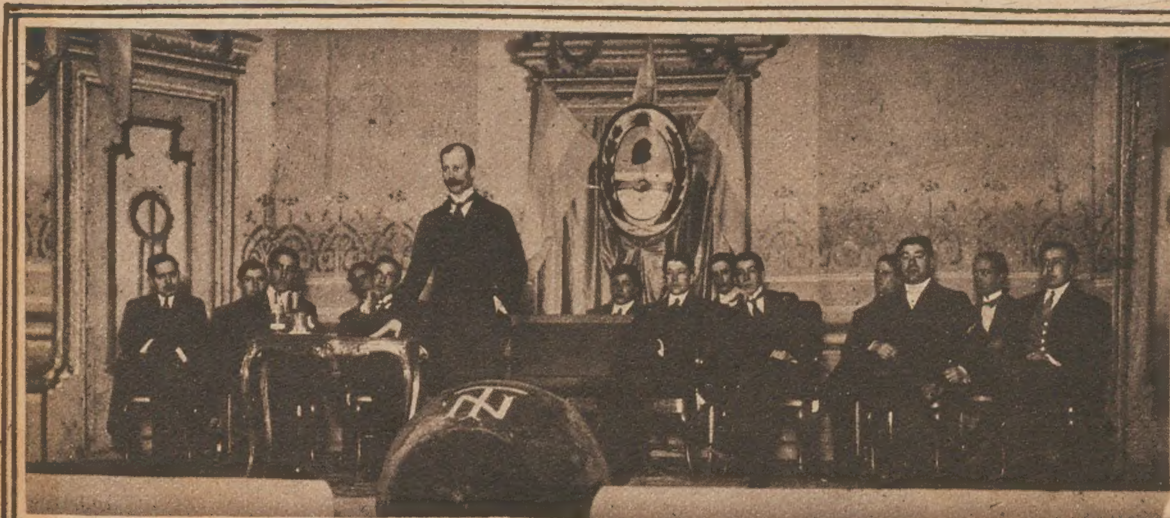
"Puedo, en consecuencia, sin poner a prueba su estabilidad y sin faltar a mis compromisos y a mis deberes de ciudadano o de partidario, reclamar la libertad de despojarme del cargo que ocupo, el más alto y honroso de mi vida, que habré de trocar por un absoluto e ilimitado alejamiento de toda actuación política.

"Pido para esta actitud, que asumo bajo la inspiración de un meditado e irreductible convencimiento, el respeto deferente de la opinión.

"Pongo en manos de V. H. mi renuncia indeclinable del cargo de gobernador de la Provincia. Dios guarde a V. H."



Con la dimisión del doctor Julio A. Roca, pierde el país uno de sus mejores gobiernos. — Uno de sus últimos retratos.



Durante el acto de proclamación del Dr. Roca, a diputado nacional, en Córdoba, hace ya algunos años, cuando el P. A. N. sostuvo su candidatura.



Con un grupo de correligionarios en la capital de la docta provincia.

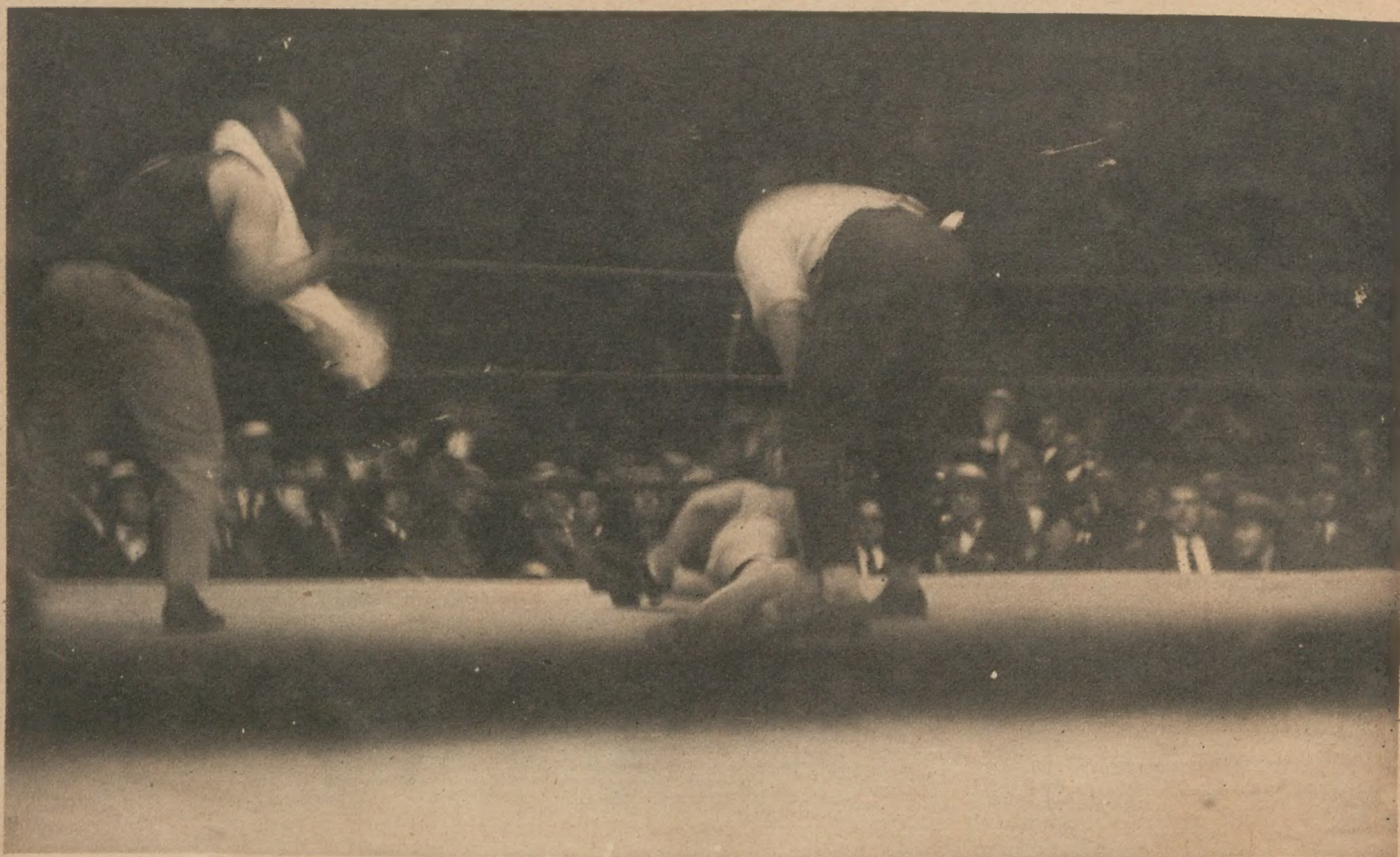


El gran match de box Firpo-Lodge



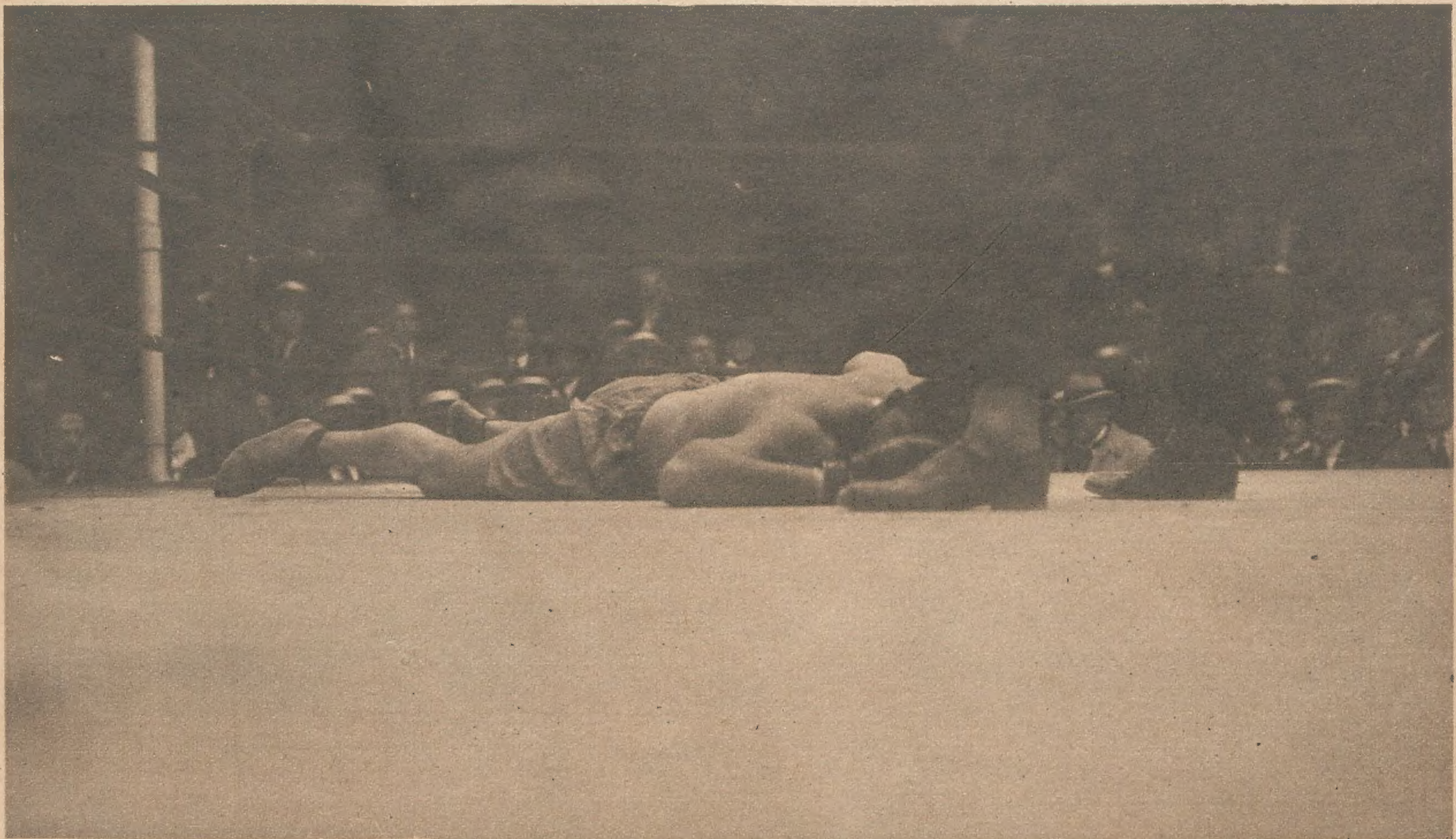


Ante un público enorme, realizóse en la cancha de River Plate el anunciado match entre Luis Angel Firpo y Farmer Lodge. — A la izquierda: el campeón argentino, en un ángulo del ring, esperando la señal del combate. A la derecha: el luchador norteamericano, aguardando igualmente la iniciación del encuentro.

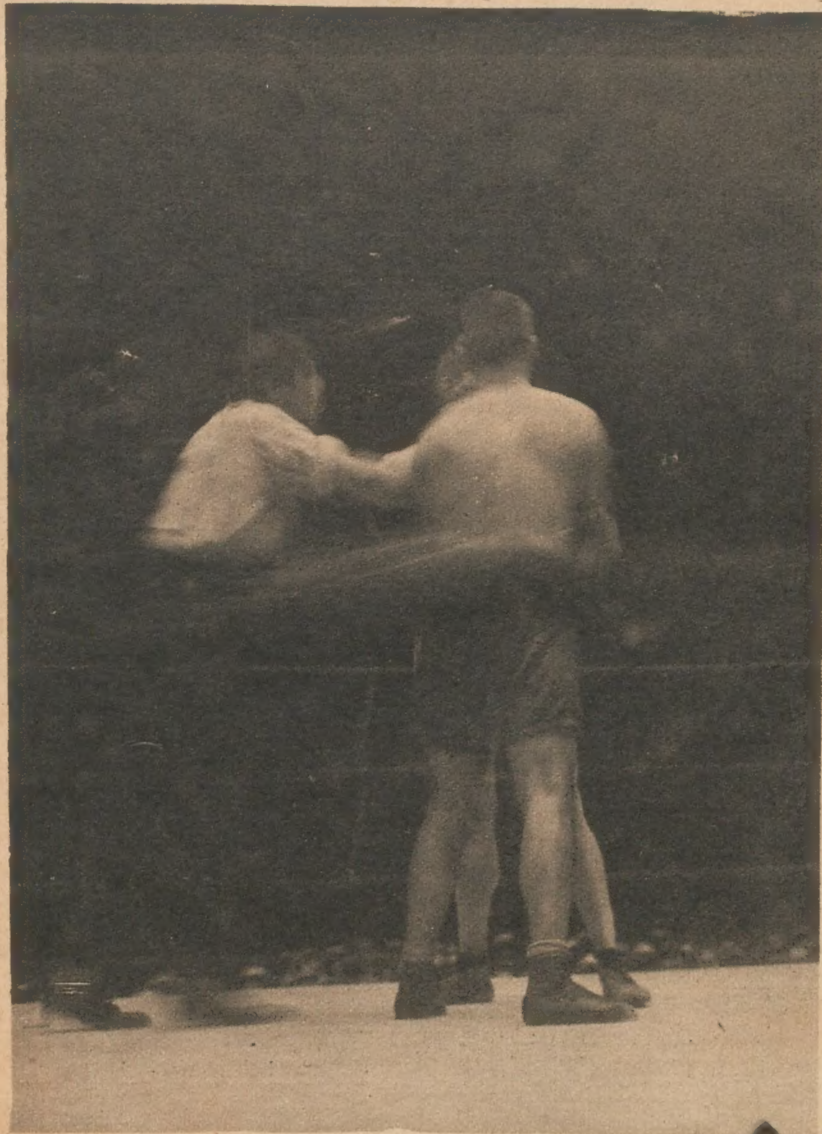


La primera caída de Farmer Lodge, que se produjo en el segundo round, debido a la violenta acometida de Firpo que logró colocar varias formidables derechas.

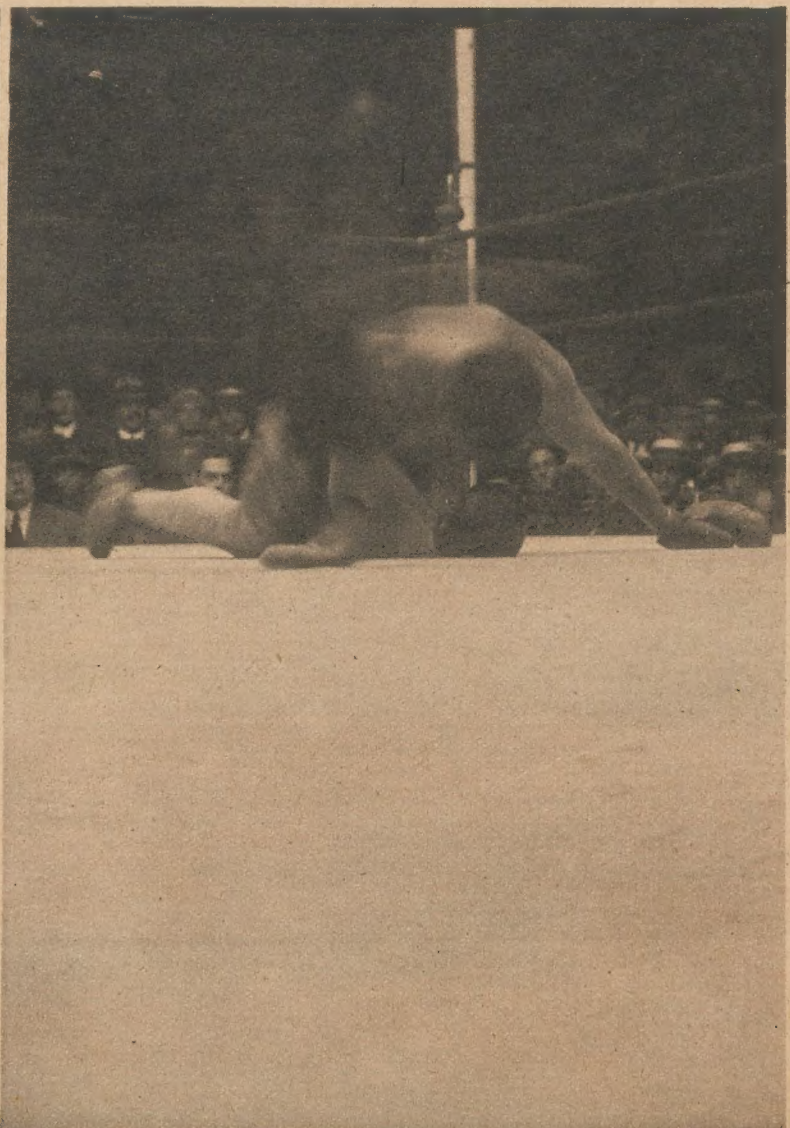




El pugilista norteamericano, que sólo consiguió derribar una vez a Firpo, vuelve a caer en el tercer round, en cuya posición, el referée contó hasta ocho, sonando el gong al llegar a esta cifra, y salvando, por consiguiente, a Lodge, de una segura derreta.



Una instantánea tomada mientras se desarrollaba el cuarto round, y cuando los luchadores cayeron en clinch.



En el quinto round, "el toro salvaje de las pampas", que desde el principio demostró superioridad sobre su adversario, asesta a éste una izquierda al estómago seguida de una derecha a la mandíbula, que determinan el knock out de la victoria para el argentino



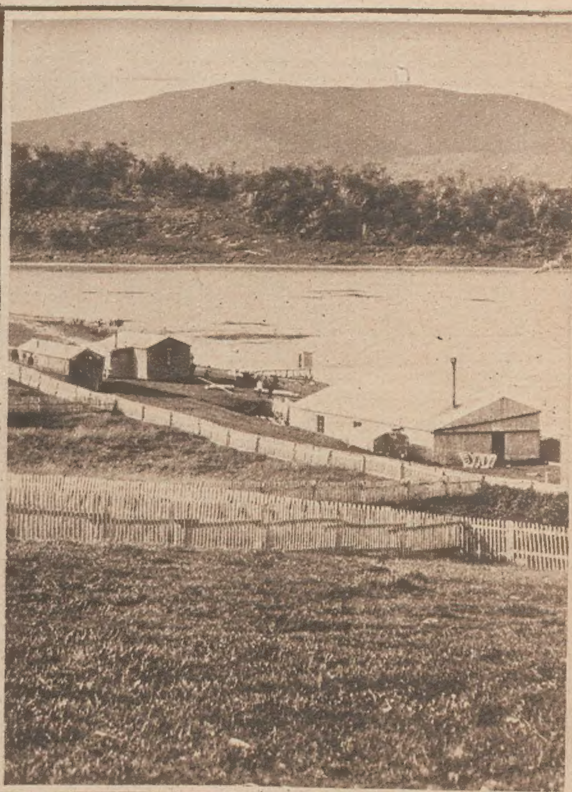


De los mares australes

Bahia Harberton

El "Cap Polonio", entrando a la bahía Harberton, en el canal Beagle.

La pequeña población de Harberton, situada en territorio argentino.





Una vista del pueblecito.



Fotografía tomada a contraluz, en la bahía Harberton.



A orillas de un lago cercano a la bahía.



Turistas del "Cap Polonio" desembarcando en el muelle de Harberton.



Una vista panorámica de la bahía Harberton.

Fots. J. C. Dantiacq.



LA PEQUEÑEZ DE LA CIENCIA, por Carlos Enrique HIRSCH

Desde hacía siete años, todas las tardes invariablemente, Calixto Mer constataba la veracidad de sus trabajos y antes de retirarse a descansar exclamaba:

—¡Voy llegando al fin!

Avanzaba paso a paso, lentamente hacia la certidumbre. Sus cálculos de hombre de ciencia iban haciendo nuevos descubrimientos en la bóveda celeste, desde el estrecho gabinete de trabajo, donde llevaba una vida intensa, alegre, laboriosa, de hombre entregado por entero al poema de los números.

Apenas iba al observatorio. Dejaba a su ayudante Cholle, el telescopio y cuidado de las observaciones directas durante horas y horas.

En la mesa, en el lecho, o en las fiestas sociales adonde acompañaba gustoso a su esposa, muy bella y estimada, soñaba con aquel sistema solar adivinado por su talento, del que las cifras anunciaban ya la existencia, y que antes del siglo sería posible ver gracias al lógico perfeccionamiento de la óptica.

Sonreía pensando en su descubrimiento, comprobado cuando él fuese sólo polvo, y su nombre desconocido para la casi generalidad de los geómetras del globo terrestre.

Aquello le parecía tan fantástico como el negro bonete puntiagudo o el amplio pantalón rosado de un astrólogo persa contemporáneo de Saadi. Le encantaba a la manera de un cuento infantil en que los hechos se producen y desarrollan con el candor de un rumor de arroyuelo.

Todas las cosas de la sociedad le parecían mezquinas, comparadas con su amor y su trabajo. Uno y otro constituían el infinito en que se complacía. No había descuidado su aspecto exterior, en contrariedad con lo que la leyenda atribuye a literatos y matemáticos.

Sin haber buscado la riqueza en el matrimonio, la había encontrado al par que los mayores encantos de una mujer, y el reflejo, en sus ojos negros, de la adoración que la había declarado, al verla por cuarta vez, en casa de unos amigos.

Ella había experimentado a la vez, la seducción del hombre, la de la inteligencia, la cultura de sus modales, un delicado refinamiento en la indumentaria y el atractivo de la profesión excepcional.

Habían realizado su viaje de bodas en un buque, a causa de un cometa que el astrónomo tenía que observar en El Cabo. Allí se enteraron de la caída de un aerolito monstruoso al pie de los Andes chilenos y el matrimonio se había embarcado rumbo a la América Austral con el entusiasmo de un amor joven capaz de embellecer la peor aventura, no ya aquella llena de atractivos.

Calixto Mer atribuyó a la felicidad que le daba su esposa, la audacia llena de éxito de sus conclusiones y su informe. Del examen de una piedra llegaba a describir el nacimiento de los bólidos, su carrera y una hipótesis nueva acerca de su origen, con la audacia de un adivino que tiene por trampolín la lógica del cálculo.

Y su grande, su paciente investigación, había partido de su felicidad de enamorado como de indicios reconocidos en la celeste esfera.

Una mañana, pálido de emoción, recibió a su ayudante con estas palabras.

—Cholle, amigo mío: ¡ya está!

Disfrutó enormemente con la muda admiración de su discípulo y habló, para el porvenir, para los hombres del futuro.

Ya verían con sus propios ojos aquellos mundos en gravitación en torno a un astro varios millones de veces mayor que los planetas solares, y cuya luz, en camino desde hacía miríadas de siglos, atravesaría exactamente el campo de observación de un telescopio actual, a las 2 horas, 7 minutos, 6 segundos y 29 terceros, el 30 de septiembre del año 2135,—o hacia el año 2070, si la fabricación de lentes de acercamiento había progresado sensiblemente.

Su entusiasmo conquistó a Cholle, les perfectamente clasificados, y salió, después de alcanzar a verle sacar de una caja de hierro un gran sobre, ya abierto. Este sobre tenía unas líneas autógrafas de Rayousse, quién, ya moribundo, recomendaba formalmente a su discípulo Calixto Mer, que "no divulgase jamás aquello". Debajo estaba escrita esta fecha, "Julio 1908".

En septiembre del mismo año el maestro moría, ilustre entre los ilustres del universo por sus trabajos cuya cantidad estaba lejos de valer por su interés, lo que los otros que no había destruído por escrúpulos de inventor, pero que prohibía dar a conocer.



y era de una evidencia tal, que Mer estrechó entre sus brazos al joven, diciéndole.

—Usted está frente a mí, tal y como yo me encontré ante mi maestro Rayousse, la noche en que descubrió su...

Se detuvo en seco, y la ansiedad pareció invadirlo de pronto. El discípulo se aproximó a él creyéndolo atacado de un mal repentino.

—Cholle...—exclamó el sabio—Es necesario que verifique hoy mismo mis últimos cálculos... ¡Es asombroso!... Por mi parte voy a ponerme a trabajar en las notas que me legó Rayousse... ¡Ah, mi amigo! Haga el cielo que yo haya cometido un error, o que mi memoria se hubiera sentido influenciada por esas notas de Rayousse... Vaya... Yo le explicaré... Una vez que haya verificado mis cálculos venga... sea la hora que fuere... Al salir avise que no me distraigan por nada...

Le tranquilizó un poco, sin duda notando que se había dejado arrastrar por la excitación, para decir.

—No estoy loco, Cholle... ¡Estoy asombrado!

El otro recibió un montón de pape-

Calixto Mer, leyó, hoja por hoja y parecía que cada una de aquellas páginas lo gastaba, le hacía nacer arrugas en el rostro, palidecer, extenuarse. El sudor le corría por la frente, por las sienes y la nuca.

Iba desde su escritorio al mapa del cielo o al pizarrón. La tiza corría trazando números y rayas y se consumía hasta que el sabio hacía rayas con las uñas en la tela encerada.

Al amanecer borró las curvas, las cifras y los signos, cuyo resultado había corroborado implacablemente las conclusiones de Rayousse, acerca de la existencia de una nebulosa que las notas definían, como una fuente de cometas.

—¡No se equivocó!—suspiró Mer.

Una vez reunidas todas las notas las metió en el sobre, que colocó en otro mayor y sobre este escribió: "Para ser quemado después de mi muerte"; luego lo lacró todo.

Con la cabeza entre las manos calculó el horror de lo que era sólo conocer: si Cholle no encontraba ninguna falta en los cálculos. ¡Y se controlaba paso a paso, con un método tan riguroso que el menor resquicio en el edificio era imposible! Aquel momento—previsto con anticipación,—sería el de una lapidación monstruosa de la tierra, de los planetas, de nuestro sol, por el encuentro del sistema solar que acababa de prever científicamente, y la fuente de cometas descubierta por Rayousse y mantenida en secreto de acuerdo con su orden.

La espera agotaba a Calixto Mer. Pasó a su habitación para oír por lo menos la respiración de su esposa dormida al lado, en la de ella, para unir a una realidad humana su alma dominada por el vértigo, asustada ante el abismo en que este mundo y los mundos accesibles en idea de los dos planes se destruirían todos en un instante...

Escuchó, sin oirla, la respiración. Y el miedo de la muerte, por el ser más querido de toda su vida, barrió de su cerebro sobreexcitado el insondable horror del cataclismo absoluto. Tuvo la ilusión del ruido de un ascensor que se eleva, y de nuevo, le dominó la idea de la respuesta que le traería su discípulo.

Al silencio que le rodeaba y que se apoderó de su alma, opuso el infinito instante de los espacios deshabitados, en que la tierra y los mares serían un grano de arena, menos que una gota, en menos tiempo que la duración de un relámpago, menos aún...

Aquella idea lo absorbía cuando sus ojos, sin que al pronto se diesen cuenta de lo que veían, observasen una carta colocada en forma visible contra uno de los candelabros de la chimenea.

—¡Mi mujer me escribe!—murmuró extrañado.

Tomó la carta y leyó el contenido sin darse cuenta justa del sentido de la misiva, pues las líneas y las letras parecían agitarse en una extraña danza ante sus ojos.

Haciendo un esfuerzo por dominarse leyó, por segunda vez estas líneas:

"Mi pobre Calixto: perdóname el disgusto que te doy al abandonarte. No soy digna de vivir a tu lado y por eso era desgraciada desde hace tiempo, y aún más desde que la mentira envenena la felicidad que he encontrado.

Te deseo mucha dicha, con todo mi corazón, que no has sabido conservar y que ya no es dueño de sí mismo.—Claudia."

Encendió la luz eléctrica y vió vacía la habitación de su esposa. El ropero estaba vacío. El tocador tenía todos los cajones sacados y revuelto su contenido. De uno de ellos colgaba una cinta de seda color rosa que él tomó maquinalmente, la acercó a su boca y la llevó con la carta hasta su gabinete de trabajo. Caminaba vacilante. Colocó la carta y la cinta encima del sobre grande que acababa de lacrar y contempló las tres cosas a través de sus lágrimas de hombre débil.

El día avanzaba. Sólo él sabía aún que sería el primero de su soledad a causa de la traición de su Claudia.

—¡Maestro! ¡No hay ningún error! —le gritó desde la puerta, Cholle, que regresaba orgulloso del resultado.

Calixto Mer, observó cómo dejaba el legajo de papeles con los cálculos y gráficos. Había perdido de vista la astronomía y el fin de los mundos. Su herida de hombre le hizo gemir ante el primer hombre que lo iba a saber.

—¡Bah! ¡Qué me importa ya todo, mi pobre amigo!

"El amuleto"

por Alejandro Varaldo, es el cuento que ha sido especialmente traducido para el número próximo de esta revista. Se desarrolla en la Venecia antigua y en él describe hábilmente su autor los episodios que origina una misteriosa caja de oro, llena de un bálsamo maravilloso.

ROSAS, por Ernesto QUESADA

Del libro titulado "La época de Rosas", que hace un cuarto de siglo escribiera el fecundo y distinguido literato argentino, doctor Ernesto Quesada, y que acaba de reeditar el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, transcribimos a continuación dos interesantes capítulos donde se delinea admirablemente la personalidad de aquella discutida figura de la historia argentina.

V

Rosas es el Luis XI de la historia argentina. Como el monarca francés, no pudo—ni debió, quizá—ser suave en sus procedimientos ni escrupuloso en la elección de los medios. Tenía que habérselas con caudillos terribles y con masas semisalvajes: la clase media de uno y otro bando ni le dió mucho trabajo ni le prestó grande ayuda. La lucha permanente con el partido unitario, en lugar de entorpecerle en su laboriosa evolución interna, que ha sido la transición del caudillaje al gobierno constitucional, le favoreció más bien. En primer lugar, habiendo emigrado—de buen o mal grado—todos los contrarios, Rosas tenía el campo despejado; sólo era posible una invasión, y ésta, por su esencia misma, constituía un peligro común para todos los caudillos y les obligaba a ponerse bajo su dirección. En segundo lugar, las alianzas unitarias con el extranjero convirtieron en cuestión nacional lo que habría debido ser un incidente de provincia, degenerado en guerra civil: esto estrechó más los vínculos entre los caudillos, haciendo que siguieran ciegamente a Rosas, que era el único que podía representarlos y defenderlos. Un cuarto de siglo de ese régimen hizo cuasiomnipotente en el país entero el prestigio de Rosas, cimentando la autoridad efectiva de un gobierno central en cuyo poder estaban los recursos, el ejército, la representación nacional; y que, al desaparecer uno tras otro los caudillos tradicionales, impedía se formaran otros, intervenía en las demás provincias, nivelaba sus clases, y preparaba así—sin que los coetáneos se dieran de ello cuenta clara—el camino para la evolución definitiva.

Sin Rosas, sería imposible comprender la inmensa y profunda evolución político-social que encabezó y realizó el general Urquiza. La caída de Rosas en Caseros fué más bien una retirada deliberada del escenario político: su misión histórica había terminado. Gracias a su larga dominación, el país en su metamorfosis histórica, estaba ya preparado para salir de la crisálida, y, con facilidad y naturalidad, abandonando el envoltorio que durante tanto tiempo lo había cobijado, extendió sus alas y se lanzó adelante. Urquiza, efectivamente, encontró al país tan preparado que, sin tropiezo alguno, se arribó al famoso "acuerdo de los gobernadores" en San Nicolás, se convocó al congreso constituyente en Santa Fe, y se dictó la constitución federal que hasta hoy nos rige.

¿Cómo ejecutó Rosas esa evolución, que dió tan admirables resultados? Por de pronto, tuvo que gobernar el país con los medios rudimentarios y condenables, que explica—aun cuando no disculpe—el sonado "criterio de la época". Gobernó autocráticamente: el "debellare superbos", del poeta antiguo, fué su constante preocupación. Obligó a sus enemigos a emigrar; humilló a los que le eran indiferentes; no toleró sino amigos; niveló a todos, imponiendo color y divisa; cosas y hombres, todo tuvo que ser rojo. Fomentó las clases populares: su base eran los gauchos y los orilleros, a los que unió los negros, fomentando sus "tambores" y "candombes", asistiendo a sus bailes africanos en plena plaza Victoria. Demócrata por temperamento, las masas populares fueron su baluarte; las clases dirigentes tuvieron que, anticipando el dicho célebre, "se soumettre ou se demettre".

Necesitaba la plenitud de la autocracia: doblegó las resistencias internas, dando a las bajas pasiones populares la válvula de escape de la mazorca, bajo la típica presidencia del gordo Salomón. El daltonismo de la época era ver todo color de sangre: los militares con chiripá, gorro de manga y chaqueta, todo colorado,—apenas si el poncho que llevaban era obscuro, pero forrado en bayeta colorada;—los particulares, con chaleco colorado, cintillo ídem en el sombrero y divisa ídem en el ojal del frac o de la chaqueta; las casas, con sus frentes y sus puertas, de rojo. Hasta las señoras llevaban en la cabeza moños rojos. Por doquier no se veía sino el fatídico color sangre, y sólo sangre se respiraba por doquier. ¿Era aquello un simple capricho de Rosas? Profundo error sería contestar superficialmente que sí; Rosas era un político sagaz y no acostumbraba obrar aturdidamente "porque sí". Aquello fué un simple medio de que se valió para imponer por el terror su dominio y ahogar toda resistencia moral, metiendo a todos en un molde, que todos se vieron forzados de aceptar.

Una vez fanatizadas las masas, fué zapando hábilmente la situación predominante de los diversos caudillos más engreídos. Antes de que se apercibiera, Estanislao López había quedado reducido a la sombra de su tradicional prestigio; como más tarde fué desalojado Aldao de su prepotencia cuyana; y como fué reducido a una situación pasiva el caudillo santiagueño Ibarra. Las poblaciones de las diversas provincias fueron así desvinculadas de sus mandones, y habituándose a obedecer al poder del gobierno nacional. "Rosas—ha dicho uno de sus más encarnizados enemigos—dirigió una mirada penetrante al interior, para examinar las aptitudes de sus caudillos y arreglar las cosas de modo que sin estrépito le estuviesen sometidos. Esta conquista de las provincias, hecha por el gobierno de Buenos Aires, es una de las obras más grandes de suspicacia y que menos bulla ha metido" (1).

Como se ve, era la repetición del procedimiento de Luis XI. El antiguo jefe de la "Praguería", protegido por el duque de Borgoña, recibe el poder por el auxilio de los grandes señores: así Rosas, el antiguo jefe de los "colorados" de 1820, protegido de Estanislao López, recibe el poder gracias al auxilio de los caudillos provinciales. La "liga del bien público" reune en Francia a la flor y nata, levantada en armas por "el inconsecuente y deplorable gobierno de Luis XI": así las "comisiones argentinas" concentran lo más granado de las clases dirigentes, y convulsionan al país por "la tiranía y deplorable gobierno de Rosas". Luis XI vence a sus enemigos, encierra en jaulas de hierro a los traidores, y una muerte singularmente propicia lo libra del duque de Guiena, cuya corte era el centro de todas las intrigas: así Rosas vence a los unitarios, hace degollar a los que lo abandonan, y la rara muerte del caudillo de Santa Fe deshace las intrigas que desde allí tramaban en su contra. Luis XI se ve jaqueado por su gran vasallo Carlos el temerario, el representante nato del feudalismo; la muerte del borgoñés le quita su mayor obstáculo, pues, como dice Comines, "no halló después hombre alguno que osase levantar la cabeza contra él, ni contradecir su voluntad": así Rosas se ve obligado a contemporizar con Quiroga, la encarnación misma del caudillaje; el asesinato de aquel le allana el camino, y después nadie se atreve a cruzarle sus planes. Los enemigos de Luis XI llaman en su auxilio al extranjero, y los ingleses se lanzan sobre Francia; la oportuna paz de Pecquigny aleja al extranjero, y sus aliados internos son deshechos en sangrientos encuentros: así, los unitarios se alían a los franceses, y la escuadra de esa nación bloquea las costas argentinas; la oportuna convención Mackau-Arana aleja los extranjeros, y sus aliados internos sucumben en las batallas del Quebracho, Famaillá y Rodeo del Medio. En una palabra, tras larguísimo reinado, Luis XI—cuya máxima era: "quien no sabe disimular, no sabe reinar"—abatió la soberbia de sus grandes vasallos, unificó el país, fortaleció la corona: así Rosas, después de 25 años de gobierno, deshizo el caudillaje, so-

(1) Sarmiento. "Facundo" (Obras completas, VII).

Tres sonetos de la montaña

I

ERA DIAFANIDAD AQUEL INSTANTE...

Era diafanidad aquel instante
que vibraba en la calma del paisaje,
como vibra del sol la luz radiante
en las frondas sombrías del boscaje.

En las luces unciosas de la sierra
una paz pastoral daba su encanto,
mientras lejos, al beso de la tierra,
la vida parecía un cáliz santo.

Yo avanzaba pausado y pensativo,
concentrando mi espíritu en la cumbre
al calor de no sé qué afán nativo...

Y hecha un raro misterio que fulgía,
la montaña me ungió de dulcedumbre,
que voy dando en arrobos de poesía...

II

EN LA CALMA ASCENDENTE DEL PAISAJE...

En la calma ascendente del paisaje,
flotando con sus alas de alegría,
el sol va desgranando la salvaje
vibración de su inmensa sinfonía.

La montaña sonríe coronada
de luces y de nubes cual celajes,
y en la azul brillazón de la lomada
resalta un refulgir de mil encajes...

En el valle, mecidas por el viento,
las arabias y acacias del boscaje
esparcen en los predios su contento.

Y al fluir en el ambiente de opulencia,
el alma se asemeja un ave en viaje
que busca la celeste transparencia!...

III

TIERRA MENDOCINA

La luz, como un milagro, se extiende por los campos.
Hay gloria de verdores por los viñedos nuevos,
y allá, sobre las cimas, como furtivos lampos,
avanza una brigada de pájaros longevos...

El aire se estremece pletórico de aromas
que llegan de las sierras distantes y salvajes,
y el alma busca el quieto descanso de las lomas,
que tienen la inefable visión de los paisajes...

¡Qué ricas son las tierras de la campiña mía!
El agua vierte el pródigo sustento de su entraña,
cual una fuerza inmensa que expande la energía.

Y si los hombres quieren ser hijos de su hazaña,
aquí la tierra tiene mil cantos de alegría
que elevan a la clara mansión de la montaña!

Ricardo Tudela H.

Mendoza, 1924.

frenó los partidos, nacionalizó el país, y cimentó el respeto de la autoridad central. ''Luis XI—dice uno de sus historiadores— fué igualmente célebre por sus vicios y por sus virtudes, y, puesto todo en la balanza, resulta que era un rey''. Cualesquiera que fueran los excesos de Rosas, sus méritos no pueden negarse, y, en suma, es indudable que fué un gobernante de una pieza.

VI

Perteneciente a una de las familias más aristocráticas de la época colonial, poseyendo una cuantiosa fortuna adquirida por su rudo trabajo de estanciero; educado a la par de los mejores, de tipo fino, alto, rubio, sus ojos azules tenían una mirada seductora y sus maneras fueron cultísimas. Rosas desplegó en el gobierno, a la par de una inquebrantable energía, dotes singulares de estadista y una potencia increíble de trabajo. En todo intervenía; todo lo estudiaba; trabajaba en su secretaría casi sin darse horas de reposo, turnándose los empleados fatigados, mientras él, siempre dispuesto, era de una exigencia ilimitada.

Los retratos que de él se conservan —y es bastante numerosa su iconografía en el museo histórico nacional,— demuestran que tenía un tipo aristocrático, seductor, y que imponía por cierta majestad en el conjunto de su persona. El poder, que no fué para él una canongía pues trabajaba de día y de noche, lejos de minar su naturaleza robusta, parecía infundirle nuevo vigor y, a medida que su tarea abrumadora aumentaba,—al extremo de causar admiración cómo era posible que un hombre solo a todo atendiera y todo previera—se transfiguraba: los obstáculos, lejos de amilanarlo, aguzaban su talento singular, e hizo frente a dificultades tales que pocos grandes estadistas hubieran sido capaces de vencer.

Cuando se examina minuciosamente la crónica del largo gobierno de Rosas, llama la atención la evidente desproporción entre los hechos realizados por aquél y la fama que la tradición ha transmitido a la posteridad, sea en sentido adverso o favorable. Por la enumeración de sus actos no podemos darnos cuenta de la latitud singular del poder que ejerció. La explicación, sin embargo, es sencilla y nos da la clave de la personalidad de Rosas: reside en absoluto en la condición típica de aquél, en el carácter, en esa ''fuerza reservada que actúa directamente por su presencia y sin necesidad de intermediarios: la mayor parte del poder, en hombres de esa condición, queda latente''. Rosas ha sido, entre nosotros, el prototipo del gobernante de carácter: tenía en sí mismo la fe más absoluta y más tranquila; no se le ocurría que debía sujetarse al criterio de ''término medio'' de la generalidad; manejaba los hombres y dirigía los acontecimientos, sin admitir como posible que aquéllos se resistieran o que éstos se rebelaran; ejercía inconscientemente esa influencia decisiva que corresponde a los espíritus fuertes sobre los débiles; los hechos eran, para él, sus servidores, y la resistencia del medio ambiente una natural excitación a su cualidad dominante; se consideraba autorizado a ejercer el poder sin control, y, tranquilamente, así lo hizo; tenía, en alto grado, la conciencia de su propia fuerza. Juzgar a hombres semejantes con el cartabón de la felicidad del ''término medio'', de la ''aurea mediocritas'', es—para usar una frase famosa —como pintar el relámpago con carbón''. El carácter en hombres de ese temple, es lo que decía Napoleón: ''la victoria organizada''. Triunfan sin esfuerzo, y asombra a la distancia la relativa facilidad y extraordinaria duración de su éxito. El carácter—para repetir las palabras de Emerson— ''necesita espacio; no debe ser ahogado por las personas ni juzgado por detalles obtenidos bajo la presión de los negocios o en determinadas ocasiones; requiere perspectiva, como los grandes edificios''. Por eso se aquilata mejor con el andar del tiempo, y, a la distancia, los defectos, las manchas, van esfumándose, y se destacan, con rasgos cada vez más enérgicos y profundos, los contornos de su fisonomía histórica, las luces y las sombras que imponen el respeto que merece esa cualidad soberana y de tan pocos mortales poseída: el carácter. Y esa cualidad, hay que desengañarse, es la única común a todos los hombres que se distinguen en la historia y en la vida.

Nacido en un hogar típicamente colonial, donde la madre, a sus cualidades y virtudes de matrona, unía la costumbre de ser despótica, imperativa, aristocrática y tirana en la familia, Rosas no tuvo que adquirir siquiera en la niñez ese carácter autoritario que después personifica: lo bebió en la cuna, lo desenvolvió en la juventud y lo afirmó en la vida pública. Estudiando, pues, los antecedentes de la familia de Rosas se comprende cuál debió ser su carácter, y se ve entonces que no hay tal neurosis, la que resulta ser una excusa poco científica. Si Rosas no fué un genio, fué en cambio un hombre enérgicamente autoritario, aun cuando dejara inconclusa su obra. Defendió el país por el amor a la patria: se vió forzado a emitir papel moneda como recurso pecuniario para el tesoro, y suprimir gastos. Si la unidad nacional quedó intacta, fué efecto de la duración de su gobierno autoritario, y en ello puso una firmeza inquebrantable. Cuando cayó en 1852 no quedaron instituciones nacionales escritas, sino un derecho interprovincial fundado en pactos, y de ahí la importancia histórica y trascendente del ''acuerdo de San Nicolás'', triunfo doctrinario del federalismo y fin de los caudillos.

Rosas, como individuo, se presta al estudio psicológico más interesante; como hombre de gobierno, sus actos merecen el examen más detenido, porque su larga dominación salvó la nacionalidad argentina.

Lo que es indudable es que Rosas fué un hombre de estado extraordinario: sus ministros eran simples secretarios que refrendaban sus resoluciones. Como Felipe II, todo lo que en el país pasaba lo sabía él; todo expediente lo leía, estudiaba y resolvía; el inmenso archivo oficial de la época muestra anotaciones marginales de puño y letra de Rosas, hasta en los documentos más insignificantes. A semejanza también de Felipe II, su autoritarismo no reconoció límites: fallaba cualquier asunto, fuese cual fuese su naturaleza, según su criterio se lo imponía. De aspecto frío, su impasibilidad ha sido proverbial. ''Felipe II—dice un historiador—se mostró en seguida un rey de gabinete, administrador y político, trabajador asiduo, infatigable en los asuntos, que comprendía rápidamente y conducía con perseverancia, pero lejos de las miradas de la muchedumbre y del ruido, en la soledad de una existencia fuera de la vida pública''. Tal Rosas, encerrado en su quinta de Palermo, substraído a las miradas indiscretas, viviendo sólo para el despacho de su ''secretaría''. Más aún. El monarca español ''tuvo el ojo en todo, sin aparecer en parte alguna, y se absorbió en el expediente, dando órdenes minuciosas, escribiendo cartas: sus ministros, cuyos informes anotaba con la facilidad de asimilación que le caracterizaba, debían tenerle al corriente de todo, sin dejarle ignorar nada; y si puso, quizá, en concebir vastos proyectos más audacia que en ejecutarlos, tuvo siempre en el trabajo una asiduidad rara: hizo la guerra continuamente, sin ser belicoso y montar a caballo''. Así también, Rosas obligaba a sus numerosos secretarios a perderse en montañas de papeles, de expedientes, de una pasmosa correspondencia local, haciendo que le tuvieran al corriente de todo, hasta de las menudencias más insignificantes. Soñó con la obra grandiosa de la reconstrucción del virreynato, y tuvo para ello más audacia que para tratar de realizarla. Y para que hasta en detalle tan trivial se parezca más al terrible Felipe, tuvo constantemente que guerrear pero poco montó a caballo: era general en jefe desde su bufete.

Por último, a Rosas, como a Felipe II, ''para juzgarle, para comprenderle, es preciso no separarle de su época: esa figura no debe ser considerada sino al través de las ideas y las pasiones de su tiempo, pasiones que Felipe II encarnaba, intensificándolas''. El sombrío y avasallador fanatismo del monarca español lo llevó a instalar y dirigir los espectáculos atroces de los ''autos de fe'': Felipe los contemplaba impasible. ''Los castellanos—observa un historiador—le hicieron un mérito piadoso de su insensibilidad, pero el suplicio de aquellos de sus súbditos que le eran señalados como gangrenados por las ideas nuevas, no le costaba esfuerzo alguno''. Para Rosas los unitarios fueron lo que para Felipe II los herejes: ''más bien no gobernar, que gobernar a unitarios''. Se ha dicho del monarca hispano que la moderación indignaba a ese real precursor de los jacobinos, que descubrió — antes que éstos — el crimen de la ''moderación''; también el dictador argentino no se detenía ante consideración alguna, y la tibieza era cuasi prueba de unitarismo. Y puede decirse de Rosas que, como Felipe II, también tuvo su duque de Alba; como también es posible aseverar que, como aquel monarca, se recostó en su Antonio Pérez; por más que, en este último caso, Maza pagó con la muerte su debilidad, mientras que Pérez escapó al último suplicio.

Rosas, como Felipe II, gobernó demasiado tiempo. Este último jamás se preocupó de graduar sus vistas a sus medios, todo lo comprometió por su obstinación: ''hasta lo último permaneció trabajador, pero empecinado, solo, con sus recursos agotados, y sin ver, desde las profundidades del Escorial, las consecuencias de su sistema y de sus ensueños desvanecidos''. Tampoco Rosas, por más infatigable que fuera en el trabajo hasta el último instante, escapó al enceguecimiento fatal que trae aparejado el ejercicio sin control del poder, y, gastada su influencia, no se dió cuenta, desde el fondo de Palermo, del resultado de su sistema de gobierno y de los ideales nuevos que se imponían.

La bandera roja y sus distintos significados

El emblema de la revolución, la bandera roja, tuvo en otros tiempos un significado muy distinto.

Al principio el rojo fué el color aceptado por la iglesia católica militante, y aún hoy figura ese color en la vestimenta de los cardenales.

Los cruzados llevaron en sus campañas contra el sarraceno banderas rojas con cruces blancas, y rojas eran las banderas de los soldados católicos de Carlos IX de Francia, durante las guerras religiosas del siglo XVI; *los protestantes las llevaban blancas.*

La bandera roja como símbolo revolucionario no data sino desde la revolución francesa.

La primera bandera roja que figuró en público en Inglaterra fué izada en el parque de Kensigton en 1884 *y destinada para figurar en una manifestación del partido avanzado.*

La manifestación fué disuelta por la tropa y la bandera, que era el delantal de un tintorero, fué confiscada.

TINIEBLAS, por Paúl y Víctor MARGUERITE

Remy dejó escapar un ¡uf! como hombre que siente alivio, cuando Luiseta, su esposa, harta de hacer compras superfluas, le miró con sus ojos azules, muy vivos, y en su rostro hipnotizado por las mil tentaciones del gran almacén. La vió poner, arrojar casi en el cajón, el carnet de pedidos, y después de varios tropezones halláronse fuera de las grandes puertas de cristales y en la acera llena de gente.

—¿Vienes a tomar algo a casa de Verneuil?

Remy sabía que su esposa era glotona; ésta hizo una señal afirmativa y se lanzó en medio de los coches, sin mirar a derecha ni a izquierda, tanto, que la lanza de un pesado ómnibus la rozó. Remy se preguntaba la causa de aquella prisa de su mujer, de ordinario tan miedosa, y que se había aferrado a su brazo; pero atribuyó su audacia a esa fiebre de los grandes almacenes, a ese vértigo de gastar y a esa inquietud de los deseos, que con bruscos arranques le atraían desde las sedas a las cintas, desde los sombreros a las sombrillas y, en fin, desde la perfumería a la ropa blanca. Para Remy era un sufrimiento acompañar a su esposa; iba demasiado de prisa; se deslizaba con excesiva facilidad entre los compradores, y a menudo daba ella la vuelta a un mostrador cuando él entraba apenas en el pasillo. Remy odiaba a los dependientes porque miraban a su mujer, y algunos de ellos sonreían. Uno de ellos, sobre todo, rubio y guapo, le había horripilado por la manera significativa de poner los guantes a Luiseta con una presión insinuante.

En la pastelería comió un pastelillo de hojaldre, otro de hígado y otro de crema, llamándole la atención la graciosa voracidad con que su mujer se comía aquellas golosinas, mostrando sus dientes como un lobezno. La señorita del mostrador vigilaba cuando Luiseta humedeció sus labios en un vaso de agua helada.

Remy sacó su portamonedas.

—¿Tres pastelillos, no es verdad?—preguntó.

—No; dos—contestó Luiseta.

La señorita del mostrador rectificó:

—Y otro de hígado.

—Sí, replicó Remy.

—No—dijo Luiseta, precisando:—uno de hojaldre y otro de crema.

—Y además otro de hígado—insistió la señorita con inflexible claridad.

—¡No, no!—exclamó Luiseta muy colorada.

—¡Si tal!—insistió Remy, mientras que pagaba, asombrado de aquella resistencia extraña y de la mirada que se cruzó entre la dueña y la señorita del mostrador, que los acompañó, cerrando la puerta detrás.

—Tú has comido un pastelillo de hígado—dijo Remy.

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Te aseguro que sí!

—¡Ah!—exclamó Luiseta con aire desdeñoso.—¿Es posible?

Y se encogió de hombros con ese desdén con que las mujeres se hacen superiores a todo.

¿Por qué mentía? Desde hacía algunos días sorprendíala así en flagrante delito. Era inverosímil que hubiese tratado de engañar a la pastelera por valor de cinco sueldos, aunque esto se observaba, al parecer, diariamente en las mujeres cuya elegancia y aspecto alejaba toda sospecha.

Miró a Luiseta con tierna y ansiosa atención. Casados hacía un año, la adoraba, y a pesar de los inevitables, aunque ligeros choques promovidos por la diferencia de carácter y los caprichos de una mujer joven, que había sido niña muy mimada, eran, en suma, un matrimonio feliz. Sin duda, Luiseta tenía delicada la salud, aquejábanle a veces horribles cefalalgias, y entonces sentía la necesidad del aislamiento, tormentos de veinticuatro horas, que se resolvían en ataques de nervios y en torrentes de lágrimas; pero son las miserias de la vida, y Remy la sufría, prodigando las solícitas atenciones de un esclavo.

Cuidadoso, como de costumbre, preguntó:

—¿Quieres que tomemos un coche?

—Sí.

El aire de aquel día de septiembre estaba impregnado de agua; los árboles de la plaza, con su follaje en parte seco, mezclado con hojas nacientes, se humedecían bajo un cielo suave, cruzado por nubes flojas. Había llovido algunos minutos antes, y bajo el sol, la bruma se elevaba de las aceras. Luiseta tenía calor y desabotonó bruscamente su chaquetilla; un retal de blondas, saltando bruscamente de entre los pliegues, cayó a sus pies.

Remy quedó estupefacto, y después palideció.

Sabía muy bien que su mujer no lo había comprado, y recordó un ademán rápido de su mujer para abrochar su chaquetilla, precisamente en el mostrador de las blondas.

Remy había recogido el retal y lo daba vueltas con mano crispada, mirando a su esposa de frente. Esta procuró soportar su mirada, oponiéndole la de sus ojos, de un brillo singular y de un misterio felino, ojos que le produjeron en aquel instante una sensación indefinible, porque la humanidad dejaba su puesto a una vitalidad animal, a ese algo profundo e irónico que leemos en los ojos de los gatos. Este fué el relámpago de una impresión punzante: Luiseta volvía ya la cabeza, sin confusión aparente, pero con alguna cosa secreta y tirante en todo su ser.

—¡Ladrona!—quiso exclamar; pero se calló a causa del cochero.

—Tú has...—comenzó a balbucear con voz ahogada.—¿Cómo has osado?...

No pudo continuar, porque se sofocaba. Aquello era demasiado brusco; su estupor se convertía en pánico; todas sus ideas de honor y de probidad hervían en él; tenía vergüenza y miedo, y su culta Luiseta se hundía: su esposa se le representaba de pronto como otra, como una extraña, una desconocida temible. Transcurrió un minuto, el tiempo quedó suspendido, y creíase presa de una de esas pesadillas que nos producen una opresión atroz. Después, la gracia de su mujer lo conmovió; de su cabeza, que Luiseta volvía, no veía más que el rubio dorado de la nuca y un pequeño espacio de cutis anacarado.

—¡Luisa!—exclamó trastornado, con lágrimas en los ojos.

Su mujer lo miró y volvió la cabeza otra vez. Atontado le molestaba horriblemente aquel retal de blonda que tenía siempre en la mano y que los transeuntes veían. Se rebeló contra la complicidad aparente que le humillaba; pensó en una restitución, inútil y peligrosa; se vió ladrón, ocultando la blonda bajo su pardesú y yendo furtivamente a dejarla de nuevo en medio de las que llenaban el mostrador. ¿Y si le sorprendían? ¡Quién había de creer en sus explicaciones! ¿Enviar el paquete por correo? Jamás se atrevería a entrar en un despacho y arrostrar la mirada de los empleados. Sacó un diario de su bolsillo y envolvió al retal; mas el silencio llegaba a ser insoportable por su persistencia. Y, sin embargo, la idea de que debería

BAÑOS SIN AGUA

A Bascary, fraternalmente

Es muy posible que andando el tiempo el baño corriente con agua y jabón sea sustituído por el invento del doctor Teck, quien afirma que cargando el cuerpo humano con millones de voltios de electricidad, queda completamente limpio.

Cuando pasa la corriente eléctrica, todo el polvo, las grasas y la suciedad, se desprenden de la piel humana y el bañista se encuentra vigorizado, lleno de energías después de haber experimentado las sensaciones y los beneficios de un baño de placer.

El invento del doctor Teck, se encuentra aún en su fase experimental, pero a estar a lo que afirma pronto hará su aparición en público.

La corriente eléctrica, además de limpiar el cutis, ayuda a ablandar las arterias y por consiguiente, los viejos se sentirán jóvenes y los jóvenes mas fuertes.

Julián MAIDANA.



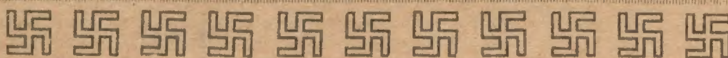
Ansiedad

¡Mañana! ¡Siempre, siempre la mística tortura!
¡Mañana! ¿Qué hallaremos tras de la tumba, qué?
¡Misterio! El gran Enigma nos llena de amargura,
y en toda parte el mismo fatídico "No sé"!

¡Mañana! Sombras, humo... Quizá la vida eterna.
Quizás el Paraíso, la tierra prometida;
quizá el Infierno, en llamas la lóbrega caverna...
"Quizá", "Tal vez"... Y sigue su curso nuestra vida!

¡Mañana! ¡Siempre, siempre la mística tortura!
¡Mañana! ¿Qué hallaremos tras de la tumba, qué?
¡Misterio! El gran Enigma nos llena de amargura,
y en toda parte el mismo fatídico "No sé"!

Manuel CRESPO GARCÍA.



explicarse muy pronto con Luiseta le laceraba como si se desgarrase con las uñas.

Al fin llegaron a casa. Detalle absurdo: en su preocupación se le había olvidado pagar al cochero, y debió volver y esperar el cambio. La blonda le quemaba los dedos bajo el papel; y cuando volvió a subir a la habitación y entró en el aposento de Luiseta, le vió desatar su sombrero y doblar metódicamente su velo. Entonces abordó de frente la explicación.

¿Por qué había robado? ¿A qué fascinación estúpida y culpable había cedido? Bien debía saber a qué conducía esto: la prisión para ella, la deshonra para él. ¡Ladrona su mujer, como esas locas, esas histéricas, que un inspector conduce con un agente de seguridad a casa del comisario! Pero, en fin, ¿y por qué?

—¡Pero contéstame!—exclamó.

Luiseta lo exasperaba por su mutismo, su rigidez, y levantó la mano sobre ella.

Veamos, ¿era aquella la primera vez? ¿Juraba no hacerlo más? ¡Quién sabe si no sería ya conocida y si la pesada mano del destino no iría a caer sobre sus dedos de ladrona.

—¡Pero contesta, contesta! ¿Es la primera vez? Tu silencio te acusa. ¡Defiéndete! ¡Di alguna cosa!

Nada; se acercó a ella, cogió su cabeza entre sus manos, como si pudiera hacer surgir una confesión de sus ojos impenetrables y de sus dientes oprimidos; el perfume que se exhalaba de ella, ligero perfume de clavel blanco, le produjo profunda impresión.

—¡Dios mío!—exclamó con acento suplicante;—yo no soy tu juez; yo quisiera tan sólo saber, comprender, por qué has hecho eso.

Y con las frases más tiernas le suplicó, pasándose así una hora, desde las reprensiones más violentas a las preguntas más insistentes y afectuosas, en las que Remy volvía siempre, en su desesperación, a esta frase:

—¿Por qué has hecho eso?

Al fin contestó:

—No lo sé.

Y lo dijo tranquilamente, como sin remordimiento ni temor; y él, anonadado ante aquellos misterios de la inconsciencia femenina, sin fuerzas ya ni palabras, no supo hacer más que ocultar la frente en las manos, y durante largo rato descender con todo su pensamiento a esas tinieblas y esos subterráneos del alma donde vagamos desesperados y ciegos bajo el peso de una fatalidad, en la que lo imprevisto desconcierta y lo insano aterroriza.

Los centros nerviosos cerebrales emiten ondas electromagnéticas

El doctor Lazareff, director del Instituto de Física de Moscú, ayudado por bastantes colaboradores, acaba de revisar toda la fisiología del sistema nervioso.

En efecto: por virtud de sus experiencias ha probado que los centros nerviosos cerebrales emiten verdaderas ondas electromagnéticas de una longitud análoga a la de las ondas radiotelegráficas.

A este propósito se recuerda que los físicos del siglo XVIII habían anticipado que los fenómenos nerviosos eran la manifestación orgánica de un principio del cual el rayo era la expresión atmosférica, y Morselli formuló su teoría de las ondas cerebrales.

Lanzado en esta vía, el físico eslavo no quiere detenerse, y de ahí que anuncia una nueva tentativa sensacional: el Instituto de Moscú prepara una cámara especial, impenetrable a toda clase de excitaciones externas, a fin de unir eléctricamente los centros nerviosos de un hombre vivo y un difusor especial que permitirá registrar las ondas cerebrales.

Porque el doctor Lazareff está convencido de que el cerebro humano transmite y recibe por vía hertziana, y así explica multitud de fenómenos psíquicos, singularmente la telepatía.

Las Geórgicas, edición del Ministerio de Agricultura.

Una iniciativa simpática ha de anotarse en el haber del Ministerio de Agricultura: editar "Las Geórgicas" de Virgilio, y repartirlas gratis entre los trabajadores del campo de la República.

Vano sería explicar ya o comentar "Las Geórgicas", obra clásica; pero cabe hacer constar que no será estéril la iniciativa del Ministerio de Agricultura, porque con la difusión de esta obra, estimulará en su áspera labor a esos anónimos forjadores de futuro que son los campesinos. Estimulante les será, sí, ver las bellezas que en su trabajo rudo hay, y saber que antes, cuando el poeta latino las inmortalizó en su poema, eran aún más rudas y menos generosas.

La intransigencia hacia todo lo que tenga origen oficial, no es fecunda. A esta iniciativa del Ministerio, no ha faltado periódico opositor que la considerase en zumba. Mal hecho, porque esta iniciativa es loable y digna de la franca aprobación de los bien intencionados, por lo menos.

Verán los campesinos que su labor es noble y es poética, ya que inspiró a tan excelso vate, y encontrarán en su lectura no sólo solaz, si que también justificante estímulo, a la vez que oportunidad para aspirar ese aire puro del alma que es una obra clásica; y eso hoy, hoy que tanto infame papelucho lleva lo procaz del suburbio de las ciudades a las apartadas chozas de los trabajadores del campo.

Lo repetimos: Iniciativas como esta del Ministerio de Agricultura, deben aprobarse sin reservas partidistas, porque todo encono de partido es pequeño ante una acción sólo tendiente al bien común, como lo es ésta.

Brumas, por Lorenzo Stanchina.

El autor de este breve libro de cuentos—contiene cinco—ya se hizo conocer por otro: "Desgraciados". Y diré que veo en él a uno de nuestros cuentistas de porvenir. Quien ha escrito "El Velocipedo", ha realizado, sin disputa, una obra de arte. Para mí, este es su mejor cuento por ahora, aunque "Brumas" está realizado con su misma sobriedad de forma y acritud de esencia. Porque Stanchina es agrio, doloroso. Si algunos maestros han de buscársele a este joven, se les hallarán en los modernos cuentistas rusos: un Kuprin o un Korolenko, dolorosos y agrios. Y esto no quiera decir que él carezca de personalidad; la tiene, a pesar de su edad corta.

Después de leer "El Velocipedo", yo no dudo en el porvenir de Stanchina. Hay en él estructura de cuentista, y está destinado a producir fuertes cosas este joven, que el vigor es otra de sus virtudes.

¿Y defectos? Los hallaríamos; en querer fantasear, divagar mejor, sobre temas que no se prestan para motivo de cuento, como lo es "El Perro", narración sin vértebras y en la que su falta de finalidad la coloca en el género de las cosas híbridas.

Y vuelvo a recordar "El Velocipedo", para terminar afirmando que yo creo en el cuentista que hay en Lorenzo Stanchina.

Ernesto Morales

LA CHACRA VIEJA, por Sixto G. PERALTA

Se hundía el sol en el ocaso, cuando Fabián llegó aquella tarde a la vieja chacra, otrora solar de su mayores, y donde se deslizaron los venturosos e inolvidables días de su niñez. Muchos años habían corrido desde entonces; la finca pertenecía ahora a propietarios extraños, pues a la muerte de la abuela materna, sus moradores resolvieron venderla, y abandonar para siempre esos sitios, que sólo traeríales recuerdos dolorosos ya.

Él había nacido allí. Sus padres, debiendo ausentarse de la chacra después de su nacimiento, confiáronle a la abuela, deseosa por otra parte de tenerlo a su lado; y así fué creciendo, llena el alma de respeto y adoración para la mamita Juana como todos llamaban a la anciana, y para las buenas tías, cariñosas, e indulgentes siempre con él.

Muerta la abuela, y casadas las tías años después; fuése a vivir con una de éstas últimas, prosiguiendo sus estudios iniciados en el comercio. Diligente y tesonero, bien pronto obtuvo su título pericial, y poseedor de varios idiomas emprendió viaje a Inglaterra inducido por el representante de una firma comercial; donde al cabo de varios años en operaciones acertadas y felices, realizó su fortuna. Allá también prendóse de cierta graciosa rubia hija de ingleses, nacida en la Argentina, que malgrado la displicencia aparente de la raza supo comprender sus sentimientos amorosos en el dulce lenguaje de Cervantes.

Un buen día, tocóle el deseo de retornar al seno de la patria amada, de deseuropeizarse, y compartido su anhelo por la esposa que no sabía contrariarlo nunca, cruzaron nuevamente el mar en viaje de regreso.

Llegado a Buenos Aires, apoderóse de él ese sentimiento indefinible que domina al viajero, cuando vuelve al terruño después de larga ausencia. Sintió su corazón enfermo de nostalgias, ansioso de ver los sitios donde corrieron los bellos días de su infancia, y sabedor de que la vieja chacra materna estaba en venta; concibió inmediatamente la idea de adquirirla.

Quiso visitarla previamente; y con ese propósito aquella tarde llegó a la posesión, donde era aguardado por su dueño.

Después de la cena, como la noche de luna incitara a admirar su esplendidez al aire libre; sacaron asientos al amplio patio. El aroma delicioso de los cigarros contribuía a hacer más grata la digestión. Cambiaron palabras referente a la estada en Europa, al viaje por mar, a los negocios. El huésped hubiera preferido absorberse en sus recuerdos, pero velase forzado a responder a su interlocutor, cuya virtud no era precisamente la del silencio.

Desde su sitio veía Fabián los paraísos que limitaban la chacra, cuyas formas recordaba más o menos, y que siendo niño se le ocurrían fantasmas vagando en la noche.

La luna llena empezaba a enredar sus hilachas impalpables de luz en la alta copa de los eucaliptos gigantes, destacados a lo lejos como centinelas avanzados. Miró el firmamento buscando las estrellas familiares a su niñez; las tres marías, la cruz del sud, las cabrillas.

Cuando penetró en la habitación que se le destinara para esa noche, la ventana abierta dejó filtrar el perfume delicado del viejo jazmín del país entrelazado a la reja. Aquella espaciosa estancia era la que ocupó en vida la abuela, y la misma donde murió. En un ángulo, creyó ver aún el altar que todos los años se alzaba para la novena de la Virgen del Carmen. Por entre los hierros de la reja miró el patio, que parecía esplender bajo el cielo luminoso. Junto al naranjo de amplia copa, estaba la enorme piedra de granito, que él ayudara a la abuela a colocar una tarde.

Inolvidable fué esa noche, la última pasada en el solar de sus mayores. Muchas veces invocó las imágenes de los seres que rodearon su infancia; casi todos desaparecidos para siempre, y sus ojos se humedecían al recuerdo.

Abandonó el lecho cuando el sol empezaba a acariciar los seres y las cosas con su beso luminoso. Después de aquel penoso insomnio, necesitaba bañar su abrasada frente en el rocío fresco de la mañana primaveral, y ansioso de recuerdos, empezó a recorrer los sitios que le fueron predilectos: El viejo pozo de balde con sus gruesos pilares de ladrillo; asomóse a él, y sus aguas tranquilas reflejaron la imagen del hombre como veinte años antes reflejaran la del niño. Penetró en el jardín. En los canteros multiformes bordeados de "siempre verde", crecían en deliciosa promiscuidad los claveles, violetas, alelíes y albahacas. El perfume penetrante pobló su mente de esas evocaciones que nada sutiliza tanto como las flores y la música. Un poco más allá, alzábanse la mosqueta amarilla, la corona de novia, el cedrón; y junto a las duelas que tapiaban el jardín, los aromos prodigaban su suave fragancia.

Dirigióse al ombú enorme, que al margen del camino extendía sus rugosos y viejos brazos, como si se desperezara después de un largo sueño. Su tronco conservaba aún los caprichosos dibujos grabados antaño por él en la corteza. Volvió a ver los gajos preferidos que le brindaran sitios propicios para sus cabalgatas infantiles; de las que saliera ileso más de una vez por un verdadero milagro.

Llegó al cerco de tunas, deslinde de la quinta y el gran monte de frutales. Allí las violetas silvestres cubrían el suelo como una alfombra. Años atrás, él y su prima Susana, hicieron grandes ramos para ofrendar a la virgen. Sentóse a pocos pasos de allí, sobre un ribazo tapizado de trébol, y una vez más oyó la alegre música de las avecillas mañaneras, mezclada con la voz del arroyuelo susurrando su alegre madrigal.

Después de vagar toda la mañana por los sitios predilectos de su niñez; y ya el sol alto, fué acercándose con lentitud a las casas, debilitado sensiblemente su entusiasmo de poseer la finca.

Había reflexionado y meditado mucho. Se sentía enfermo de recuerdos. Aquellos parajes amados; aquellas cosas veneradas, sin los seres que los habitaron antes; antojábansele dolorosos ahora. Se siente en el alma de todo hombre, ese anhelo vehemente de volver a los lugares donde corrieron los días incomparables de la infancia; pero ya en ellos, los recuerdos empiezan a clavar sus espinas. Cada árbol, cada objeto, cada sitio, son motivo de dolor, al evocarnos un ser, una escena, una frase; y cuando esa tarde Fabián se despidió del dueño de casa, tenía resuelto definitivamente no adquirir la chacra.

Un millonario yanqui antifeminista

En Nueva York hay muchas mujeres feministas. Desde luego, muchas más que aquí, donde sólo son conocidas una docena, de las que así consiguen el título de intelectuales.

Pues en ese fantástico Nueva York, una Comisión de feministas, vestidas todas con traje sastre, sus correspondiente cuellos y corbatas, con el aditamento de un bastoncito con correa, se dedican a escribir cartas y a recolectar fondos para la reconstrucción del Adelphi College, de Brooklyn.

Una de esas misivas de petición fué a parar a manos del millonario míster Alonso B. Lee, que se indignó muchísimo con la súplica y con los razonamientos que para abonarla subscribían las feministas.

Y Mr. Lee contestó a la solicitante con la siguiente misiva, que por su forma y fondo está siendo muy comentada en los Estados Unidos.

"He recibido copia de su carta en que se solicita una subscripción mía para el fondo que se está recaudando para la construcción de una nueva Universidad.

Si yo pudiera hacer lo que se me antoja, prendería fuego a todas las Universidades femeninas existentes en el país. Las jóvenes de los Estados Unidos, no necesitan educación, necesitan, sí, dejar de fumar cigarrillos, no usar "slang", abandonar sus modales descocados, renunciar a sus cosméticos, polvos y calzados de tacón alto y dejar de vestir indecorosamente.

De todas las locuras del mundo creo que las Universidades femeninas son las peores. Cuando salen graduadas las mujeres ni siquiera tienen una escritura manuscrita aceptable. No saben nada acerca del idioma inglés.

No tienen nociones de ortografía. Ignoran por completo las cosas que debían saber y sus cerebros, vueltos al revés por la psicología, la lógica, la filosofía y muchas otras cosas que no sólo son absolutamente inútiles, sino hasta dañinas. Cosas todas que sólo pueden ser producto de los cerebros enfermos de los catedráticos.

Las mujeres solían ser altamente honradas y respetadas por los hombres. Pero eso va pasando y ello se debe, más que a nada, al efecto que las Universidades tienen en las mujeres.

Nada mejor pudiera ocurrir a las muchachas que están ahora en las Universidades, que ser sacadas y condenadas a trabajos manuales forzados durante un año por lo menos, a fin de que pudiera ponerse en sus cabezas algunas trazas de sentido común."

LA VIDA EN LOS FAROS

Sus penalidades, sus distracciones y sus horrores

Todos los oficios que tienen el mar por campo de acción, están llenos de riesgos y fatigas; pero el más penoso, el que requiere más abnegación, es sin duda el de torrero de faro. No nos referimos, desde luego, a los guardas de los faros situados en tierra firme, ya sea a la entrada de los puertos o en islas de cierta extensión. Son estos edificios grandes y relativamente cómodos, y los empleados que en ellos viven pueden tener sus familias con ellos, y a veces gozan de la compañía de un alumno o aprendiz que desea hacer prácticas para llegar a ser él también torrero. Por el contrario, en esos faros aislados que, situados sobre una roca o un islote a muchos kilómetros de la costa, marcan los bancos y otros sitios peligrosos para los buques, la vida es un verdadero suplicio, que parece imposible pueda resistir ningún ser humano.

Por lo general, estos faros aislados tienen cada uno tres guardas, si son de primer orden, y dos si son de segundo. El tiempo que estos empleados deben permanecer en el faro, varía según los reglamentos de los distintos países. Casi siempre se calculan quince días para cada guarda; de manera que si hay dos de éstos, no se les releva más que de mes en mes, y si hay tres, cada cuarenta y cinco días. En algunos sitios, sin embargo, hay faros cuyos guardianes no se cambian en muchos años; pero el sistema no puede ser más inhumano.

Dentro de estos tubos de granito, se vive peor que en una cárcel. Alrededor no hay más que el vacío, y la puerta se abre sobre el mar; pero sobre un mar agitado, bravío, aun cuando haga buen tiempo. Entre las olas que se estrellan contra la roca pelada, apenas puede permanecer ninguna embarcación. La que cada semana o cada quince días lleva las provisiones a los torreros, en muchas ocasiones no puede abordar y tiene que retirarse para volver a la semana siguiente. Entonces, a los sufrimientos que componen la vida de aquellos infelices, se une la falta de comida fresca; hay que contentarse con galleta, y esa averiada por el tiempo y por la humedad del ambiente. Hay muchos faros que no son abordables jamás, ni aún cuando más en calma está el océano, y en este caso, el aprovisionamiento se hace mediante una maniobra tan ruda como peligrosa. El barco de las provisiones se aproxima todo lo posible al faro, pero no tanto que haya peligro de estrellarse contra el mismo, y allí, sacudido por el oleaje y los remolinos, echa el ancla.

Uno de los torreros arroja entonces al barco una amarra, unida a un cable que corre por una polea fija en el faro. Los del barco sujetan en éste dicho cable, y suspenden de él un asiento, sobre el cual se coloca un hombre que se encarga de ir y venir del buque al faro y del faro al buque.

Fuera de estas visitas del barco de provisiones, nada interrumpe la monotonía de la vida en el faro. Las obligaciones de los torreros son muchas, pero poco variadas. La vigilancia de la luz durante la noche es realmente la parte menos complicada de su oficio; en ella alternan los dos o tres empleados que viven juntos. Por la mañana, en cuanto se apaga, hay que preparar el alumbrado para la noche siguiente. Se da cuerda a la lámpara, y a la máquina si el faro es giratorio; se quita la chimenea de la luz; se limpia perfectamente la linterna, por dentro y por fuera, se limpian también las lentes, y en general se hace una limpieza completa del aparato y todos sus accesorios. La limpieza de las lentes exige mucho cuidado; una lente de estas es como una cúpula formada por multitud de prismas, y a veces lo bastante grande para que quepan bajo ella tres personas. Si la lámpara es de aceite, debe cambiarse éste todos los días; el que ha servido la noche anterior se saca del depósito, se filtra y se guarda para el día siguiente. El depósito, después que se ha limpiado con toda escrupulosidad, vuelve a llenarse con el aceite que se filtró el día antes.

Si hace buen tiempo, el torrero puede distraerse pescando o cogiendo mariscos; pero en caso contrario, las horas transcurren en una lentitud desesperante. Hay fareros que para distraerse domestican ratones o gaviotas; a otros se les ve subir y bajar las escaleras del faro por puro pasatiempo; pero con frecuencia estas distracciones no bastan para evitar los horrores de esta reclusión voluntaria, y muchos de los que se han sometido a ella, en fuerza de tener ocioso el cerebro, han acabado por volverse locos.

La repentina demencia de un torrero, en un faro donde sólo viven dos, ha originado algunas veces dramas horribles, que dejan muy atrás las más espantosas concepciones de Edgar Poe. Hace años, en un faro de la costa de Francia, un torrero que llevaba poco tiempo de servicio fué acometido de un acceso de locura, y después de perseguir a su compañero por todo el edificio sin lograr alcanzarle, se abrió el vientre de una cuchillada.

El faro es de los que se comunican con el barco de provisiones por medio de una cuerda, como antes se ha explicado; por consiguiente, de esta misma manera había que sacar de allí el cadáver del loco. Pero el día que llegó el barco había una borrasca tan espantosa, que le fué imposible acercarse al faro, y se marchó para volver a los quince días. Aquellas dos semanas, por lo tanto, el torrero que quedaba vivo tuvo que pasárselas en compañía del cuerpo, medio putrefacto, de su compañero, sin atreverse a arrojarlo al mar por miedo de que se le acusase de asesinato.

Cuando más expuestos están los torreros a volverse locos, es al empezar a ejercer su carrera. Los primeros días de su vida solitaria son tan insoportables, que algunos principiantes renuncian a su empleo y otros ponen fin a él de una manera trágica. Se cita el caso de un torrero que a los dos días de entrar en el oficio manifestó sus propósitos de abandonarlo, y cuando su compañero le dijo que aún faltaban unos días para que viniese el barco que podría llevarle a tierra, no se sintió con fuerzas para esperar y se arrojó desde lo más alto del faro a las rocas que le servían de base.

Todos los horrores no son nada, comparados con la situación de dos guardas de un mismo faro que han reñido entre sí. Estos disgustos no suelen terminar con sangre. El hombre es siempre egoísta, y un torrero que se deshiciese del otro tendría sobre sí doble trabajo. Pero ¿se quiere algo más triste que dos hombres obligados a vivir aislados del mundo, siempre juntos y sin cambiar una palabra ni una mirada?

Es imposible encontrar ejemplo más gráfico de aquella "soledad de dos en compañía", que dijo el poeta.

TIRO AL BLANCO

El carnaval. — Con la llegada del reinado de Momo la gente hace esfuerzos para reir, pero aunque la costumbre puede mucho, este año le será difícil... guardará su risa para el otro carnaval en puerta, el de las elecciones; y si en el primero habrá muchos que se pongan careta para embromar a la gente, en el segundo embromarán a cara descubierta. Carnaval por carnaval es más interesante el de la política.

Lo malo que hay en éste, es que dura todo el año y llega a aburrir, pero no faltan tipos interesantes que con el disfraz de zanahorias o de diablos hacen las mismas pavadas que las mascaritas por vocación. Ahora sí, esta clase de disfrazados suelen costar caras al erario público.

Con razón se dice que las máscaras más caras son los políticos.

El señor interventor. — El doctor Rogelio Araya puede estar orgulloso, su entrada en Santiago ha sido la de un triunfador romano. Bombas, música, vivas y discursos. ¡Los representantes de todos los partidos se han desvivido por agasajarle!

Pero si los partidos han podido hacer eso, el señor interventor le va a ser difícil corresponder. Llegada la hora del reparto el partido que no haya logrado alguna banca se llamará a engaño y trocará en maldiciones todos sus elogios de hoy. ¡Es si no de los grandes verse despreciados cuando no tienen que dar!

Esperamos que el doctor Araya estará ya blindado contra ingratitudes.

Y volverá de Santiago
sin importársele nada,
y cantando vidalitas
con tonada.

Algo hay podrido en Estados Unidos. — No siempre había de ser en Dinamarca. Los yanquis también tienen derecho a dar que hablar. Y como se trata de un país que gusta de hacer las cosas en grande, hay veces que se pasa y las hace monstruosas.

El escándalo del petróleo se hace cada día mayor, y como se trata de un producto que ensucia, han quedado a la miseria la mayoría de los políticos. Son pocos los que han escapado puros y sin mancha de ese negocio. Ministros, senadores, diputados y altos funcionarios, ¡vamos, todos los que mangoneaban en política!

La prensa de Norte América ha encontrado un filón con este asunto para servir al público platos fuertes.

Aquí no tenemos los periodistas esa suerte. Aquí todo se suele hacer en chico. ¡Negocios sin importancia, que cuando más, dan para hacer una farrita en Palermo!

Un gran candidato. — En Córdoba la docta, y esta vez hay doble razón para denominarla así, un núcleo independiente de ciudadanos ha proclamado la candidatura de don Martín Gil para senador provincial. Se asegura que alcanzará una mayoría extraordinaria descontándose desde ahora su triunfo.

El popular astrónomo, y distinguido escritor humorista, hará una brillante figura en la cámara, y dadas sus aficiones, no es difícil que pueda prevenir las tormentas política con varios días de anticipación.

No creemos que la senaduría vaya a sumar mayor gloria a su nombre, pero sí le será ventajosa. Podrá estudiar la fauna de la cámara y nos dará excelentes monografías de sus más raros ejemplares.

Elección acertada. — Los políticos tucumanos, es decir, los radicales que responden a las inspiraciones del comité nacional del partido, han elegido candidato para la futura gobernación y parece que ha sido una elección acertada.

En vista de que los radicales andaban locos sin saber a que santo encomendarse para que les gobernara, y reconociendo que los males de que padecen no puede curarlos más que un alienista, han elegido al doctor Antonio Agudo Avila como candidato para la gobernación de la provincia.

El distinguido psiquiatra, doctor Agudo Avila, tendrá oportunidad de poner a prueba sus conocimientos, y curará a los tucumanos, o como suele suceder, resultará él el loco. No sería el primero que pierde la cabeza por la política.

MASCARAS FUERA DE CONCURSO



—¡Qué mascaritas más raras!...
—Por eso están fuera de concurso y del gobierno.

La policía y el juego. — Los quinieleros y demás gentes que vive de los muchos zonzos que habitan en Buenos Aires están desesperados con la campaña que a diario les lleva la policía. Ya no saben de que medio valerse para despistar a los detectives. No hay librería, cigarrería, lechería o puesto de mercado que les oculte a los ojos de los policiacos. La malo es que todos los detenidos por la policía y puestos a disposición de los jueces suelen salir de las garras de la justicia en seguida.

Los artículos del código suelen interpretarse de una manera muy benigna.

Y de lo cual se deduce
que no es ciega la justicia,
que la balanza anda mal
o que la espada no pincha.

Los autoómnibus. — Que el pueblo de Buenos Aires necesita de medio de comunicación rápidos y baratos, está en la pronta difusión de lo autoómnibus. En poco tiempo se han desparramado por la ciudad: y no hay sección del municipio donde exista alguna línea. Ahora en cuanto a lo de baratos dependerá de lo que disponga la Intendencia, si quiere hacer cumplir la ordenanza que fija la tarifa de diez centavos.

Por lo pronto han bajado a 15 de 20 que cobraban, y como el negocio es bueno, tendremos autoómnibus por los siglos de los siglos.

Lo que es de lamentar, que así como ha podido remediarse lo de las tarifas, no pueda lograrse el que vayan a una velocidad más moderada.

No hace mucho que se han puesto en circulación, y ya detentan el record de la mortandad. ¡De aumentar las líneas es seguro el descenso de la población!

Tradicionistas. — "En la calle Inclan, en un comité radical la policía detuvo a varios individuos que se entretenían en jugar al truco y a la taba por dinero".

Este hecho, simple al parecer, demuestra más que nada el cambio operado en nuestras costumbres. No hace veinte años que jugar la taba y al truco en un comité político hubiera sido cosa baladí, hoy en que el progreso se ha apoderado de nosotros resulta un delito.

Por suerte los detenidos son gente maleante, con lo que se salvan nuestros escrúpulos tradicionistas.

"POEMAS MONTEVIDEANOS"

UN LIBRO DE EMILIO FRUGONI

por Atilio GARCÍA Y MELLID

Yo saludo, en la oportunidad propicia del comentario, a una de las figuras más luminosas y completas que ha producido el Río de la Plata. Saludo con mi devoción de artista y mi cariño de amigo, a quién supo—en el ajetreo de su vida dinámica de político y de estadista—conservar incontaminado todo su temperamento lírico, dándonos el oro de sol de sus canciones, con la misma naturalidad con que la fuente nos da sus aguas y la estrella sus luces...

Emilio Frugoni, que en su tierra ejerce una hegemonía espiritual indiscutible, se nos presenta ahora con un libro lleno de evocaciones sentimentales, cálido de afectos hacia su ciudad natal...

"Poemas Montevideanos" se llama el libro, y es el breviario lírico y dulce, manantial sereno y puro, cielo límpido y armonioso...

Realizado con fuerza expresiva, pleno de esa emoción comunicativa que es llama del poeta, este libro de Frugoni significa un aporte valioso para la lírica del Plata, pues que—aparte su ritmo bello y su bella música interior—se realiza en estos versos una verdadera renovación artística, aquí,



Emilio Frugoni.

en esta América nuestra, en donde ya el "agrio cosmopolitismo del motivo" había reemplazado al espontáneo sentimiento de la realidad.

Realidad; viva, enérgica y armoniosa realidad trasuntan estos poemas de Frugoni, y, por ello, podría decirse que la harmonía más pura se acomoda a la más pura naturalidad, en símbolo idéntico al del pájaro que canta en el propio árbol del camino, sin reclamar para su "triste don del canto" paraíso especiales... ¡La harmonía, es harmonía siempre!

Libros como el de Frugoni, responden al concepto de Arte que Eugenio D'Ors expresa magistralmente: "Ahora no exigiremos idealidad, precisamente, sino intensidad. Queremos al arte más "enérgico" que la vida. Queremos a las formas artísticas más "abultadas" y más sencillas a la vez que las formas naturales."

Así estos "Poemas Montevideanos": intensos y enérgicos, tienen el mismo perfume de las cosas cuotidianas y cercanas, dentro de una fuerza y una sencillez mayor!

* *

La ciudad azul que sobre el Plata tiende sus costas para que las aguas las besen y acaricien, ha hallado así a su poeta que la cante, que la arrulle y la eternice, con un verbo más alto que el de las olas y un ritmo más dulce que el del agua... Ritmo de verso emotivo, de canción vivida, de poema gustado es este de Frugoni,—y pues que de sus valores surge entera la ciudad primaveral y sencilla, bien puede expresarse que el alma del artista (más que recoger al alma de su ciudad) ha sabido derramar en esplendores de luz su propia alma, dejándola en cada arista y cada línea, como el trocito de cielo que se queda prendido en las montañas o el fragmento de lago a que suspende el sauce entre sus ramas!

"Poemas Montevideanos" es un libro de emoción; libro puro, dulce, cálido, deja en los corazones una sensación de bien y de arte, y mueve a pensar en ese obscuro influjo de cada cosa, que en tanto deja impasibles a unas almas, provoca en otras emociones tan hondas y tan bellas.

El poeta, sin propósito premeditado y sin alarde, ha salido a las calles, ha mirado las quintas, ha paseado en las playas, ha gustado del aire y del sol de su tierra, y sin quererlo casi, sin proponerse formular un verso ni ordenar un libro. Ha cantado con toda su expresiva sinceridad y todo su emocionado acervo.

La mañana se presenta hermosa y el cielo está límpido. Mira el artista a través de su ventana recortada en la luz, y siente ganas de salir a tonificarse en el ambiente puro.

Y sale así, lírico y simple, ya que
"en esta azul mañana todo nos es [amigo:
el sol, la nube, el viento, el extraño [que pasa";
sale así, y de inmediato descubre que
"la calle está esperándolo a la puerta [de casa
ante el umbral tendida, al sol, como [un mendigo."

Produce en tal forma su "Viaje por la ciudad", página llena de bellezas que ya fué gustada en nuestro país por difusión de la revista "Nosotros". La emoción del poeta se explaya magníficamente en ella, con dulzura unas veces y otras con un dejo de tristeza:

"Allá abajo, en el término de una [calle apacible,
se ve la línea intensa y azul del mar [en calma,
y su visión me pone muy adentro del [alma
el anhelo de un vuelo, o de un viaje [imposible."

Con ésta y "Los baldes del cielo", "El baño" es de las composiciones más hermosas. La enérgica sensación del mar que el artista nos transmite, queda grabada hondamente en el propio corazón.

Sale el poeta de las aguas, después del baño fecundo y reconfortante, y la idea de que se lleva un caracol pegado a los oídos, le sugiere el pensamiento de que arrastra a todo el mar...

"...cuando
un nuevo paso hacia la orilla daba,
parecía que tras de mí tiraba
de todo el mar que me siguió bra- [mando."

Y alucinado siempre por esta sensación maravillosa, finaliza:

"Su clamor, su clamor muerde mi [oído!
Es que el mar me ha seguido
como un perro fantástico hasta casa."

En "Los baldes del cielo" la idea es original y la realización feliz. Canta el poeta:

"Campanas, copas de un brindis
fantástico!
Baldes de bronce que penden
sobre el brocal recto y alto
de un pozo de donde extrae
con la fuerza de sus brazos
sonidos el campanero
para encima derramarlos
de la ciudad, en un riego
tembloroso, entrecortado,
que se esparce por el aire,
resbala por los tejados
y salpica finalmente
nuestros cráneos..."

El poeta anda, recorre, mira, canta, y así un día y otro día, y después de tanta jornada descubre en su camino los copos dorados de sus emociones dispersas, y sabe entonces que ha cantado a la ciudad en que alienta y en que sufre, a la ciudad de todas sus inquietudes. Descubre recién que cada pena suya floreció en una rosa de amor, que cada zozobra íntima le fué pagada con el hilillo puro de una nueva esperanza:

Mira el camino andado, comprende que sus versos ya no pueden borrarse, y amablemente los sanciona:

"Con cuánto amor te canto, Monte- [video,
a pesar de lo amarga que haces mi [vida;
eres en mi existencia llaga y recreo;
herida, y venda y bálsamo de mi he- [rida!"

Su "gran aldea de las casitas chatas" tiene ya su romance perfecto, su página emocionada, su breviario de luz... Tiene un breviario dulcísimo y harmonioso, que, cual ella misma, juega en la playa, se refresca en el baño, ríe en las quintas y solloza en el conventillo!

Grato breviario éste de Frugoni, sea dicho en su homenaje que ya no le pertenece al gran artista: es ahora de la ciudad y de todos; del hombre que trabaja y del hombre que sueña; de la niña que espera y de la mujer que ama... Es parte de cada corazón que gusta de las mieles exquisitas, de los frutos benditos, de las estrellas milagrosas!

Y cuando un libro, por solo derecho de su interpretación del alma colectiva, pasa al dominio de cada corazón, bien puede decirse que ese libro es bueno, y dulce, y hondo... El libro de Emilio Frugoni lo es realmente, y a nuestro espíritu iluminado bajo sus blancos regueros de harmonía, se ocurre que allá—en la ciudad a que cantara—significará ya para siempre una cartuja milagrosa y fantasmagórica, a la que irán a prosternarse las almas sedientas de esperanza, los corazones ansiosos de amor!...

¡Poeta que ha conseguido esto, es, sin disputa alguna, poeta que ha triunfado!

ORO

El metal amarillo que llamamos oro se halla en bancos y en terrenos de aluvión, principalmente en los primeros.

Poco es el oro que puede obtenerse en las naciones europeas. Las más importantes minas auríferas están en Africa, en el Transvaal, las minas Raud.

Australia posee minas de oro, así como el Canadá y la India. Rusia es uno de los países más antiguos de yacimientos auríferos. Méjico produce oro y hay varios países donde se le halla en pequeñas cantidades. Madagascar la gran colonia de Francia ha sido país exportador de oro por espacio de muchos años.

Alemania no posee ni ha poseído nunca en sus colonias tan preciado metal.

El imperio británico produce más oro que país alguno en el mundo. En 1917 obtuvo de sus minas, en diferentes partes del globo 13 millones 324.759 onzas, valoradas en 59.498.873 libras esterlinas, siendo la producción mundial correspondiente de 20.756.384 onzas y su valor de 88.083.123 libras esterlinas.

Así pues la producción británica correspondiente a dicho año fué de un 64 por 100 con relación a la producción mundial.

Roedor beneficioso

En la Siberia vive una especie de ratón campesino, del grupo de los arvícolas, que practica bajo tierra grandes galerías, sirviéndose de ellas como de almacenes para guardar provisiones para el invierno. Consisten estas provisiones principalmente en grano, que sacan de los campos y de los graneros, y es tal la cantidad en que las reunen, que, cuando en el país hay escasez, van los habitantes a donde los roedores tienen sus depósitos, y cavando sacan el alimento necesario para sus caballos, vacas y camellos.

Elogio de la serranía cordobesa

MINA CLAVERO

El argentino que por primera vez tiene la satisfacción de contemplar montañas, llega a comprender por qué muchos europeos jamás llegan a encontrar algo bellamente decisivo en nuestras inmensas llanuras. Y se explica. Aun cuando la vegetación sea lo exuberante que se quiera;—a pesar del encanto que en ellas es dable encontrar, el espectáculo ofrecido es más o menos monótonamente invariable. Las alturas, por el contrario, producen una sensación admirable: profundos valles, incontables cascadas o hilos de agua dan una variedad y una vida tal que dejan también recuerdos imborrables. Es lo que continuamente puede observarse en un viaje desde la ciudad de Córdoba a la población del epígrafe. Ustedes se quejan de estas cinco horas que han pasado en el auto para llegar hasta aquí... ¿Qué dirían en mis tiempos cuando el mismo trayecto de 30 leguas se efectuaba sobre mula y en término no menor de 4 ó 5 días?... Así nos manifestaba doña Anastasia, dueña de un antiguo hotel de Mina Clavero, y que posiblemente en la provincia es tan conocida como el mismo gobernador. Comprendimos de inmediato que nuestra idiosincrasia no era igual a la de los cordobeses. Y es que el carácter de los porteños, especialmente, dista de tener con ellos alguna analogía: la vida agitada, vertiginosa—es la palabra — que en Buenos Aires llevamos, nos hace impacientes, nerviosos, con tendencias a resolverlo todo en el más breve plazo. Por ello, no sólo el viaje se nos ocurrió interminable y abrumador, sino que desde el primer momento nos chocó esa encantadora pasividad serrana... Nadie se apura: para todo hay tiempo;—la hora exacta, la puntualidad, para qué sirven?... Conste que no hay irreverencia alguna en lo dicho; apuntamos un hecho. Y un hecho que tiene su natural explicación. Hay muchos "algos", difíciles de explicar, que aún al mismo no nativo lo inclinan a una vida apacible, contemplativa, con tendencias a efectuar el mínimo esfuerzo y, consecuentes con el principio hedónico, a obtener el mayor provecho posible de él.

* * *

Mina Clavero, incrustada en plena sierra cordobesa es uno de los puntos ideales de veraneo. Emplazada a más de 1.000 metros de altura, con una población relativamente numerosa que goza de un clima inmejorable, puede constituir el desiderátum para pasar unas plácidas vacaciones, ya que reune toda clase de encantos naturales. Las sierras, el río, la vegetación, el clima, todo se auna para la atracción de los viajeros que pueden admirar los maravillosos efectos de luz sobre las montañas, gozar de las delicias de una saludable agua, robustecerse con un benéfico clima.

La pasividad serrana a que hacíamos mención anteriormente, tiene sus múltiples manifestaciones, y es la que posiblemente ha contribuído a restarle algo de la exuberancia de Mina Clavero. Una simple apreciación denotará la inmensa cantidad de árboles que se han derribado, sin preocuparse mayormente de la plantación de otros, tal como debe ser. Prescindiendo de este interés—de orden colectivo, si se quiere,—podría existir el individual;—sin embargo, ni siquiera éste tiene asomo. Aun el menos observador, en efecto, frecuentemente se pregunta cómo, al lado, al frente de una habitación o de un rancho, no se planta un árbol... (Es de advertir que el lugar, generalmente, lo permite).

A pocas cuadras del margen del río existe una pequeña villa: Cura Brochero, fundada por este prelado, y cuyo busto se erige en una pequeña plazoleta emplazada en medio del pueblo, que por cierto no asombra aunque puedo conceptuarse bastante adelantado teniendo en cuenta la distancia que lo separa de la estación ferroviaria más próxima. La religiosidad cordobesa tiene aquí también su evidente manifestación: un convento, una casa de ejercicios y una iglesia, esto es, tres edificios directa o indirectamente dedicados al culto son, a la vez, las construcciones más importantes... en medio de un conjunto de casas o de ranchos hechos con ladrillos crudos y con barro!! (Otra vez más interrogo: ¿por qué contando con arena y con cal — en abundancia — no se hace esta mezcla, reemplazando al primitivo barro?)

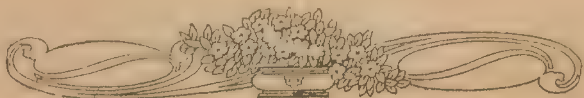
A dos leguas de esta localidad o villa se encuentra otra: Nono, que con ser menos importante tiene a su favor la de ser mucho más pintoresca y típica. En este caso, como en todo lo que suponga descripción de un sitio con diversidad panorámica, es labor que sólo muy pocos pueden emprender. Por ello, nada mejor que remitirse a la prueba; —es preciso ver y admirar.

* * *

La Gloria es un notable punto de excursión, y en ella puede contemplarse un cristalino chorro de agua que desciende de la sierra;—su acción secular ha formado una concavidad en la roca, y le da un aspecto de gruta.

—¿Usted aún no ha ido a La Gloria?... Tal es la pregunta que generalmente se formula al que recién llega. Una sonrisa maliciosa del que interroga intriga de inmediato y un por qué surge en seguida... Se nos responde: Vaya hasta allí, beba el agua y en un plazo no menor de cinco años usted habrá contraído matrimonio... Hará virtud, por cierto, y que dista ser lo agradable del caso, sobre todo cuando se huye de tanta tentación nupcial y cuando median formales ideas adversas al matrimonio... Lo notable del paseo induce a conocer La Gloria cuanto antes. Y sea por la fatiga, sea por la creencia, lo cierto es que todo excursionista bebe la maravillosa agua. Por lo primero la tomamos nosotros;—estoy persuadido que por lo segundo el bello sexo se empacha... He aquí, pues, una insospechada ventaja que muchas—¿y por qué no muchos? — podrán gozar en Mina Clavero; — una agencia matrimonial tan expeditiva, tan segura, tan matemática, a la verdad, bien puede de conceptuarse única en el mundo... Y sinceramente creo que las tan acreditadas agencias existentes en Francia—según es voz populi— quedan a la altura de un microbio: su brillante papel queda actualmente obscurecido... comparado con el agua de La Gloria!...

IGNOTUS.



La Hungría de hoy

El reino de Hungría tenía en 1914 una superficie de 326.000 kilómetros cuadrados; la nueva Hungría, tal como el tratado de paz la ha delimitado, tendrá próximamente 96.000, o sea un 30 por 100 solamente de su antiguo territorio. En 1914 tenía una población de 21 millones de habitantes; hoy tendrá sólo 10.500.000, o sea un 50 por 100 de la antigua población. Se trata, pues, de una serie de reducción.

No queda a la Hungría actual sino el corazón de la Hungría de otro tiempo, hasta el punto de que los húngaros pueden decir hoy que Hungría es un organismo que sólo tiene un estómago sin brazos.

La principal riqueza húngara era la riqueza agrícola. Era la tercera productora de trigo en Europa. Su producción anual ascendía a cuatro millones y medio de toneladas. Pero por la centralización industrial de las fábricas en Budapest había que llevar trigo del Banato para poder alimentar todos los molinos, y será preciso procurarse en Alemania el combustible necesario como fuerza motriz para aquellas máquinas.

La nueva Hungría se asemeja a la Rumania anterior a la guerra. Es la misma categoría de riqueza. Pero la Rumania agrícola pudo vivir y vivir bien; ahora bien, para vivir con semejante especialización agrícola es preciso "superproducir" y "exportar"; es preciso mantener el mayor comercio posible con los vecinos industriales.

Hungría tiene dos vecinos de este tipo industrial: Alemania y la Checo-Eslavia.

Lo que no haga ésta lo hará aquélla. Pero la segunda es el complemento industrial, desde el punto de vista económico de la Hungría.

Brújula flotante

Si se coloca cuidadosamente sobre la superficie del agua, una aguja de coser, limpia y bien seca, no se va a fondo, sino que flota a pesar de la mayor densidad del acero, que es siete u ocho veces la del agua.

Si se examina de cerca se ve que la superficie del agua está deprimida por debajo de la aguja, como si entre el líquido y el metal hubiese una fina película algo hundida por el peso de la aguja.

Esta propiedad que tienen los líquidos de ofrecer cierta resistencia a la fuerza que se ejerce sobre su superficie, se denomina 'tensión superficial', y el grado de dicha fuerza varía según los líquidos. La más grande es la del mercurio. La causa del fenómeno se debe, probablemente, a la atracción mutua de las moléculas del líquido. Pero lo curioso es que una aguja colocada en la superficie del agua, puede servir de brújula si se la imanta antes de hacer el experimento. En estas condiciones toma siempre la dirección de norte a sur, y no varía aunque se cambie de sitio al recipiente del agua. Si se la desvía a la fuerza, vuelve a tomar la dirección del meridiano magnético en cuanto se ve libre.

AMOR PROPIO



—¿Tú escribiendo chistes? ¿Tú? ¡Ja! ¡Ja!
—¡Hazme el servicio de no reírte de mis chistes!

EL CHIQUITÍN DE LA TÍA ANTONIA,

por

Juan RICHEPIN

¿Cómo he llegado a saber la historia que voy a contaros? ¿Qué os importa, con tal que la cuente ahora? Y estoy seguro de contarla bien; lo declaro de antemano, sin amor propio de autor; porque nada tengo que ver en ella como autor, y me limitaré únicamente a narrar los hechos tales como los he recogido.

Eranse una pobre abuela y su pobre nietecito, que no poseían en el mundo más que su afecto uno por otra; la abuela tenía setenta y siete años y el nieto ocho.

Vivían en el sexto piso de una casa de vecindad del callejón sin salida de l'Orillon, entre Belleville y Menilmontant, un barrio donde no abundan los ricos. Y aun entre los miserables destacábase su miseria.

¡Figuraos si sería grande!

El muchacho estaba enfermo, achacoso, en cama desde doce meses antes, y la vieja era muy vieja, muy débil, casi impotente también; de manera que, con la mejor voluntad del mundo, no podía verdaderamente trabajar gran cosa.

¡Afortunadamente, los menesterosos son buenos para con sus semejantes! Los pobres vecinos del barrio daban limosna a esa miseria, aún más lamentable que la suya, y sus caridades, unidas a algunos socorros de la Asistencia Pública, bastaban a la vida de la abuela y del nieto.

A la vieja le llamaban tía Antonia, y al niño, el chiquitín de la tía Antonia. No se le conocía otro nombre, pues nunca lo habían visto correr y juguetear en la calle con los otros muchachos de su edad; nunca se había oído a un camarada llamarlo de una acera a otra intercalando su nombre de pila en una rima absurda y sonora:

—¡Vaya, León!

—¡Cabalito, Augusto!

—¡A tu salud, Esteban!

—¡Ve a sentarte, Eduardo!

¡No! Unicamente, de vez en cuando, se decía entre vecinos:

—¿Cómo se encuentra el chiquitín de la tía Antonia?

¡Ay!; de día en día, el chiquitín de la tía Antonia iba empeorando. Hijo de una tísica y de un borracho, era a la vez tísico y raquítico el pobrecillo, y cuando no gritaba torturado por los sordos dolores de su coxalgia, tosía, con una tos seca, sanguinolenta, que le pintaba dos ramitos de violetas obscuras en las mejillas.

Durante toda su infancia, aun cuando enfermizo, había gozado de buenas épocas. Entonces, el abuelo, que trabajaba aún a pesar de sus ochenta años, lo sacaba a dar un paseo al aire libre y al sol, y le compraba, cuando podía, remedios que lo apuntalaban algunas semanas.

Pero desde que habitan en ese chiribitil del piso sexto, sobre un patio de donde suben las emanaciones de los vertederos; desde que la vieja no encuentra que espigar sino lo preciso para no morirse de hambre; desde diciembre del año anterior; el chiquitín de la tía Antonia no se ha levantado más de la cama, y es probable que nunca vuelva a levantarse.

La última vez que salió fué por la Navidad pasada.

Aquel día, la tía Antonia lo había abrigado como mejor pudo con un grueso tapabocas formado con su viejo mantón; le había puesto sus dos únicos pares de medias (de ella), para que tuviese los pies calientes, en sus chanclos nuevecitos, y lo había conducido a los bulevares, a lo largo de las barraquitas llenas de juguetes, de estampas, de títeres, que formaban una magia espléndida y multicolor.

Aquella magia quedó impresa en los ojos y en la imaginación del enfermito; y siempre, desde entonces, ha hablado a menudo de ella, con escalofríos de pesar y de deseo, abriendo a más no poder su boca extasiada y tendiendo sus escuálidos bracitos hacia el espejismo de todas aquellas maravillas entrevistas e inolvidables.

Había, sobre todo allá junto a la plaza de la Opera, un soberbio polichinela, abigarrado, dorado, casi tan alto como el mismo chiquitín, y que cuando le tiraban del hilo sacudía alegremente campanillas y cascabeles, levantaba los brazos, separaba las piernas y los miraba al mismo tiempo con su iluminada faz y su casi viviente mueca.

—¡Oh! ¡Qué bonito era! ¡Qué bonito!—exclamaba a menudo el chiquitín de la tía Antonia. — ¿Cuesta mucho, abuelita, un *porichinela* así?

Y la vieja contestaba siempre:

—Te compraré uno, sí, cuando seamos más ricos.

—¿Y cuándo será que seremos más ricos?

—Pronto, hijo mío, pronto.

—¿Entonces lo tendré, di, el *porichinela?*

—Sí, sí, lo tendrás.

—Ves abuelita; estoy seguro de que si lo tuviese me pondría pronto bueno.

Y esta idea reaparece sin cesar, como una obsesión. Y cuando el pobrecillo empeora, cuando sus dolores lo torturan más, cuando la tos abominable lo conmueve como si quisiera arrancarle el resuello, ¡oh!, entonces el deseo se hace más vivo, casi acerbo. Se ve que aumenta el padecimiento y que, en realidad, la posesión del juguete apaciguaría el mal como por encanto.

¡Y así lo había comprendido la tía Antonia! A fuerza de prometer el polichinela, se había dicho que tenía que cumplir esta promesa y que no le quedaba más medio que éste para hacer que viviese algo más su querubín. ¡Sí, lo tendría, sí, su polichinela! ¡Y se curaría! También ella había acabado por creer en esa loca esperanza.

Sí, lo tendría. Pero ¿cómo? Según él mismo decía, con lágrimas de codicia impotente, debía costar caro, muy caro, un *porichinela* como aquél! Era un juguete de rico. Lo menos, veinte francos. Tal vez más. ¿Dónde encontraría ese oro, ella, que ni aun siquiera conocía el color de la plata y que sólo de vez en cuando veía algunos sueldos mezclados con las limosnas que le hacían en especie? ¡Veinte francos! ¡Una fortuna, vaya!

Vendió como pudo casi todos los guiñapos que le daban a la entrada del invierno. Hasta realizó bonos de carne y de pan, que tantos afanes le costaba obtener, y sólo reservó una porción para el enfermito. En cuanto a ella, ayunaba. Y cuando el pobrecillo comía solo y le decía:

—¿No tienes hambre, abuelita?

—No—le contestaba;—me han dado un plato de sopa en el taller del ebanista.

Y así pasó días enteros, con el vientre absolutamente vacío. ¡Qué importa! El nietecito tendría su *porichinela*.

Van ya tres meses que economiza así, y anteayer mañana poseía, en junto, nueve francos y tres sueldos.

—A lo menos, diez francos—pensaba;—necesito, por lo menos, diez francos. Diez y siete sueldos he de recoger de aquí a mañana.

Aquel día, el chiquitín de la tía Antonia se encontraba mucho peor. ¡Caramba! Con la quincena de invierno que acababa de pasar, ya podéis pensar en qué estado se hallaría el pobre angelito. Y los vecinos no han podido dar muchas limosnas, pues también se ceba en ellos el hambre y el frío. ¡Ningún guiñapo ya para vender! Tres bonos de pan y de leña es lo que quedaba en casa.

Pero el enfermito está tan decaído, tan decaído, que ya no puede tragar nada. Así, pues, ¿de qué ha de servir hoy el bono de pan? ¿Para ella? ¡Quiá! ¿Y mañana? ¡Ah!, mañana ya verá de encontrar. Lo que ahora se necesita, lo preciso, lo indispensable, no es comida: es el *porichinela*. Si lo tuviese allí actualmente en sus manecitas trémulas, de seguro se encontraría mejor.

—¡Qué bonito era!—decía él con estertor ahogado.

Y sus ojos se dilatan; las alas de su nariz, punzadas por la enfermedad, palpitan súbitamente; un calor invade su piel; la vida vuelve a sus labios, tan descoloridos. ¡La vida, sí, la vida!

Vivirá aún si se realiza su sueño.

—¡Qué bonito era!

—Voy a comprártelo, ea; voy en seguida.

—¿El *porichinela?*

—Sí, el *porichinela.*

—¿Conque somos ricos, abuelita?

—Sí, remonono mío. Toma, mira.

Y le enseña sus nueve francos y tres sueldos. Todo ello en sueldos. Hay un montón.

El chiquitín palmotea.

—Ve pronto, abuelita; ve pronto. No tardes mucho.

Ha salido la tía Antonia. No, no tardará mucho. Con sus viejas piernas débiles, corre desde luego a casa de los vecinos para vender sus tres bonos, los últimos.

—Es para comprar un remedio al chiquitín—dice.

Y dice verdad: lo que va a buscar es un remedio.

¡Diez francos! Por fin, los tiene. Ha sido preciso perder media hora para ello; pero los tiene ya. ¡Cómo se apresura, semicojeando sobre el arroyo resbaladizo y a pesar del entorpecimiento del frío, que le hiela los huesos; porque la pobre abuelita no comió nada ayer, ni tampoco hoy, y ha colocado su raído mantón sobre el jergón del enfermito! Sólo lleva una mala falda y un delgado justillo sobre la camisa. ¡Brrr! ¡Adelante! ¡Y está lejos! No quiere hacer su compra en la primera barraca que encuentre al paso. Hay que ir allá abajo; allí, junto al teatro de la Opera. Tal vez aun está allí el mismo *porichinela* este año, ¡y tal vez no cueste más de diez francos! Sí; aún estaba; el mismito, y por diez francos lo ha obtenido regateando, regateando. Es el mismo: lo ha reconocido.

Emprende el regreso estrechándolo contra su corazón con precauciones de madre, como si temiese hacerle daño. Y también ella dice:

—¡Qué bonito!

Abreviemos. El destino es el más terrible de los dramaturgos. Nadie como la realidad inventa los efectos de teatro. Cuando se narran los que hace la vida, bastan dos palabras para referirlos.

La abuelita había estado ausente dos horas largas. ¡Al llegar encontró a su nietecito muerto!

Ayer enterraron al chiquitín de la tía Antonia.

La abuelita ha colocado en el pequeño ataúd, sobre el sudario, hecho de una sábana remendada, el hermoso *porichinela* cubierto de colores chillones, de campanillas sonoras, de dorados maravillosos, y así el pobrecito cadáver ha tenido su aguinaldo.

¡Ojalá tenga en breve la tía Antonia el suyo: la muerte!

PUCHITOS

En Copenhague los borrachos son conducidos hasta su domicilio en carruaje y paga los gastos el dueño del último establecimiento que ha visitado el ebrio.

* * *

La velocidad con que vuelan las aves viajeras ha sido objeto de muchas discusiones.

Un famoso naturalista dice que hay aves que vuelan con la asombrosa rapidez de 240 kilómetros por hora, pero el cálculo más aproximado es de 65 a 70 kilómetros en ese espacio de tiempo.

* * *

Beiva, en el Africa oriental portuguesa, es una ciudad de cinc. Todas las construcciones que llevan metal, desde los edificios y ferrocarriles hasta los ataúdes, son de cinc.

* * *

Para hacer un mapa de la costa norteamericana del Pacífico, desde Méjico hasta el Canadá se han empleado pequeños aviones navales, desde los que se fueron tomando fotografías.

* * *

Se ha instalado en el Museo de Historia Natural, de Nueva York, una reproducción en cera y cristal de una sección del fondo del mar de cinco centímetros cuadrados, con sus plantas y animales, con un aumento de 15.000 veces.

* * *

Aun cuando dista más de sesenta kilómetros del puerto más próximo, la ciudad de Sheffield, en Inglaterra, trata de obtener del gobierno, un canal navegable que la ponga en comunicación directa con el mar, a fin de recibir directamente y con menos gastos el hierro extranjero.

* * *

En algunas ocasiones la resistencia que opone la atmósfera a un tren en marcha, equivale a la mitad de la resistencia total que la locomotora puede soportar.

* * *

Las polleras largas, han contribuído poderosamente a disminuir la venta de medias de seda.

* * *

Las vitaminas, las misteriosas pero esenciales cualidades de los alimentos, son causadas en la leche por la luz del sol.

* * *

Berlín sufre actualmente una plaga de pobres que llenan las calles y establecimientos públicos.

* * *

En Canadá hay 160.000 pieles rojas que ocupan una extensión de 5.000.000 de acres, cedida por el gobierno.

* * *

Si Australia fuese colocada en el Océano Atlántico ocuparía el espacio que hay entre Gran Bretaña y América.

* * *

El gobierno inglés prohibe que se fume en todo aparato de aviación registrado en Inglaterra, o perteneciente a cualquier otra nación, pero que vuele sobre el Reino Unido.

* * *

Hace dos años entró en el puerto de Cristóbal, Panamá, una ballena que tenía 98 pies de largo y pesaba alrededor de 100 toneladas.

UNA INCOMPRENDIDA

por Max y Alex FISCHER

Tendría unos veinte años. Era alto y moreno. Ella no tendría más de veinte años. Era pequeñita...

Acababan de hablar de mil cosas, y seguramente para continuar la conversación se le ocurrió decir a él:

—Y a todo esto, querida, no me has dicho dónde estuviste esta mañana.

Ella hizo un gesto que quería ser enigmático.

—¿Esta mañana? Adivínalo, hijo; piensa un poco.

Él sonrió.

—Vamos a ver. Mi Nelly estuvo esta mañana...; estuvo en el Hotel de Inglaterra a ver a su madre. ¿No es así?

Nelly movió la cabeza negativamente.

—No, señor; no ha estado a ver a su mamá.

—Entonces, ¿ha estado en el Casino?

—No, señor; no ha estado en el Casino.

—Pues ha ido a comprarse un sombrero.

—Tampoco ha ido a eso.

Hasta entonces había estado tranquila. De pronto, sin causa aparente, se mostró muy irritada y se levantó de un salto de su asiento.

—¡Me estás fastidiando! ¡He ido donde me ha dado la gana! ¡Y basta ya!

Sorprendido, balbuceó:

—Pero... Te diré... No te enfades, querida. Te pregunto dónde has estado, sencillamente, porque...

—Sí, sí, sencillamente, después de un interrogatorio de media hora. Pues bien: ¿quieres saberlo? Te lo voy a decir. He estado...

Y después de una larga pausa, prosiguió:

—He estado con otro novio que tengo.

Él palideció. Ella, más tranquila, prosiguió:

—Sí, con otro novio; como todas las mañanas desde hace un mes que estamos veraneando aquí. ¿Te asombras? ¿Te extraña que tenga otro novio? No veo por qué ibas a pretender que sólo tuviese relaciones contigo. ¡Sería gracioso!

* * *

El hombre alto y moreno se había dejado caer sobre una silla y lloraba amargamente.

Yo no conocía a aquel buen mozo. Por casualidad asistía a aquella escena, que se desarrollaba en el salón del hotel. Pero no pude por menos de mezclarme en aquello que nada me importaba. Y acercándome a la joven le dije en voz baja:

—¡Es indigno lo que hace usted, es de una maldad incalificable! Gozar viendo sufrir de ese modo a un pobre hombre! ¡Es vergonzoso, vergonzoso!

—Es decir, ¿que soy una mala mujer? ¿Soy mala, verdad?

Me miró con sus ojos ingenuos e hizo un gesto de desconsuelo.

—¡Hace falta que los hombres sean ignorantes y tontos para juzgarnos tan mal! Pero yo soy buena, caballero, muy buena. Para mí sólo hay una dicha en el mundo: consolar. Si yo hubiera seguido mi vocación, sería a estas horas hermana de la Caridad. ¡Consolar! ¡Qué hermosa misión! ¿Pero cómo consuela usted a un hombre que no es desgraciado?

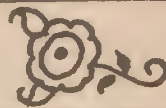
Y creyendo que había dicho bastante para justificar una conducta a primera vista inexplicable, se separó de mi lado y acercándose al joven moreno, que seguía sollozando, le cogió la cabeza con sus manos, y con voz maternal empezó a decirle:

—¡Vamos, borricucho, no llores de ese modo! No es verdad nada de lo que te he dicho. Demasiado sabes que tú eres mi único amor. He estado a ver a mamá nada más. ¡Basta de lloriqueos, caballero! No quiero que estés triste, ¿lo oyes? ¡Déjame, déjame que te consuele, amor mío!





DE NUESTRO GRAN MUNDO





Señorita Sebastiana de la Torre.



Señorita David Lagos.





Señorita Agustina Méndez Cabral.

Señorita Susana Labougle.



Señorita María Magdalena Bustamante Barreneches.

Fots. Witcomb.

"LA CAUTIVA", de Correa Morales



"La cautiva".



Señor Lucio Correa Morales.

En breve, ha de cumplirse el primer aniversario del fallecimiento de don Lucio Correa Morales—padre de la escultura nacional—cuya figura nobilísima, se está borrando en las lejanas tierras del olvido, que es implacable compañero de la muerte.

"Soy—decía el viejo criollo—simbolizado en su "Gaucho"—el último gesto del arte argentino, antes de sucumbir bajo el golpe traidor y cosmopolita asestado por mis propios hermanos. Soy, el que con la "Verdad", hablaré al pueblo desde una plaza pública, en su propio idioma y no en alemán o javanés, lenguas que no comprende como yo tampoco. ¡Y no se dirá, entonces, tanto malo de las formas clásicas, vilipendiadas por aquellos mismos que están robando a los griegos! La esperanza está en los muchachos, pero es necesario repuntar la hacienda alzada, a palos con los novillos, para apartarlos del reinado del zoquete y de los torsos mutilados"...

Y en su lenguaje pintoresco, muchas cosas dijo aquel admirable "Martín Fierro" de la escultura, que entregó su espíritu al Puro, las dos manos juntas, después de haber quemado hasta las alas de su alma, en la débil lamparita, que acompaña a los buscadores de imposible, ignorantes de las cosas prácticas, porque habitaron en países de ensueño.

Su obra vasta y sincera, es rica en una expresión de acendrado nacionalismo, en la cual vibra el leve rumor de una protesta: así, "El triunfo de la Verdad", "La justicia", "Señores de Onisin", "El cristo", donde trazó su propio retrato, y "La cautiva"... En ella, puso Lucio Correa Morales todo el dolor de una raza, deshecha por los "corvos" que tajaban y hendían, bajo el alarido de las tribus alzadas, y el grito del comandante, desnudo hasta la cintura, que instigaba a la tropa con el clásico: "¡metalén muchachos!"

Este grupo fué creado por el maestro, cierto día, en que acariciando a sus hijos, escuchó murmurar a una india vieja: "yo también tenía chico, chico lindo; no sé vivo, no sé muerto, no sé dónde"...

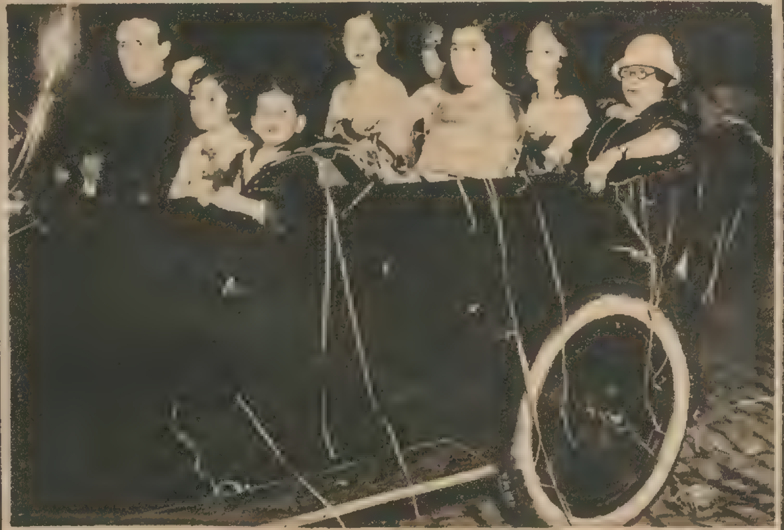
Y al artista se le representó, de golpe, palpable y brutal el espantoso drama, cuando la soldadesca arrancaba a los niños y a las madres, como si fueran perros, mientras en lo alto del barranco humeaba fantástica la toldería.

Ricardo GUTIÉRREZ.

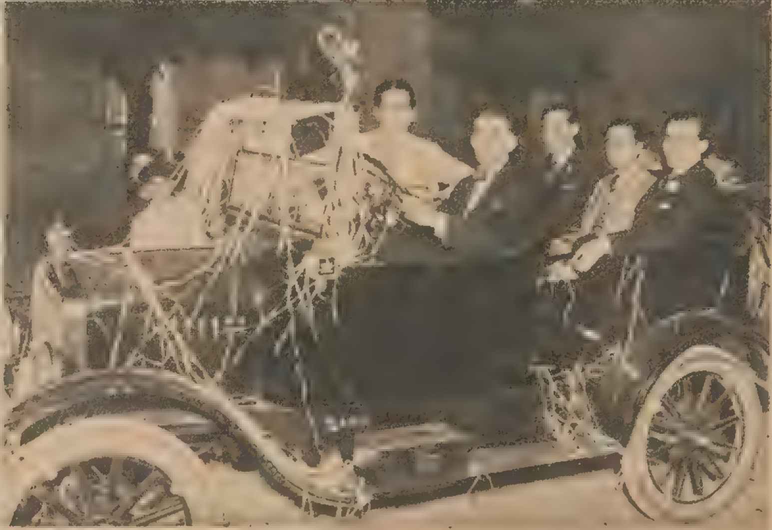
DE LOMAS DE ZAMORA



Durante el corso de flores, últimamente realizado. Carruaje ocupado por las señoritas de Marilese, Sheil y Tufró.



Automóvil conduciendo a la familia de Pascual.



Los señores Martinelli, Brit, Cases y Andrade en otro vehículo.

Fots. Parisienne.



De la perla del Atlántico



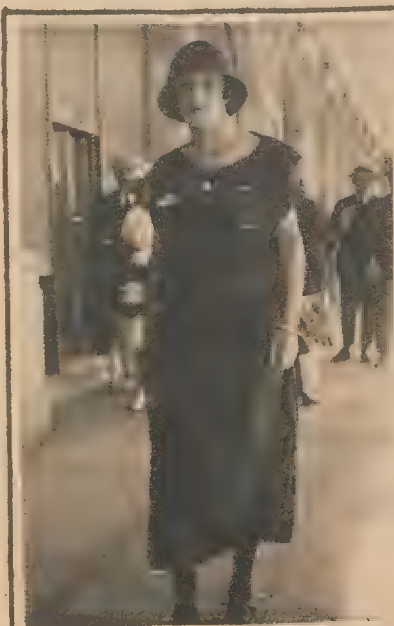
Mar del Plata. — Señorita María A. Zapiola.



Doctor Atilio Gorostarzu con su esposa María Luisa Araujo Villar y su hijita Estela.



Gente menuda. — Graciela y Raúl Pacheco.



Señorita Haydée Clelia Moschini.



El juez federal Dr. Tomás Arias, aguantando un informe "in voce".



Señoritas María Luisa y Nélida Cánepa.



El Dr. Germán F. Costa, ventilando su cabellera en cuarto menguante.



"Mary and John".



Baños de sol y melenitas fulgurantes.



El señor Eduardo M. Niño con sus nietecitas.

Fots. Bonnin.





Uno de los panneau, 2×2, copia de clásicos. ''Van Eykc, autor desconocido, escuela flamenca de 1400''.



''Ticiano, apogeo del Renacimiento; Francisco II'', otro de los magníficos panneau, verdaderamente artístico.



En los talleres de la Dirección de Alumbrado de la Municipalidad. Los últimos arreglos a uno de los motivos ornamentales, tan ingeniosamente combinados por la citada repartición, dirigida por el ingeniero Máximo D. Millán.



Las guirnaldas de lamparillas de colores, necesario complemento de la espléndida iluminación del corso oficial, requieren, para su preparación, el trabajo de varios obreros, y realzan, en conjunto, las panderetas y medallones pintados.



La primer mariposa colocada en el foco de la esquina Avenida de Mayo y Bolívar. Trátase de un excelente trabajo de la Dirección de Alumbrado, que llamará justamente la atención. Ha sido unánimemente elogiado, el buen aprovechamiento que se ha hecho del foco, para formar el cuerpo y el ingenio demostrado en todo ello.

Hace algunos años ,cuando al aproximarse Carnaval aparecieron en la Avenida de Mayo colgadas de alambres, grandes telas pintadas ostentando grotescos caretones y siluetas circenses, la gente saludó regocijada el resurgimiento del ''corso popular''.

Definitivamente desaparecidos los otros, los que reunieron tantas y tantas muchedumbres porteñas en las calles céntricas de la gran ciudad, porque las costumbres y la misma idiosincrasia colectiva determinó aquella ''liquidación forzosa'', sólo habían quedado los desfiles de vehículos y mascaradas en los barrios suburbanos y en algunos pueblos cercanos a la Capital, como último recuerdo de los buenos tiempos en que el tan zarandeado Momo reinó con plena alegría en todas partes.

Desde entonces, faltóle algo al carnaval porteño, al carnaval de la gente que no pudiendo hacerlo de otra manera, encuentra su mejor diversión en el inconfundible bullicio de un corso.

Aquellos mascarones, aquellos Pierrots, aquellas Colombinas, aquellas cabezas muchas veces admiradas en cuadros célebres, cuyos rostros realzaban las guirnaldas de lamparillas eléctricas de colores, señalaban el comienzo de una innovación en el ornato callejero de las fiestas de ese carácter y al mismo tiempo, eran un síntoma del ''resurgimiento''... Y el corso de la Avenida se impuso. Subsanadas en los años sucesivos las explicables deficiencias de un ensayo, que a muchos pareció temeridad, corrigiéronse igualmente fallas de otra índole.

Se perfeccionaron también los ''panneau'' y las panderetas; se perfeccionó la iluminación eléctrica y triunfante ya la iniciativa, con sus fines simpáticos de ayuda pecuniaria, popular, a la Asistencia Pública, sólo se pensó en decorar las calles con buen gusto y con sencillez.

No había para qué preocuparse de otra cosa y la comisión organizadora lo entendió así.

Este año, en el corso de la Avenida, considerablemente ampliado en su recorrido, porque así lo exige la cantidad de vehículos, cada vez mayor, los trabajos decorativos, a cargo de la Dirección de Alumbrado de la Municipalidad y de artistas de la Academia de Bellas Artes que dirige don Pío Collivadino, habrán de constituir un nuevo motivo de muy justo elogio y señalarán no sólo un apreciable progreso sino un digno esfuerzo en esa materia.

Ya los arcos, las rosetas, las mariposas, las guirnaldas de bujías eléctricas, se exhiben por sobre las calles, que dentro de poco tiempo darán albergue a la multitud entusiasta y dispuesta a la diversión; las telas y los discos pintados, complementan en lo alto, el conjunto, y cercano el instante en que habrá de darse comienzo a las fiestas, hay quienes se preguntan con mucha razón ¿cómo se prepara el corso de la Avenida?

Es interesante saberlo. Esta nota gráfica y los datos que la acompañan, habrá de explicarlo con detalles dignos de ser consignados y el público que participe de ese número del programa carnavalesco, podrá saber quiénes son los que trabajando activamente, con entusiasmo, con inteligencia y buena voluntad, han venido preparando, desde meses atrás, los principales elementos que habrán de usarse apenas cinco noches...

Desde enero, se viene trabajando activamente en los talleres de la Dirección de Alumbrado, para tener listo, en tiempo oportuno, todo cuanto concierne a la iluminación del corso. No obstante no tratarse de grandes talleres, la buena voluntad y el entusiasmo de directores y operarios, ha permitido que el ornato eléctrico supere en mucho al de los años anteriores. Las mariposas, constituyen un ''verdadero hallazgo'', por su originalidad, y sus autores han evidenciado indiscutible ingenio al combinarlas.

Se emplearán, aproximadamente, 90.000 lámparas en todo el corso, de diferentes poderes luminosos (de 500 a 1000 bujías). La carga eléctrica es de 4.500 kw. y el costo de la corriente eléctrica es de $ 700 por hora, calculándose un consumo aproximado de 20 horas, o sea un total de $ 14.000, en aquel concepto.

Por primera vez se usará un nuevo tipo de lamparilla eléctrica llamada de ''filamento de molino'', porque resiste a las más fuertes vibraciones. La forma en que está preparado el vidrio de color, evita los halos o reflejos y concentra mejor la luz de color, obteniéndose así un magnífico efecto a la distancia.

No es menos digna de elogio la labor de los hábiles artistas que han pintado, en el transcurso de 38 días: 52 panneaux, grandes, 2 × 2, copia de clásicos; 600 panderetas; 36 frisos, con frases alusivas a la fiesta: ''Ríe, salta, baila''; ''Tu presencia nos alegra''; ''No te ofusques''; ''Se amable'', etc.; 36 ''costumbres populares'' de 1 metro por 0.60 centímetros; y 36 ''costumbres populares'', de 1.80 centímetros por 1 metro 20 centímetros.

L. THORNE.



''Merceditas, del pintor contemporáneo, español, Zuloaga''.



La ''barra fuerte''. Los incansables artistas de la Academia Nacional de Bellas Artes, que dirige don Pío Collivadino, autores de las 700 y pico de telas que adornarán el recorrido del corso. Han trabajado, sin interrupción, 38 días.— De izquierda a derecha: Hipólito Sánchez, Indalecio Pereyra, Lorenzo Gigli, Benedito Massino, Alejandro Hidalgo, Raúl Rosarivo y Raúl Mazza.

Fots. Márquez.



EL VERANEO EN LA FALDA MENDOCINA DE LA CORDILLERA



Cacheuta. — Familias de Devoto, Negri y Cross, paseando en zorra.



Señoras y señoritas de Raggio y Miralles.



Familia de Zurueta.



Haydée Thomas.



Niños de Iribarne.



Señor Manuel García y señora.



Llegando a los baños, en cómodo transporte.



Señores Lorenzo Raggio e hijo.



Señor Grau y señora y señorita Adela Ots Ortiz.



Doctor J. N. Murtagh y señorita Celina Murtagh.



Señora Dolores Plandolit de Pages.



Señora Isabel M. Geloso de Bejarano.



Señoritas de Marcó.



Señoras Margarita F. de Fenoglio y Margarita F. de Ugarte.



Puente del Inca. — De izquierda a derecha: el guía C. Lobos y los señores Tamagni, Stoler, Gopcevich, Barnetti y Vivaldi, en la quebrada Matienzo, después de rendir un homenaje a la memoria de este malogrado aviador, en el sitio en que perdió la vida.



Grupo de excursionistas al primer campamento del Aconcagua, a 5.300 metros de altura. Los señores Padre Aragón, Stoler, Moyano, Stereus, Vivaldi, Lanús, Gopcevich y el guía E. Moyano.



Niños T. Lastra y Alberto G. Gopcevich.



Familias de Bustello y Conget.



Familia de Aranz, en la cascada del Inca.



El niño mascota del Hotel Puente del Inca.

Fots. Bejarano y Arata.



LA PILETA DEL C. ATLÉTICO OBRAS SANITARIAS DE LA NACIÓN



El profesor de natación del club, Amadeo Volpini, en un momento de tregua, rodeado por sus discípulos.



Durante una lección a uno de los alumnos. El profesor Volpini, inteligente operario de las obras sanitarias, finalizadas sus tareas, se dirige todas las tardes al local del club, en Núñez, con objeto de cumplir sus funciones en la pileta.



Vista general de la pileta cuya capacidad es de 1.200.000 litros de agua. Es indiscutiblemente la mejor pileta que poseen nuestras asociaciones deportivas.



En el agua y en fila: Schuth, Olivero, Pastorini, Volpini, Nigro, A. Biazzotti, Señoreli, Dotto, A. Volpini, Hunsen, niños Versacce y Monti, etc.



La niña Monti, aprendiendo a mantenerse a flote.



Lanzándose al agua. (Profesor A. Volpini).

Fots. R. Otero.



Los políticos en Mar del Plata



Los ministros Viale y Casás, del elenco "personalista" de La Plata



El doctor José N. Matienzo, paseando su flacura "constitucional", por la rambla del Bristol.



La trompeta de la calle Brasil o el doctor Horacio B. Oyhanarte, que, para el caso partidista, es la misma cosa.



El ministro de Obras Públicas, doctor Eufrasio Loza, remolcando a un correligionario cordobés.



El gobernador de la provincia, señor José Luis Cantilo, con el intendente de Mar del Plata, don Teodoro Bronzini, socialista.



El dispéptico señor Carlos Merlini, rematado por su clásica "budinera" gris perla.

DE SAN RAFAEL (Mendoza)



Durante la bendición de la sala de cirugía, en la inauguración del Hospital Regional de San Rafael, de cuya ceremonia fué padrino el gobernador de la provincia, doctor Carlos W. Lencinas.



El director general de Salubridad, doctor Bernardo Ferreira, pronunciando un discurso en el acto inaugural del Hospital Regional de San Rafael. A la derecha del orador aparece el gobernador, doctor Lencinas, y a la izquierda, el ministro de Industria, doctor L. Suárez.



En el momento de descubrirse la placa conmemorativa, durante el acto inaugural de referencia.



Patio interior del Hospital Regional de San Rafael.

Fots. L. Capra.


DÖRFEL

SECCIÓN VERMOUTH

REBAJA DE PRECIO

El instinto de hacer economías estaba fuertemente arraigado en la joven esposa y trataba de demostrarlo en todo momento.

—¿Cuánto vale el kilo de lomo?—preguntó al carnicero.

—Un peso treinta,—responde.

—Es muy caro. El carnicero de la otra esquina me lo vende a un peso diez.

—¿Y por qué no lo compra allí?

—Porque no tiene.

—Bueno. Entonces cuando yo no tenga tampoco se lo venderé a ese mismo precio.

UN RETRASADO

El profesor (al alumno que siempre llega tarde).—¿Cuándo nació usted?

El alumno.—El 31 de diciembre.

El maestro.—Retrasado también.

MALOS RECUERDOS

Ella.—Carlos, ¿me amas tanto como antes de casarnos?

El.—Mira. No me recuerdes cosas desagradables. ¿Está pronta la comida?

HABIA QUE CUIDAR EL DETALLE

Era una nueva rica, y su indignación al ver que besaba a su hija su aristocrático prometido, en el corredor, no tuvo límites y exclamó.

—¿Pero no les da vergüenza andarse besando ahí junto a la puerta? ¿Es que no hay en la casa, dos salones para poder hacer dignamente esas cosas?

UNA APARICIÓN INOPORTUNA

—Está usted muy sofocado...

—Sí. Corrí detrás de un sombrero.

—¿Se le voló?

—No era el mío; pertenecía a una joven muy linda.

—¿Y lo alcanzó usted?

—Sí. En el preciso instante en que aparecía mi mujer.

MEDIDA PRUDENCIAL

—¿Se escapó cuando le pidió usted la plata?—preguntó el patrón.

—No, señor,—respondió el cobrador.—El que se escapó fuí yo... Si me quedo me ahoga...

TAL PARA CUAL

—¿Qué haces, Dorotea?

—Escribo una carta a Luisa.

—Pero si tú no sabes escribir.

—Bueno. En cambio Luisa tampoco sabe leer.

PLANCHITA



—Yo conozco esa cara.

—No caigo en quién puede ser. Pero que lo conozco no me cabe duda.



—Lo mejor es preguntárselo a él mismo.

—Caballero..., me parece que lo conozco a usted.

—Y yo también. Yo soy quien le pegó hace días en el café cinco garrotazos por hacer guiños a mi mujer.

¡CÓMO SERÍA LA COSA!

—¿Cómo acogieron su discurso en el club?—preguntó uno de los amigos.

—Perfectamente. Me felicitaron calurosamente y uno de los miembros, en cuanto dejé de hablar y me senté, se acercó para decirme que era lo mejor que había hecho en mi vida.

ERA PRUDENTE

—Antes de que nos casáramos me llamabas ángel.

—Sí.

—¿Por qué no me llamas nada ahora?

—Te quejas, y debías agradecer mi prudencia.

EN EL TRIBUNAL

—Prisionero—dice el juez.—Ha sido usted sentenciado once veces por vagancia, asalto, robo, uso de armas...

—¡Eh! No hable tan alto, que está ahí mi futuro suegro y si le oye me va a estropear la combinación.

UN NIÑO BIEN EDUCADO

El pequeño Samuel que está tomando te en casa de una vecina, le da las gracias cortésmente cuando le sirven un trozo de pan con manteca.

—Muy bien, Samuelito,—dice la señora.—Así me gusta, que seas bien educado.

—Y si quiere que le diga otra vez ¡gracias! deme una masita ahora.

EL QUE NO SE CONSUELA...

Dos muchachas hablan de una tercera que se ha comprometido con un viudo que toca el cornetín y tiene dos hijos.

—No podía haber encontrado nada peor que un hombre así—dice una muy convencida.

—Sí, mujer. Podía haber encontrado otro viudo con cuatro hijos y dos cornetines.

LA CIUDAD FUNDADA POR EL ALUMINIO

Ivigtut, la metrópoli del aluminio, es una ciudad situada en la costa sudeste de Groenlandia, pasado el famoso cabo Farewell, y tiene una historia sumamente curiosa.

Los esquimales que habitan en las inmediaciones del cabo Farewell, en las vertientes meridionales de la gran cordillera de Aputajuitsok, y en las playas donde recientemente se alzaron las poblaciones de Frederiksdal, Julianehaab y Lichtenan venían empleando desde tiempo inmemorial la piedra de "hielo infusible" para limpiar, preparar y hacer imputrescibles las pieles de focas que usaban en sus vestidos y tiendas y trineos, y también en el comercio.

Hace más de un siglo (en 1806) llegó a aquellas regiones un alemán llamado Giesecke, al cual le dijeron los esquimales dónde se encontraban los criaderos de esa substancia, "hielo que no se funde", y que, en efecto, por su color y por su consistencia parece hielo mezclado con nieve. Llegó Giesecke con sus guías indígenas a las costas inmediatas al fjord de Arsuk, al norte del cabo de la Desolación, y vió con asombro que aquella rarísima substancia ocupaba una dilatada superficie en la constitución geológica de aquel suelo. Recogió algunas cantidades para poder averiguar lo que era y las trajo a Europa, donde, analizadas muchos años después, se vió que estaban formadas por el fluoruro doble ya indicado, que la ciencia denomina criolita.

Conocido un día por los químicos el medio de aislar el aluminio; estudiadas después las admirables propiedades de este metal, y creciente su fama de utilidad más y más cada día, se decidió el gobierno danés a explotar aquellos ricos yacimientos. Sobre el terreno en explotación nació el pueblo de Ivigtut, un grupo de casas de madera, donde en el buen tiempo trabajaban 130 a 140 obreros, y donde invernan por turno la mitad en los meses en que el trabajo es poco menos que imposible. La explotación se hace a cielo abierto, como las de todos los grandes criaderos de minerales. La admirable cantera de criolita de Ivigtut ostenta ya una brecha o socavón de la que se ha extraído una masa de 135 metros de larga por 45 de ancha y treinta de profundidad. Los grandes bloques arrancados se dividen en otros pequeños, limpiándolos de las materias extrañas que suelen tener interpuestas, y así preparados en trozos de forma cúbica se dejan caer por un plano inclinado desde los depósitos de arranque a las vagonetas, que los llevan al almacén general del muelle.

Allí, más que en otras partes, el agua aparece como el enemigo implacable de los mineros, por la gran cantidad de nieves que se funden y que corren infiltradas por el suelo. Para los desagües funcionan en las minas de Ivigtut poderosas máquinas de vapor. En aquella tierra del hielo arden, pues, durante muchos meses, los hogares de las calderas, y cuando el trabajo se disminuye durante el invierno, no cesa tampoco el fuego, porque se aprovechan todas las horas hábiles para hacer saltar, con barrenos de pólvora y dinamita, las rocas en que va encajado el yacimiento de criolita.

EL FUSILAMIENTO DE UN ARZOBISPO

PORMENORES INÉDITOS DE UN SUCESO TRÁGICO

Por una extraña coincidencia, el mismo día en que el anciano arzobispo de París, monseñor Richard, abandonaba su residencia oficial, obligado a ello por la ley de separación, era enterrado en uno de los cementerios de dicha ciudad, Emilio Fortin, el comunista que fusiló a monseñor Darboy, en 1871.

La simultaneidad de ambos sucesos evoca el recuerdo de aquellas horas trágicas de la historia de Francia, y que exhuma un semanario parisiense con motivo de los acontecimientos desarrollados en la referida capital. El relato en cuestión está firmado por un testigo presencial de las tristes jornadas del 71, conteniendo pormenores completamente inéditos del fusilamiento de los rehenes. He aquí lo que escribe el articulista:

"La Commune" estaba vencida. El 24 de mayo de 1871 agonizaba estrangulada por el cinturón de hierro del ejército versallés. No obstante, batíanse aún desesperadamente comunistas y soldados en la plaza de la Bastilla, en la del Chateau-d'Eau y en el Puente de Austerlitz. Los federados iban y venían, exasperados y furiosos, de un lado para otro, sin saber qué partido adoptar. El comunista Ferré, al mando del batallón número 66, resistía en la plaza Voltaire el ataque de imponentes fuerzas gubernamentales. Otros dos jefes de batallón insurrecto, Genton y Fortin, al frente de varios pelotones de comunistas, fueron a reunirse con Ferré. De pronto, alguien gritó tras de la barricada: "¡Mueran los rehenes!"; los dos recién llegados transmiten la petición a Ferré, y éste redactó precipitadamente sobre un pedazo de papel la orden de ejecución de seis rehenes, sin mencionar cuáles.

Fortin se apoderó del documento, y echando a correr hacia la prisión de la Roquette, llegó a ella en pocos minutos. A pocos pasos de la puerta se encuentra al ex oficial de ejército Sicard.

—¿Dónde vas tan de prisa? — pregunta éste a Fortin?

—A fusilar media docena de renenes—contestó el interrogado, añadiendo:—Vente conmigo. Así como así nos hace falta un oficial para mandar el pelotón.

—Te advierto, ciudadano, que no tengo sable.

—No te apures por eso. Te prestaré el mío.

Llegados ambos comunistas al patio de la cárcel, organizaron en seguida el piquete de ejecución. Una cantinera, que el día antes había presenciado el fusilamiento inexplicable y estúpido del conde de Beaufort, gritó al pelotón de ejecutores:

—¡Basta de fusilamientos, ciudadanos!... ¡Largaos a las barricadas!

Este apóstrofe bastó para que desertaran del piquete casi todos los hombres que lo componían. Sólo quedaron formando parte de él Fortin y tres de sus compañeros. Como quiera que el director de la Roquette objetare que la orden no le parecía en regla, entre otras cosas, por no designar nominalmente a los sentenciados, gritó Fortin:

—¡Dicho está que el primer rehen a fusilar debe ser el arzobispo Darboy!

Con todo, el director no se decidía a cumplimentar el mandato de Ferré. Razón por la cual fué preciso recabar de éste una orden en regla de ejecución, juntamente con el número de hombres necesarios para constituir el piquete. La invitación al asesinato la hizo Fortin encaramándose en un banco, y pregonando la urgencia de "acabar con los enemigos de la "Commune". Se prestaron a cometer el inicuo acto unos veinte desalmados, con los cuales regresó el feroz personaje a la Roquette, procediendo a redactar sin pérdida de tiempo la lista de los que debían ser pasados por las armas. Dicha lista incluía a monseñor Darboy; al sacerdote Deguerry, párroco de la Magalena; a M. Bonjean, vicepresidente del Senado durante el Imperio, y a los padres jesuítas Clerc, Allard y Ducoudray.

Llegados que fueron, víctimas y ejecutores, al muro existente en la Rue de la Vacquerie, gritó Sicard: "¡Alto!", al mismo tiempo que se colocaba frente a los seis rehenes, y luego de pedir a Fortin el sable. Las seis víctimas guardaban una inmovilidad heroica, alineadas junto al muro. El padre Allard se desabrochó la sotana, y enseñó el pecho desnudo.

—¡Fuego!—ordenó Sicard.

A la primera descarga cayeron muertos cinco rehenes. Monseñor Darboy quedaba en pie, elevando la mirada al cielo y moviendo los labios en una última plegaria.

—¡Sin duda está blindado!—aulló el comunista Loline, volviendo a montar el gatillo.

Resonó una nueva descarga, y el arzobispo de París cayó al suelo, atravesado el pecho por veinte balazos.

Victoriosas las tropas versallesas, Genton y Sicard fueron cogidos prisioneros y fusilados en Satory. En cuanto a Fortin, no se sabe por qué razón se le conmutó la pena de muerte por la deportación a la Guayana, de donde volvió al concederse la amnistía por los delitos políticos de 1871."

Patas de palo de gran precio

Al ex senador Iturraspe.

Uno de los últimos sultanes de Turquía pagó varios miles de francos por una pata de palo que mandó construir para una de las favoritas de su harem.

Esa mujer había perdido la pierna a causa de un accidente y el sultán entonces mandó construir una artificial con una madera muy buena y además ordenó que se la adornase con unas cuantas piedras preciosas.

Cuando la favorita se iba a acostar, los eunucos recogían la pierna y la guardaban hasta la mañana siguiente.

El marqués de Anglesea que perdió una pierna en Waterloo, pagó por otra artificial 2.600 francos. Esa pierna era una verdadera maravilla; estaba tan bien hecha que el marqués podía correr, montar a caballo y bailar con tanta facilidad como si la pierna fuere realmente de carne y hueso.

En la actualidad una buena pierna artificial cuesta de 500 a 1.000 francos.

Héctor BERGALLI.

GALERÍA DE ENTRERRIANOS, por Guastavino



Ahí le tienen ustedes a Luis Doello Jurado, de "Gechú", caricaturado al relámpago.

Cubiertos de acero inoxidable

Una noticia que no dejará de interesar a las amas de casa, es que ya pronto será posible adquirir corrientemente cubiertos de mesa en acero inoxidable que no necesitan ser frotados para su limpieza. Estos cubiertos son de acero cromado, de una dureza increíble; después del bruñido a máquina, conservan indefinidamente el pulido y brillo, con tal que se evite precisamente el frotarlos con los productos químicos generalmente empleados para limpiar la plata y objetos de metal. Con estos cubiertos no hay más que lavarlos y secarlos con un trapo. Hasta ahora, no se encontraban en el comercio más que cuchillos de esta clase, pues la resistencia particular del acero cromado oponía una gran dificultad para la fabricación de tenedores y, sobre todo, de cucharas. Los fabricantes de Manchester han llegado, sin embargo, a vencer ese obstáculo, y acaban de poner a la venta cucharas y tenedores de acero inoxidable a 36 chelines la docena. Es todavía un poco caro, pero no es dudoso que muchas personas preferirán gastar esta suma y quedar libres del fastidio de tener que frotar periódicamente tenedores y cuchillos para quitarles las manchas que dejan los alimentos.

El empleo del acero cromado tiende a generalizarse después de la guerra para una cantidad de artículos en los que no se había pensado al principio. Esta iniciativa ha venido de Alemania, donde las fábricas Krupp se han especializado en obtener aleaciones en extremo duras, capaces de reemplazar los metales que el bloqueo impedía procurarse a la industria germánica, en particular el platino y el níquel.

La resistencia del acero cromado de Krupp a los agentes químicos es tan considerable que el ácido azótico hirviente no consigue atacarlo. Así que los alemanes emplean ahora corrientemente esta aleación para reemplazar las partes niqueladas de los aparatos de física, instrumentos de cirugía, etc. El precio de estos instrumentos es ciertamente más elevado que el de los aparatos ordinarios; pero como no necesitan el niquelado periódico, acaban por no ser caros. Ahora se trata de servirse del acero cromado en la dentistería, para reemplazar al oro y el caucho empleados hasta ahora en la fabricación de paladares. Los ingleses no han tardado en utilizarlo.

LA MANO DE LA NOVIA

por Félix Esteban CICHERO

Sin ser una muchacha sacrificada por el trabajo, Herminia Ahumada era aplicada y hacendosa y, sola para los quehaceres interiores, "daba vuelta la casa" con una facilidad asombrosa. Aquellos menesteres parecían proporcionarle las horas más agradables de su vida, excepción de las que dedicaba a mirar a su pretendiente, quien hacía próximamente medio año recorría el barrio. Habíala escrito "la declaración" y una carta reclamando manifestaciones que Herminia no podía hacer espontáneamente. Su dedicación por la casa iba más allá de los límites comunes a las chicas en edad de casar y manejaba los adminículos un poco ingratos, como la escoba y los estropajos, que la producían asperezas en sus manecitas siempre inquietas...

Sus tareas no fueron interrumpidas el día que recibió la noticia, llevada por un granuja vecino pagado por su pretendiente con una moneda de escaso valor, de que había resuelto dar un paso decisivo en su aspiración: Raúl Quiroga iría aquella noche al cinematógrafo del barrio tranquilo en que habitaba la familia Ahumada y pasaría al palco,—un abono económico,—que ella ocupaba. Se proponía dar al asunto la importancia que al fin debe tener un compromiso.

— —

¿Quién era Herminia Ahumada? Una muchacha de diez y nueve años, bien desarrollada, ligeramente trigueña, con unos ojos grandes y rasgados y unas trenzas que, por pasadas de moda dejaban de ser hermosas, y con unos dientes parejitos y blanquísimos que asomaban con gracia por el espacio que formaban dos labios finos y de un fresco carmín, contraídos siempre en un mohín mimoso que daba encanto a su tez morena.

Raúl Quiroga era, por su parte, un tipo distinguido, alto, blanquísimo, de una suavidad femenina. Lampiño, cabello ralo, sedoso y rubio, ojos celestes, serenos, con un tono de vaguedad amable en la mirada. Cuidaba con capricho la belleza de su mano alargada, de dedos en punta y uñas largas y pulidas, empeñándose por mantener el conjunto de su belleza en armonía con sus ropas, hechas al cuerpo y prolijamente cepilladas.

Ella tenía el culto del trabajo; el de la estética física, él. Aspiraba él al trato de una mujer que tuviere la vida que faltaba a su ser; ella no había pensado sino en el hombre que despertó en su corazón el primer cariño. Ambos soñaban, sin duda porque los dos se desconocían...

El amor obraba en sus sentidos con toda la inconsciencia que lo hace sublime en su origen y terrible en su desenlace... Sin experimentar uno ni otro la necesidad de ser fanáticos ni excesivamente vehementes, vislumbraban, cada uno a su manera, el porvenir. Ella, más positivista por temperamento, tenía cavilaciones que interrumpieron muchas veces sus sueños de novia; él, por el contrario, presentía de un modo muy distino el porvenir, al punto de que no había sospechado que el amor pertenece a la vida y que la vida es una serie imprudente de sacrificios...

La noche que llegó al cinematógrafo y vió a Herminia en el palco, olvidó las reglas de la educación, de las que era devoto. Se turbó de tal manera que, al presentarse a la familia, no ofreció la mano a nadie. Saludó en conjunto, con alguna torpeza, y ocupó una silla puesta quizás intencionalmente cerca de Herminia, esperando el momento de la exhibición con mucha impaciencia. La obscuridad de la sala le tranquilizó ligeramente y dejaron de quemarle sus mejillas... Estaba nervioso en extremo. "Sin duda, —se dijo,—yo quiero mucho a Herminia; esta fiebre debe ser el amor..." Y con el guante izquierdo que se había quitado, golpeábase suave y como al descuido la rodilla. Herminia, por su parte, sentía más vergüenza por su familia que la miraba a pesar de la obscuridad de la sala que por él, a quien parecía querer alentar con la mirada serena y expresiva de sus ojos hermoseados por el brillo que adquirían contra el reflejo que producía la máquina al enfocar la pantalla.

"Y una palabra produjo la otra", y media hora después, Raúl Quiroga ensayaba algunas preguntas, poco afortunadas al principio, que dirigió a la familia. Así Herminia halló en él el hombre concebido tantas veces: agradable, de trato fino... ¡y tan enamorado!

———

Transcurrieron algunos días desde aquella noche, antes de que Raúl "pidiera la mano" de Herminia. Llegó el momento en que se presentó acompañado por un hermano mayor, comisionado para la delicada empresa. La casita de los Ahumada, de ordinario tranquila, sintióse agitada de pronto. Las amigas acudieron a saludar a Herminia. Su misma familia estaba un poco nerviosa aquel día...

Los utensilios del comedor, sus muebles y los de la salita, las paredes y rincones de ambas piezas, fueron repasados aquella víspera como para un acto extraordinario.

Raúl Quiroga y su hermano fueron recibidos con sencillez. Este entró sereno, con solemnidad. Sus ojos pasaron una mirada investigadora, aunque disimulada, por la casa. Raúl entró cohibido, con sus mejillas enrojecidas. Se sucedieron los cumplimientos y presentaciones y el "acto extraordinario" quedó formalizado.

Llevaba Raúl un estuche, pequeño y blanco, que entregó a Herminia. Un presente, y por cierto, rico. Abierto, brillaron las finísimas piedras diminutas de un cintillo. Una broma y otra broma, que contribuyeron a enrojecer más aún las mejillas de los novios, le hicieron decidir a Raúl a colocarle el anillo a Herminia. Tomóle la mano derecha con su izquierda, y la oprimió ligera e impulsivamente; en su diestra temblaba el anillo. El contacto de su mano fina y suave con la de Herminia, llena de asperezas, le impresionó mal. Transfiguróse su gesto y de la amabilidad pasó a la extrañeza. Poco habló después, hasta que su hermano, comprendiendo que el estado de ánimo hesitaba a Raúl, púsose de pie, dispuesto a despedirse. Raúl lo imitó a pesar de las indicaciones en contrario que le hicieron los dueños de casa. Monosilabó sus respuestas hasta retirarse, quedando Herminia agobiada por el contraste establecido en la transición experimentada por su novio.

Fuera ya de la casa, sin rumbo, incierto en las ideas, Raúl explicó a su hermano que la mano de su novia, tan áspera, había dejado una sensación de frío en su corazón...



Pintores argentinos

Jorge Soto Acebal, caricaturado por García Beltrán



EL MEJOR CLIMA

Desde hace mucho tiempo son estimadas las islas de Madera y Tenerife, por sus excelentes condiciones climatológicas. Seguramente no hay en el mundo un punto que se aproxime tanto a la perfección en este respecto, como el pueblo de Orotava, en Tenerife.

Es notable por su temperatura siempre igual, por la ausencia de epidemias y de niebla y por la escasez de tormentas y vientos fuertes. Su temperatura media, durante los cinco meses de frío es de 17.° centígrados y nunca baja de los 16°. Durante los meses calurosos no pasa de 25°.

No solamente disfruta Orotava de un invierno benigno y de un verano fresco, sino que también es notable por la igualdad de la temperatura durante el día y durante la noche. Las horas más frías, que son las de la mañana, no difieren de las del mediodía más que unas cuantas décimas de grado y además sólo llueve, por término medio, cuarenta y cinco días al año.

En todas las islas Canarias ocurre algo semejante y Las Palmas es una de las ciudades de invierno más concurridas.

El clima de Nueva Zelandia es también extraordinariamente benigno.

El primer viaje en globo

A un hijo de la península ibérica corresponde la gloria de haberse elevado en globo mucho antes que los hermanos Montgolfier construyesen el suyo.

El precursor de la navegación aérea fué el portugués Gusmao. Este, en el siglo XVII, habiendo observado desde la ventana de su casa una pompa de jabón que se elevaba en la atmósfera, se aplicó a producir este fenómeno con un globo de tela, y lo logró.

Un día, en Lisboa, se elevó en globo delante del palacio del rey, en presencia de la familia real y de toda la corte; pero la Inquisición, guardiana celosa del "statu quo" intelectual, vió un peligro en el audaz descubrimiento, y Gusmao, a quien el pueblo llamaba "el hombre volador", hubo de expatriarse para escapar a la persecución. Murió sin haber podido proseguir sus estudios y sin poder descubrir su secreto a sus contemporáneos. Aún tardaron casi un siglo los hermanos Montgolfier en presentar su aerostato, primero en Annonay y después en Versalles.

La primera ascensión en globo Montgolfier fué verificada por Esteban Montgolfier y por Pilatre de Rozier; la ascensión hízose en globo cautivo con felicidad.

El primer viaje aéreo fué llevado a cabo por el mismo Pilatre de Rozier, entusiasmado con el éxito de su primera tentativa. Pilatre y su compañero, el marqués de Arlandes, se aventuraron al espacio en un globo completamente libre el día 20 de noviembre de 1783.

Once días después, los aeronautas Charles y Robert fueron en globo hasta Nesles, a 36 kilómetros del punto de partida. Este fué el segundo viaje. Desde entonces se multiplicaron las ascensiones.

EL RELOJ-PULSERA

por Erlinda R. VADELA

En una orfebrería.

—¡Señor Vidal!

—¡Señorita Robledo! ¿Qué hace usted por acá?

—Vengo a buscar un anillo.

—¿De compromiso?

—No, no. ¿Y usted?

—Acabo de traer un reloj que se me cayó hace un rato.

El relojero.—¡Señor! Es imposible arreglarlo ahora. Debe dejarlo por lo menos hasta mañana.

—Bueno. Si usted me presta otro hasta que componga éste...

—Todos los que usted ve aquí, son para componer, y aunque...

La señorita Robledo, cuyo nombre era Libia, dirigió sus ojos a su reloj-pulsera que poco podía necesitar en esos días, y luego exclamó:

—Señor Vidal; llévese el mío.

—¡No faltaba más! ¿Y usted?

—Llévelo, yo no lo necesito.

—No, no, ¿cómo la voy a dejar sin reloj?

—Le digo la verdad, que no lo necesito hasta el sábado; ¿lo acepta?

El señor Vidal miró al relojero, como pidiendo permiso y luego se sonrió diciendo:

—Bueno, Libia, lo acepto.

Quiso colocárselo alrededor de su muñeca, pero como ya había pensado algo que le produjo nerviosidad, no podía abrocharlo. Libia, que había sido solícita hasta entonces, continuó su obra y abrochó la pulsera.

—Ajuste más Libia, que no se me vaya a caer y romper...

Libia ajustó la cinta y el relojero terminó la frase.

—Si eso sucede, le devuelve uno de oro.

—Es lo que debía hacer: romperlo. Bueno, Libia, veo que me tiene mucha confianza. La dejo sin reloj. Mañana sin falta se lo dejaré aquí y muchísimas gracias.

—De nada, señor Vidal. Recuerdos a su señora y besos a sus chicos.

—Gracias. Gracias. Muchas felicidades.

En un tiempo el señor Vidal, aunque casado, había querido cortejar a la señorita Robledo y ésta que apreciaba tan sinceramente a su moralidad, como a la esposa de él, consiguió darle una buena lección, que afortunadamente surtió un excelente efecto.

Vidal era un hombre joven, muy simpático, muy bueno, pero tenía un corazón todopoderoso y él se hacía el chiquillo y se dejaba manejar por ese endemoniado órgano.

Era un marido y padre ejemplar (dentro de su casa) pero subía a su auto y desaparecía de su dedo anular la argolla que silenciosamente anunciara su estado a toda la sociedad.

¿Por qué había de decir que era casado, cuando sólo había sido "cazado"? Dentro de su jaula era enjaulado, pero saliendo de ella se sentía tan libre como cualquier mariposa.

La que hoy es su esposa lo había preferido porque era un niño de su casa, desconocedor de mundo, incapaz de pasar una noche lejos de su hogar, tan tímido que apenas supo decirle con franqueza cuanto la amaba.

¡Vaya una a casarse con estos niños para quienes la felicidad es el más ligero vellocino: por cazarlo pronto [illegible] ni lo que ven!

La opinión de las solteras, en lo que a elección de marido se refiere (que las mujeres, y más si son sensatas, eligen), se divide en dos: unas prefieren los "inocentes", otras los "conocedores de mundo". Las primeras son, a bien seguro, las mujeres desconfiadas y dominadoras, las segundas son las mujeres valientes y sumisas a la vez.

Aquéllas prefieren al hombre ignorante que acate sus órdenes; éstas prefieren al hombre superior, que conociendo la sociedad corrompida, sabe elegirlas de entre ese mare mágnum y apreciarlas en lo que piensan y sienten.

En pos de los "inocentes" van muchas mujeres y ellos, que conocen esa su debilidad, se disfrazan de tales. Después son las desilusiones. Se cambian los papeles y el fracaso es inevitable.

Vidal había sido "cazado" y a los pocos años, comprendía aquella mentecatada de sus veinte abriles y se quejaba de su mal aprovechada juventud. Por eso, en cuanto salía de su casa, se quitaba el anillo, dispuesto a enamorarse de la primer mujer bonita que encontrase en el camino.

Cierto día que había acompañado a su señora a hacer algunas compras, ésta se encontró con una amiga de la infancia, a quien hacía años que no veía. Esa amiga era Libia. Mientras su esposa le conversaba, Vidal observaba sus ojazos negros, su boquita roja, su frente tersa, sus cabellos negrísimos y ensortijados. Era una preciosa criatura ¡y qué movimientos tan suaves!, ¡qué sonrisa tan halagadora!, ¡qué ternísima mirada!, ¿y las manos? Alargadas y marfilinas ¿y el cuello?... ¡Pícaras colas del sombrero de luto que lo cubría completamente mientras se enroscaban en negros pliegues como serpientes caprichosas! Pero bien oía la voz que salía de su garganta, y que era, como el cristal, límpida y sonora...

—Bueno, Libia. Ya sabes, te espero prontito. Vas a pasar un día con nosotros. Mi maridito es bueno como un pan, ¡qué! como una hostia... ¿Cuándo piensas venir, el lunes?

—Tengo ese día muy ocupado, Lena.

—Bueno, el jueves entonces.

—El jueves, sí.

—Bueno, hasta el jueves.

Empezó la serie de visitas: al principio breves y de tarde en tarde, luego, más largas y frecuentes.

En este segundo período comenzó a actuar el rey del cuento, pero su reinado tuvo una efímera existencia que en un pueblo moral, la moralidad es reina y el vicio, villano.

De nada valieron las intentonas de Vidal para conseguir que Libia aceptara sus exagerados galanteos y pronto hubo de comprender que si la señorita Robledo era encantadora por bonita, también lo era por honrada y buena amiga. Claro está, que de todo esto se dió cuenta después de haber recibido una buena lección.

Siguieron siendo amigos y él supo guardar la distancia que le correspondía, de la que lo había desafiado con su serenidad y altura.

Como es natural, desde entonces Libia no frecuentó tanto la casa de Lena. Pero todos eran tan buenos amigos como en los días de mayor paz; y el señor Vidal se paseaba en coche, y en auto y en toda clase de vehículos sin acordarse de esconder su anillo anunciador.

Al día siguiente de aquel encuentro en la orfebrería, Libia volvió a buscar su reloj. El relojero la recibió sonriente y le entregó un paquetito acompañado de la siguiente carta: "Señorita Robledo: Mi esposa no quiere creer en nuestro casual encuentro, ni en su préstamo del reloj. Perdóneme Libia: lo ha hecho pedazos.

Como recuerdo de nuestra feliz entrevista reciba este obsequio de su siempre admirador

Raúl Vidal.

P. D.—Vaya cuanto antes a hablar con Lena y a explicarle todo."

Libia abrió el estuche que acompañaba a la misiva, era un precioso reloj-pulsera en cuya tapa posterior se leía la siguiente inscripción:

"Septiembre 1.° de 1923."

—¿Septiembre 1.°?... ¿Qué fecha fué ayer? ¡Sí, ayer fué 16 de diciembre! Vidal está soñando, o se ha enloquecido. ¡Sí, se ha enloquecido: insistir después de todo lo que creí darle a entender la última vez... ¡Septiembre 1.°... ¡qué casualidad, equivocarse con la fecha de mi cumpleaños!... "Su siempre admirador"... ¿Habráse visto mayor atrevimiento?...

Ansiosa de tranquilizar a su buena amiga, Libia se dirigió a casa de Lena. Cuando se encontró con ella, cualquiera hubiese creído que iba a confesar algún crimen, tal era la expresión de su rostro sin color y de sus ojos extraviados.

Lena la recibió con una carcajada tan estruendosa que hizo pensar a Libia que si se le habría trastornado el juicio.

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué te pasa, Libia?

—Vengo a explicarte lo que sucedió ayer. Te aseguro que fué casual... No debes ser tan celosa... Escucha...

—¿Recibiste el relojito?

—¿Qué relojito? (Libia no salía de su asombro).

—El reloj-pulsera con inscripción.

Incapaz de negar, abrió la cartera y sacó el reloj y la carta.

—Mira: traía esto para devolver a tu marido porque...

—A mí, querrás decir. Escucha: quise hacerte un obsequio, y tener el gusto de verte pronto por aquí, y la ocasión se me presentó de comprobar la veracidad de mi marido y de agradecerte la lección que le diste antes de tu viaje a Francia.

Eres mi mejor amiga: has hecho de mi esposo un hombre ideal. Hice grabar esa fecha en el relojito, porque como recordarás, tu ausencia de ésta, me impidió obsequiarte en el día de tu cumpleaños... Ahora me vas a decir qué te parece mi ocurrencia.

—Que es digna de Satanás. Mira que hacerle pasar a una, tanta zozobra!...

—Pero, ahora estás contenta ¿verdad?

—¡Cómo no voy a estar! Muchísimas gracias. El relojito es precioso. Ahora aunque me lo pidas no te lo presto.

—¿Y a Raúl?

—A Raúl... ¿y tus chicos?

—Ahí vienen. ¡Están de pícaros!

—¿Cómo no van a estar? ¡Con mamita semejante!...

ACTUALIDAD ESPAÑOLA.—PRUDENTE ADVERTENCIA



—¡Queda usted detenido!
—Sin duda, usted sufre una equivocación. Yo en la vida he sido ministro, diputado ni concejal.

LA ENERGÍA DEL DOLOR

por Alberto VUILLERMET

Celoso del tiempo desde niño, Florencio Vera había vivido estudiando constante y honrosamente. Dos caros triunfos habíanle florecido empuje: el superior anhelo de congratular a sus padres y la entera idea de ganarse el título de ingeniero e irse a honrarlo en las comarcas patagónicas le difícil pero de entrañable promesa.

Sus recreos habían sido escasos y la injusticia habíalo castigado con dureza; mas el cálido entusiasmo que lo invadía por elevar su inteligencia y optimismo, le conservaba plena su heredada prestancia de ahinco.

Diez y nueve años contaba cuando, por primera vez, sintióse requerido por la emoción esencial. Espíritu lleno de vida y franqueza excelentes, a los pocos días de sentirse inefablemente sorprendido por el ineludible atractivo, realizó los dos triunfos que le florecían empuje sometiéndose varonilmente al júbilo de adorar a su insinuante preferida.

A favor del crepúsculo vespertino la reinecita ingenua se introdujo durante dos años, con intermisión, en la morada de Florencio; recinto que por el continuo lozanear de su breve jardín, sobresalía entre otros de una calleja suburbana. Celebraron mutuas revelaciones, se consintieron influjos de compañeros unidos por capital perspectiva. Pero en tanto tiempo que llevaban de vinculación, Florencio no había podido conseguir el asentimiento de ella a dar plenitud de alas a sus amores. El diálogo que desde hacía meses iniciaba continuamente el joven, resumía poco más o menos una misma esencia:

—¿Por qué retardar mi presentación en tu casa, Gisberta? ¡Nos rebaja esta ocultación de nuestro vínculo que venimos haciendo a tus padres!

—Es intimidad que mantenemos por fuerza y con fiel virtud de intención. Y, por lo tanto, francamente honrosa para ambos.

—No consigo un convencimiento sincero. Creo que nos honraría más una amplia revelación. Tendré para tus padres promesas que estoy capacitado para cumplir. Siento que me escucharán auspiciosamente. Y si no...

—Y si no... ganaremos un desgraciado momento; me vigilarán y... ¡quién sabe!

—¡Siempre pronta a desconcertarme!

—Insistes en nublar nuestras breves horas de dicha. No quieres comprender, dejarme vivir... Debo estarte recordando que mi padre me tiene prohibido tener novio mientras sea menor de edad; que le tengo miedo...

Cuando Gisberta expresaba el temor de que llegaran a extinguirse las secretas entrevistas que sostenían, Florencio ahogaba por unos días los juveniles arrebatos que sentía de ir contra la voluntad de su amada e imponer abierta expedición a sus relaciones. Le veía en los ojos tan extraña inquietud, la veía sofocarse con intensión tan súbita y acentuada...

Por temporadas, singularmente durante los períodos de frío, Gisberta partía con sus padres a radicarse por algún tiempo en una colonia misionera. Partía de improviso; pero siempre, por carta, anunciaba a Florencio el suceso, y luego le escribía con regularidad.

Una ocasión se fué sin darle el acostumbrado anuncio y después transcurrieron semanas y no recibió los consolativos pensamientos epistolares. Miles de presunciones contradictorias le oprimieron el corazón. Repetidas veces dirigióse hacia el domicilio de ella, decidido a conseguir de los caseros esclarecimiento indudable; a poco andar se volvía, más abrumado de incertidumbre. Rondó durante muchos días, a distintas horas, por el hogar cuya vista algo lo consolaba, soñando en descubrirla por momentos. ¡Silencio desgarrador! Nadie, nadie, siempre mutismo inexplicable; días y días sucediéndose nulos de claridad para su ciego amor. Al fin, frenéticamente desechó la reserva que había sentido el deber de sostener intacta y preguntó fingiendo entereza. Una respuesta como impregnada de hielo le paralizó un instante la razón:

—Murió hace días. Dicen que se consumió en un santiamén. Era tísica.

Veintiún años y con la vida bienhadada de optimismo y sinceridad, su dolor tenía forzosamente que ser supremo, anulativo.

Florencio depuso en el abismo de su enorme infortunio la consagración más acabada de pureza e intensidad. Vivió algunos meses abstraído enteramente en muda violencia de duelo, huyendo de la luz insomne. En ese tiempo intentó, sin suerte, proseguir sus estudios: el cerebro se le quiso enloquecer. Su fortaleza había ido declinando a la par de su carácter; parecía un ente lastimoso, tan inquietante era el achatamiento moral y físico que exteriorizaba.

Uno de tantos días tuvo la felicidad de sentir lástima de sí mismo: se había contemplado interior y exteriormente, y el acoquinamiento de su alma y la desidia de su cultura en general hiciéronlo conmover de vergüenza. Poco a poco empezó a levantar la frente, a sentirse necesitado de lucha y espacio; y con naturales intervalos de inactividad, sombras de recordación, pudo vencer los últimos esfuerzos que le faltaban para ser dueño del título de ingeniero. Mas de inmediato sintióse otra vez en el peligro de la indiferencia: considerándose irresoluto para afrontar empresas importantes, despreció los méritos que había ganado en ruda lid; trabajó sin deseo, sólo para no sentirse humillado en presencia de sus padres y para no dejarles notar el desequilibrio que lo agobiaba.

Algo menos que un año estuvo perdiéndose en fatigas de pesimismo lóbrego. Las ruidosas pasiones de la deslumbrante ciudad le penetraban mayor vacío, más infeliz olvido de su juventud. Pero son muy raras las almas que pueden resistir mucho tiempo el peligro de la indiferencia: la lucha es irresistible, perfectamente necesaria, no importa que la atracción que inspire sea mínima. Florencio lo meditó así; tuvo un hermoso instante de lucidez, de sufrimiento levantador. Fué una noche en que, contra su ánimo, se había lanzado a buscar aturdimiento entre los bullicios ambagiosos de Antruejo. Una frase lógica expresada con grosería suele en ocasiones rendir más beneficio que muchas frases contemplativas o amistosas.

—¡Qué ridículo! ¿A qué has venido? ¡La juventud sombría debe esconderse; huele a muerte!—le gritó la compañera de azar que lo aburría, plantándolo.

El réspice chocante lo aturdió hasta martirizarlo. Lentamente fué su inteligencia despertándose al sentimiento de la serenidad que aclara e intensifica el criterio. Meditó hasta el alba, seguro de idea y altivez; y de pronto vuelto al imperio de su juventud, su acento puso amor en el frío de la vivamente rememorativa alcoba: un vocablo que comprendía la inspiración de un baluarte

—¡Quiero!

—¡Pero acá no!—dispuso espontáneamente.—Allá, en el seno de la tierra virgen y estupenda de resistencia vigorizadora; donde la satisfacción de una conquista simboliza un beso de Dios...

¡Cuántas batallas premiosas sostuvo el intrépido allá entre la imponencia munífica de un trecho de la Patagonia! ¡Cómo amó el cansancio del trabajo por la fe y la salud, por el progreso espiritual! En el terrazgo vicioso de inaplicable vegetación en que asentó lares, hizo producir esperanzas y magnífico ejemplo: alzó bosques de alimento vigoroso e inspirador. ingenió abrigos galanos, formó un sencillo tesoro ganadero y agrícola, atrajo a su liberal reino a otros esforzados y el fundamento de familia vióse promovido por varios hogares. Mas para ser triunfador debió lidiar desesperadamente en compañía de unos pocos peones: romper la maraña profunda y tenaz, batir médanos obstaculizadores y animales calamitosos, imponer sujeción y cauce a las aguas que demolieran sus primeras cosechas, iniciar sendas, unir su conquista al éxito patrio...

Paulatinamente los escollos fueron cediendo al norte impuesto por el arrogante virtuoso. Pensamiento enamorado sinceramente de la serena facultad descubridora de perfección, cuya potencial tesis humana ya se insinúa claramente, en su lejano destino realza los principios cimentados en la univocación de la moral y el trabajo. Durante sus bregas sin provecho, algunas veces hallóse a punto de arruinarse con un renuncio total; pero la soberanía de sus principios laboriosos le puso en el corazón la fuerza varonil:

—¡Quiero!

Florencio Vera, el ponderoso de carácter y vigor, acaricia fielmente el recuerdo de la primera mujer que amó, sonríe con cariño a la enormidad de su primer dolor supremo. Al avanzar en el proceso de la segunda juventud, ya en abierto camino de trabajo, su energía feliz se sintió codiciosa de un complemento perfectivo: la orfandad de una hada luchadora le brindó nueva suerte de alabar la vida y sus luchas bellas. Tiene afirmado su culto sobre una base altamente cabal, que trasciende: amor y respeto asiduos por su mujer y sus hijos.

La primera actriz turca

Angora es la primera población que ha visto la supresión de las prohibiciones que el Islam imponía a las mujeres.

En la escena del teatro, completamente ocupado por el público, apareció hace pocas semanas Bedia Harem, interpretando el papel de Desdémona en el Otelo, de Shakespeare.

Ahora se descorrerán las cortinas de las localidades que ocupen las mujeres con el pretexto de que esas cortinas son antihigiénicas.

LA MUJER EN EL HOGAR











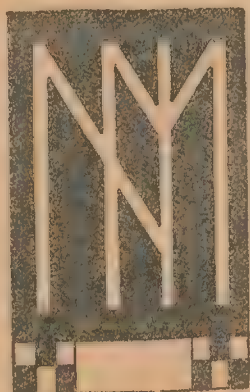











Monogramas

Como están tan en boga los monogramas creemos oportuno publicar algunos modelos originales que nuestras lectoras estimarán, pues con ellos podrán marcar su lencería, una blusa elegante, la ropa interior del esposo, pues la moda de los monogramas ha invadido también la ropa interior masculina.




SECRETOS DE TOCADOR

POLVOS CONTRA EL RESOL

Blancos

Almidón	500	gramos
Subazotato de bismuto	100	„

Rosados

Almidón de arroz. .	500	gramos
Laca carmínea. . . .	15	„
Esencia de rosas. . .	1	„
Esencia de sándalo. .	1	„

LOCIÓN CONTRA LAS PECAS

Hágase hervir harina de avena en agua durante algunos minutos, pásese luego con un lienzo fino, agrégueselo unas gotas de agua de colonia y lávese el rostro con este preparado dos o tres veces por día.

OTRA RECETA

Las personas cuya piel se mancha bajo la influencia del aire crudo o del sol, principalmente aquellas que habitan junto al mar, deben lavarse la cara y las manos dos o tres veces al día con cocimiento de flores de tilo, al que se le haya agregado esta composición:

Agua destilada de coclearia, o rosas.	250	gramos
Bórax.	4	„
Tintura de benjuí.	4	„

CONTRA EL SUDOR DE LAS MANOS

Agua de colonia.	90	gramos
Tintura de belladona. . .	15	„

Frótense las manos dos o tres veces al día con media cucharada de este preparado.

PARA LOS OJOS Y LA VISTA

Si se quiere conservar el brillo de los ojos y fortificar la vista, se toma una cantidad de enfrasia y se pone en infusión en agua filtrada. Después se retiran las plantas, se exprimen, y con el jugo se lavan los ojos muchas veces al día, pero combinándolo con agua pura.

CONSULTORIO FEMENINO

Anita, F. Mendoza.—Para dar brillo a los marcos dorados lo puede conseguir con la siguiente receta. Deles una mano de dos partes de agua destilada, una de nitro en polvo, media de alumbre y media de sal. Le dará un excelentísimo resultado.

N. N. N., Bahía Blanca.—Para suavizar sus manos haga preparar lo siguiente: Miel 25 gramos, jabón blanco en polvo, 20; goma benzoada, 5; estoraque, 5; espermaceti en polvo, 15. Se bate todo hasta formar una pasta que se seca al aire.

María Esther, Necochea. — Si desea tener rosadas las uñas le dará resultado esta preparación:

Cera blanca.	50	gramos
Aceite de almendras dulces.	50	„
Carmín.	10	„
Talco en polvo.	20	„

Rosita, La Cumbre.—Puede espesar sus cabellos empleando una brillantina compuesta de:

Rom viejo.	60	gramos
Glicerina.	10	„

Normalista, Tandil.—Si desea obscurecer sus cejas no emplee ningún cosmético ni lápiz para teñirlas.

Si es usted rubia, conténtese con cortarlas de cuando en cuando. Al crecer se le obscurecerán.

Una infusión de te muy cargado basta para darles un color bastante obscuro.

Podéis también cepillarlas, sin gran peligro, con cepillito impregnado de una mezcla de tintura de quina, aceite de ricino y rom en partes iguales.

CONOCIMIENTOS DE ECONOMÍA DOMÉSTICA

El ama de casa ha de ser instruída. —La vida moderna cada vez más complicada exige en la ama de casa serios conocimientos de muchas materias. Además de una instrucción general que le permita comprender y seguir una conversación sobre cualquier asunto que no se refiere a una técnica especial, la ama de casa debe conocer algo a fondo todo lo referente a higiene y educación, cuestiones éstas en que su intervención es muy directa.

Ha de tener además en cuenta que la instrucción que puede haber recibido de sus maestros en la escuela o en la casa es letra muerta y de poco le sirve si no continúa aumentando sus conocimientos por medio de la lectura.

La lectura de los periódicos es algo absolutamente necesario para estar al corriente de los acontecimientos de actualidad que a todos interesan. Leyendo las noticias más importantes y de vez en cuando algún buen artículo podrá al ama de casa alternar en la conversación general de los miembros de la familia o de las tertulias de amigos.

En la lectura de periódicos no descuidará de leer atentamente lo referente a política general. Hasta ahora la política parecía algo reservado a los hombres y entre estos a un grupo especial de políticos. Pero las cosas cambian rápidamente y la política en todos los países, incluso en el nuestro, ha venido a ser algo nacional, algo que interesa a todos por igual conocer y seguir, porque de ella depende la vida de la comunidad. Además no están lejos los tiempos en que las mujeres serán llamadas a votar como los hombres, y para hacerlo en conciencia es preciso saber de qué se trata, es decir, qué es lo que se apoya con un voto y qué es lo que con él se combate.

No hay que creer por lo dicho que la lectura de los diarios es suficiente para mantener y acrecentar la cultura. Además de los diarios es preciso leer alguna revista, y sobre todo libros de literatura, de crítica, de vulgarización científica, etc. Muchos de los quehaceres de la casa son en extremo vulgares (aunque cabe espiritualizarlo todo), y por lo mismo la ama de casa necesita un buen alimento espiritual.

El ama de casa ha de educar sus sentimientos estéticos y refinarlos. — Refinar su gusto no quiere decir ir aumentando el lujo sino quizá todo lo contrario. El buen gusto de un adorno u objeto no depende del precio, pues cosas feas y bellas se encuentran tanto entre las baratas como entre las caras.

Al ama de casa que tenga mal gusto, llenará su habitación de objetos superfluos, convirtiéndolo en una especie de bazar. En ese bazar quizá se encuentren bien los miembros de la familia que tengan tan mal gusto como la dueña, pero es indudable que con un ambiente de esta clase la señora no habrá realizado la misión que le corresponde, la de embellecer la casa trayendo a ella los refinamientos estéticos de nuestra civilización.

El buen gusto tiene una magnífica ocasión de manifestarse en el aderezo de su persona. El buen gusto y la sencilla elegancia es difícil de definir, pero puede afirmarse en general que consiste en huir de todo lo que sea recargado de adornos chillones o estridentes de color y extravagantes de forma. Nada más ridículo que una figura de señora vestida con modas exageradas, con la cara enharinada como un clown y cabello engomado, pegado a la frente y a las sienes.

De muy mal gusto es ver una señora descuidada en el vestir en su casa, que no se peina ni se viste hasta que tiene que salir a la calle, como si los miembros de la familia no mereciesen el mismo respeto que los extraños y desconocidos. El ama de casa, aunque vista ropas de trabajo, debe esforzarse para ofrecer un aspecto agradable, y esto debe hacerlo no sólo para los demás, sino por respeto a sí misma y por horror que tiene toda persona de buen gusto a todo lo que significa abandono, descuido y pereza.

Hielo artificial.—He aquí varios procedimientos para hacer hielo cuando se quiera.

1.° Dos kilogramos y medio de sulfato de sosa y dos de ácido sulfúrico, se colocan en un recipiente, en el cual se pone un vaso de metal con agua. Se preparan otras dos mezclas iguales, en la que se sumerge dicho vaso, con lo que el agua queda completamente helada. En gran cantidad la congelación es instantánea, no sucediendo lo mismo en las pequeñas, porque el recipiente y vaso que contiene el agua se ceden una parte de su calor.

2.° El sulfato de sosa cristalizado se disuelve en el ácido clorhídrico o en ácido sulfúrico diluído, y produce un descenso de temperatura que causa la congelación del agua.

Se toman para hacer esta mezcla cantidades que estén en la proporción de 21/2 a 3 partes de sulfato de sosa y 2 de ácido, advirtiéndose que si se toman, por ejemplo, 12 de sal y 10 de ácido, se obtienen de 10 a 12 de agua helada, invirtiéndose en la operación cerca de una hora.

Hay aparatos a propósito para hacer la operación. Estos consisten en un cilindro de metal hueco, en el cual se introduce agua para que se congele, este cilindro se mete dentro de otro que contiene la mezcla, y éste dentro de otro con agua también para congelarla, y éste, por último, se rodea de algodón o estopa para disminuir la influencia del calor exterior.

3.° En un balde mediano de agua se meten los frascos o botellas que contengan agua o vino. En el mismo balde se pondrá un pedazo grande de azufre, el cual comunica al vino o agua una frescura agradable.

EL TEATRO

CRÍTICA-GLOSAS -HUMORISMO-

"CÁSATE Y VERÁS", DE ERNESTO MARSILI

La compañía Casamayor, que ha venido desarrollando una interesante temporada en el Marconi, estrenó últimamente la pieza del epígrafe, que es una comedia de enredo y humorismo, en la que si bien aparentemente se nos presenta el matrimonio como un peligro para la tranquilidad de la vida, al final tiene un acomodo amable, que es en lo que se diferencia el teatro, de la realidad. En esta obra ocurren infinidad de peripecias e incidentes amenos que dan lugar al desfile de una buena cantidad de personajes cuya psicología es la necesaria para contribuir al enredo y desenredo de la trama.

Campea en "Cásate y verás" un humorismo agradable e ingenioso, que no invade los predios próximos de la chabacanería y el mal gusto. El diálogo es vivo y chispeante y la acción muy movida y con frecuencia ingeniosa.

La interpretación dada a esta obra por los elementos de la compañía Casamayor, fué muy acertada, contribuyendo a la buena impresión que produjo en el público.

"LA MANO INVISIBLE", DE JUAN MANUEL PINTOS Y ERNESTO MARSILI

No es el llamado "teatro de grand guignol", género fácil cuando se trata de algo más que de hacer estremecer al público con escenas espeluznantes y patéticos desastres capaces de conmover la víscera cordial de una dueña de pensión barata. Poner espiritualidad y arte en una obra de ese género y llegar al resultado emotivo más que la potencia íntima de las pasiones que por la violencia exterior de ellas, es el verdadero mérito de esos dramas tremebundos en los que los personajes son hipérboles humanas que tienen sus sentimientos a máxima presión.

"La mano invisible" estrenada por la compañía Tesada-Arellano, en el Maipo, es la realización artística de una tremenda lucha de pasiones en la que el amor plantea una situación angustiosa para una buena madre y el mismo amor encuentra un trágico desenlace, el más humano y el más noble.

La pieza, muy bien presentada por la compañía del Maipo, fué aplaudida con insistencia y desde luego con justicia.

"EL FUEGO SAGRADO", DE FRANCISCO JOSÉ BOLLA

He aquí una comedia dramática en la que sin duda el autor ha tenido que luchar con su propia timidez de presentar un asunto escabroso y ha creído conveniente complicarlo y en cierto modo cubrirlo por episodios secundarios que sólo logran hacer confusa la acción. Creemos que el asunto principal, desarrollado con tino, hubiera podido ser tema interesante para una comedia dramática, pero envuelto en la sinuosa serie de atropelladas escenas en que el autor lo presenta, no llega a emocionar intensamente. Los afortunados esfuerzos realizados por la compañía De la Vega-Perelli-Rinaldi consiguieron una interpretación ajustada y eficaz que salvó la obra de percances desagradables.

ASTRONÓMICA

"La estrella del infierno", interesante pieza alemana, traducida por Hicken, y que sirvió para debut de la compañía Daglio-Bouhier, en el Apolo, ha resultado un astro de primera magnitud. Estuvo sin brillo pocos días y refulgió de pronto con mayor fulgencia que la noche de su aparición en el firmamento teatral, en cuanto fué reprisada. Ello significa que la tal estrella se mantendrá en el cartel del ex teatro del ex empresario genovés, Julio C. Traversa.

CRIOLLISMO

Sin variación alguna, la compañía Podestá continúa actuando en el Smart y repitiendo "La piedra de escándalo" y "La chacra de don Lorenzo", dos obras de una vitalidad matusalénica.

MAYO

La compañía San Juan estrenó la comedia titulada "El director es un hacha", adaptación del alemán hecha por Reparaz y Montenegro.

Se trata de una suerte de pochade no exenta de agilidad escénica, cuyo asunto gira en torno de la pretensión de un jefe de ferrocarril que busca seducir a la esposa de uno de sus empleados. Alegre, movida, con escenas bien preparadas, la pieza obtuvo una buena acogida, siendo aplaudidos los intérpretes, de los que destacaron la Anglada y la Abad y los actores San Juan, Navarro y Cánovas.

CASINO

La troupe china Lío Hot Tschin, los ciclistas Keegan and Willis y Mac Walten, el hombre de los cien bolsillos, son los números de mayor atracción de esta sala, siempre bien concurrida.

GRAND SPLENDID

Hermosas películas de marcas acreditadas, anuncia la empresa de esta sala para la semana en curso; numerosas familias distinguidas frecuentan los espectáculos de este cine, cuyo prestigio aumenta día a día.

EL MONO MÁS FUERTE

Aunque el más grande de todos los monos es el gigantesco gorila del Africa ecuatorial, el orangután parece ser el más fuerte de toda la familia, como lo demuestran ya sus largos y musculosos brazos, que llegan hasta cerca del suelo cuando el animal se levanta en dos pies.

El famoso viajero y naturalista Alfredo Wallace, refiere que en los bosques de Borneo vive el orangután casi libre de enemigos, aparte del hombre. Sólo dos animales se atreven a atacarle, y son el cocodrilo y la serpiente pitón; pero ambos suelen quedar vencidos por el forzudo antropoide. Cuando se ve sorprendido por un cocodrilo, el orangután salta sobre él, le agarra la mandíbula superior y tira, tira, hasta romperle la boca; en cuanto al pitón, lo mata fácilmente a mordiscos. Un anciano jefe indígena decía a Wallace después de darle estas noticias: "El orangután es muy fuerte; no hay en la selva otro animal tan fuerte como él."

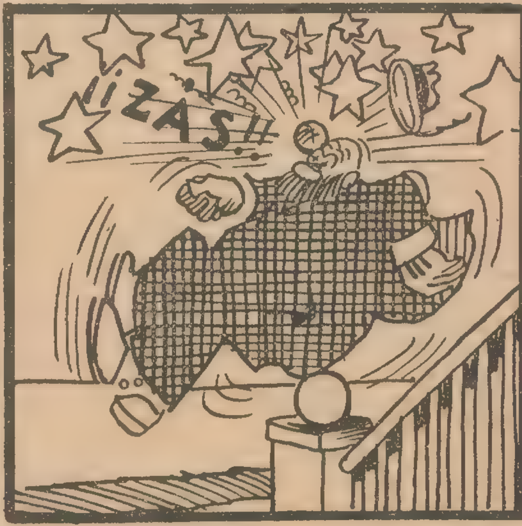
Todas estas noticias se refieren, por supuesto, al orangután macho. La hembra de este mono es un animal muy tímido, que huye de sus enemigos, cualesquiera que sean, en cuanto se ve atacada.

PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí

—Te cambio esta pala de jugar a la pelota, por ese bastón que llevás vos... Es la mejor pala de todas las palas que se fabricaron... ¿Queres?

— Dejámela probar primero a ver como es

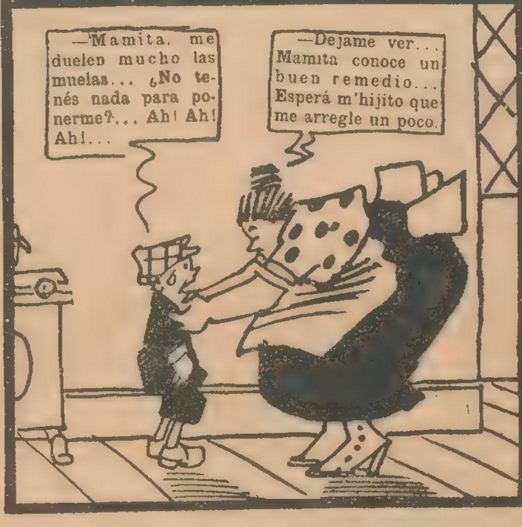
—Largá no más, verás con qué elegancia..



—Si te llego a poner la mano encima, no te vas a olvidar del día de hoy.

— ¿Por qué lloras? ¿Y decis que sos hombre? Salí... Pensá si pasara ahora Lolita...

—Si a vos te doliesen las muelas como a mi, llorarias diez años seguidos.



—¡No llorés!

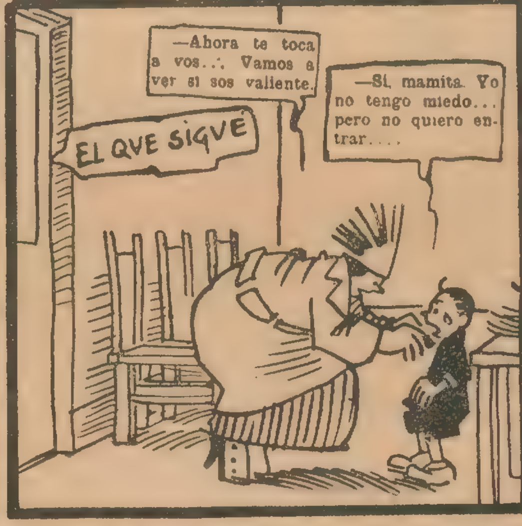
DENTISTA

—¡Cómo me duelen, mamita!

AY! OH! DOCTOR AY AY

—No, querido solo gritan los que no tienen valor. Vos sos muy valiente...

—Mamita ¿Ois a esa señora cómo grita? A mi me va a doler mucho.



—¡No, mamita no, por Dios!

Pero querido. Si no te harán daño... Es sólo un momento

SI TE LLEGO A PONER LA MANO ENCIMA....

¡Ah! ¿Sos vos?



PAPEL Y TINTA

Biología, por M. Rosés Lacoigne.

El señor Rosés, distinguido educacionista para el que los estudios de ciencias naturales son una pasión, acaba de editar, a un precio modesto, un pequeño tratado de Biología que responde en un todo al programa de ingreso a la Facultad de Medicina.

Con un claro concepto de lo que debe ser la literatura didáctica, los temas desarrollados por el señor Rosés, lo están en forma sencilla, para que el alumno no sienta la aridez de la materia y pueda darse cuenta cabal de los conocimientos que adquiere con el estudio.

El método seguido por el autor para ponerse en contacto con sus alumnos es sencillo y merece aplauso, no dudando que ha de alcanzar éxito entre los aspirantes a ingresar en medicina.

A trip to Rome, 136 photos collection of the principal curiosities, envío de la librería Alfredo E. Mele, Lavalle 477-485.

Este artístico álbum, donde se presentan en fotografías nítidamente impresas, las vistas de la Roma del Renacimiento, así como de las obras de los principales artistas que existen en sus museos, es una obra de buen gusto. Entre los autores que sobresalen están Miguel Angel, Rafael, que tanto contribuyeron al ornato de la capilla Sixtina, y todos los maestros que gozan de renombre universal.

Se trata de una obra de gran utilidad para los pintores, escultores y para todos los que sean amantes del arte.

Como su precio es módico, es seguro que ha de tener gran aceptación y que logrará éxito por ser un álbum de utilidad y que ilustra a cualquiera sobre los grandes monumentos romanos y todas las bellezas de la Ciudad Eterna.

El árbol joven, por Ophelia Calo Berro. Editorial Tor, Buenos Aires.

He aquí, lector, un bello y estimable libro de versos; libro que, así, desde su primera y admirable composición, simplemente, cautiva nuestro espíritu y encauza todas nuestras simpatías hacia su autora, mujer a todas luces joven y bella—por lo que se deduce de la lectura de las interlíneas elocuentes, —mujer que, caso raro en quien se dedica como ella a las letras más puras, acusa un temperamento en extremo femenino y un concepto ético digno, en verdad, de su bella obra.

Hemos hablado de la primera composición de "El árbol joven", de esa que lleva por título "Yo quisiera amar a un hombre..."; mas, sinceramente, hemos de dejar constancia de que, si ella nos cautivó por su perfección de forma y exquisitez de fondo, no menos derechos a ser citadas tienen aquellas otras: "Si tú no me amaras", "Tardecita", "Raíz" y "Polvo", de la primera parte, así como "Les mains tendues...", "L'adorable adieu" y "L'invisible presence", entre las composiciones pergeñadas en francés, las que en nada desmerecen de las anteriores.

En resumen: una joven poetisa que, inopinadamente, con un pequeño al par que bello libro, entra a figurar en la plana mayor de las muchas excelentes que dignifican y avaloran la literatura argentina.

El jardín de Epicuro, por Anatole France.

Hacía ya un buen tiempo que, por agotada, había desaparecido de los escaparates de las librerías argentinas, esta obra, la más característica y la más rebelde y sabia de todas las producciones del dilecto Anatole France.

"El jardín de Epicuro", como el "Huerto de Epicteto", es uno de esos libros maestros que han de sobrevivir a la humanidad; que perdurarán más allá de los nombres de sus autores; que quedarán como jalones, a través del tiempo y del espacio, atestiguando hasta qué punto fué el hombre humano y rebelde, hasta qué linde de la genialidad llegó cuando su talento caracterizado estaba por los que, con veneración religiosa, llegó a llamar divinos maestros.

Libro rebelde, "El jardín de Epicuro" es un libro sereno y confortador. Conjunto de apostillas aceradas y veloces como saetas, posee, no obstante, esa dulzura, esa pagana amabilidad que siempre fué la característica de que hoy es, sin disputa, el único representante de aquel intelecto francés que comenzara a barruntarse esplendoroso y pujante en las páginas de Renán.

Pequeño, amable y dilecto compañero, este "Jardín de Epicuro" merece el honor de ser guardado en nuestro bolsillo. Como ningún otro libro contemporáneo es el libro que admite la lectura constante y repetida. Y, es porque en cada una de sus páginas, vez a vez, hemos de ir hallando el consuelo y el confortamiento necesarios para llegar a cruzar con un tanto de serenidad este mundo beocio en que vivimos.

"El jardín de Epicuro", esmeradamente traducido al castellano, ha sido editado por la Editorial Artigas, de Montevideo.

HEMOS RECIBIDO:

El amor como redención, novela por Fernando Aybar Sobre-Casas. Edición M. Gleizer. Buenos Aires.

Literatura, comedia en tres actos y en prosa, por Luis María Grané.

La mortalidad infantil en la provincia de Buenos Aires, por el doctor Carlos S. Cometto.

Los textos de lectura para la escuela primaria, por Pedro B. Franco.

LOS ORÍGENES DEL JAPÓN

Los letrados japoneses se ven obligados a confesar su ignorancia acerca de los orígenes de su nación. Sobre este punto, la carencia de historia deja libre el paso a la leyenda.

Numerosas son las hipótesis que pretenden arrojar alguna luz sobre estos obscuros comienzos. Retengamos una sola, la más seductora. Hacia el siglo VII antes de la Era Cristiana, es decir, hace unos 27 siglos, reinaba, en China, el terrible Si-Kouo, verdadero Nerón del Imperio Celeste. Sus crueles y costosas fantasías empobrecían a sus vasallos y los hundían en un continuo espanto. Un día concibió la idea de mandar cavar un lago que hizo llenar de vino, en vez de agua, por el que se paseó en barca con toda su corte. En otra ocasión elevó un palacio de considerables dimensiones y mandó que las planchas fueran cubiertas de oro y plata.

La historia de los chinos que nota estos hechos dice que cuando, más tarde, durante una guerra civil, este palacio fué incendiado, las cenizas tardaron tres meses en enfriarse.

Para subvenir a estos gastos, ni que decir tiene que los impuestos eran onerosísimos.

Nadie sabía si al día siguiente su campo seguiría perteneciéndole o lo vería devastado, si no confiscado por el capricho de aquel príncipe.

Los que estaban en continuo contacto con él vivían en mayor ansiedad que nadie. Un tirano que jugaba con las vidas humanas y que, por una ligera falta, y hasta sin motivo alguno, hacía rodar las testas a sus pies, no podía menos de inspirar terror.

Pero era tan odiado como temido.

Él, sin embargo, no tenía enmienda: ¿qué podían importarle los sentimientos del pueblo?

En esto estaba acertado, puesto que los chinos, resignados, ni siquiera pensaron libertarse de tan ominoso yugo, destronándolo.

Pero este Emperador, orgulloso, cuyo capricho era la ley, no vivía tranquilo.

Un gusano roedor le amargaba la existencia: el temor a la muerte inevitable envenenaba su vida.

¡Renunciar al Imperio, ceder ante lo ineluctable, abandonar sus placeres, él, el autócrata soberbio y voluptuoso!

Estos pensamientos le agotaban, y para escapar a ellos se dió a esperar en un remedio raro que le eximiera del tributo que todo ser humano debe pagar.

Hizo, pues, publicar que una recompensa espléndida sería el galardón del que descubriera un preservativo contra la muerte.

Su primer médico, a quien la inquietud hizo avispado, se presentó a S. M. y le dijo:

"Señor, Vuestra Majestad ha augurado justamente. Existe en efecto, una planta cuyo jugo bienhechor retarda hasta el infinito los límites de la vida; pero esa planta crece allá lejos, en las islas del Japón. Sólo las manos puras pueden tocarla. Ordenad que trescientos jóvenes y otras tantas muchachas vírgenes y puras de cuerpo y de espíritu me acompañen. Yo los guiaré en sus investigaciones, y con su ayuda os aportaré el soberano remedio."

El monarca, confiando en tan bella promesa, le proporcionó seiscientos adolescentes, los más bellos y buenos del país, y los vistió y proveyó ricamente. No volvió a vérseles más.

Habiendo abordado en la lejana isla, aportaron a los salvajes que la habitaban sus riquezas, sus artes, sus ciencias, su saber, sus virtudes, en una palabra, toda la antigua civilización china.

Los japoneses han conservado el recuerdo de esta emigración, y muestran todavía, cerca de la costa, unas grandes piedras, ruinas del templo que se elevara en otro tiempo en testimonio de reconocimiento a Sion-Fou, el ingenioso médico.

Bandera con la Sagrada Forma

En los tiempos en que Esteban de Blois y Matilde se disputaban la corona de Inglaterra, David, rey de Escocia, favorecía a Matilde, y a Esteban le apoyaban los normandos y la mayor parte de los ingleses. Para despertar el entusiasmo de estos últimos, los barones normandos buscaron el auxilio de los santos ingleses, que en otro tiempo habían despreciado, e hicieron reaparecer las banderas de San Culberto de Durham, San Juan de Beverley y San Wilfrido de Ripon, y las ataron a un mástil, que descansaba sobre un giganteseo carretón de cuatro ruedas, poniendo en el extremo superior una cajita con una hostia consagrada.

Con estas enseñas dieron la batalla famosa que recibió el nombre de "Batalla del Estandarte" en 1138, cerca de Allerton (Inglaterra).

DE LA ESCENA MUDA

Con el empresario del Empire, señor Humberto Cairo: sus impresiones de Europa, artistas y películas.

Cairo regresa de Europa.—

El empresario de uno de nuestros principales cinematógrafos, y aquel que ofrece gran parte de las primicias más importantes en materia de films, el señor Humberto Cairo, que dirige el Empire, acaba de regresar de un rápido viaje a Europa, en busca de atracciones y films para combinar sus espectáculos de la próxima temporada. Cairo nos confía sus impresiones, respecto a cuanto vió de más interesante en las diversas capitales que visitó: Barcelona, Madrid, Milán, París. Londres:

—Lo más interesante que se veía en la ciudad condal no hace más de tres meses era la opereta "El dictador", representada con llenos en el Paralelo, por la compañía de Sagi-Barba. Funcionaba también el Liceo, abierto este teatro lírico famoso gracias a la contribución de los propietarios de palcos, sin lo cual no hubiera habido temporada; asistí a un "Barbero de Sevilla", cantado por el barítono Stracciari, en franca decadencia, por un tenor nuevo, español, que fué siseado por el público, en número que ocupaba sólo una cuarta parte de la sala. Otro espectáculo atrayente era el que ofrecía en la misma ciudad la compañía de revistas de Velazco, —que aquí vimos en el San Martín,—funcionando en el Tívoli, con regular éxito.

En Madrid,—agrega—sólo había tres espectáculos de interés: la opereta "La Bayadera", por la compañía de Cadenas: lujosa, bellas mujeres, bien representada, notables decoraciones, todo en un escenario no mayor que el Maipo. Cadenas, no tendría inconveniente en venir a Buenos Aires, y aceptaría proposiciones para 1925. En el Apolo se daba "Doña Francisquita", del maestro Vives, con la compañía que el empresario Delgado tiene allí y presentará este año en Buenos Aires. Asistí a ella un domingo, y noté escasa concurrencia en la sala, medio teatro. La obra, es una cosa agradable, discreta, realizada con buena presentación aunque con intérpretes flojos, excepto el tenor. Y no había en la corte otra cosa de valor, a no ser la actriz Catalina Bárcena; su compañía que dirige Martínez Sierra, el esposo de la artista, estaba representando "Una noche en Venecia", obra de Eduardo Marquina, insípida y detestable como espectáculo, todavía peor que la fantasía oriental que presentó la Guerrero en el Cervantes el año anterior. Muy poco público en el teatro. Ella, una gran actriz. Hice oferta a la empresa para conducir la compañía a ésta, pero como se trataba de presentarla en el Maipo, no aceptó Martínez Sierra, aunque reconoció que nadie le haría una oferta como la mía: un seguro de 300.000 pesetas."

Concluyendo con sus impresiones de España, Cairo expone, como dato curioso que la compañía Niccodemi fracasó, financieramente, en Madrid, aunque su éxito artístico fuera grande. Un caso de falta de ambiente y de incomprensión del público.

Ya en París, en plena gran temporada teatral, nuestro empresario asistió al espectáculo de mayor resonancia y valor artístico: la representación de la conocidísima "Femme Nue", de Bataille, interpretada por un cuadro de artistas de primer orden: Ivonne de Bray, protagonista, secundada por el actor Francén, tan admirado aquí, y Mlle. Dorziat, que nos visitó últimamente; un espectáculo magnífico, Mlle. De Bray soberbia en su interpretación. Por lo demás, el artista con menor papel aparecía en el cuadro como un gran actor.

En el "Eduardo VII" dábase "Le lion et la poule", por Sacha Guitry, interviniendo este, su autor, su padre Lucien Guitry, el famoso cómico Polain, Mlle. Spinelly, con un éxito de interpretación extraordinario. Luego vió en el nuevo teatro "L'etoile", inaugurado por esta compañía, otra obra de Sacha Guitry, menos feliz: "L'accroche-coeur", de asunto curioso, pero con un final que enfría al publico, y donde se distinguían el autor y la actriz Ivonne Printemps.

Como revista, nada más feliz que la de Rip, "La revue des Capucines", a base no de gran espectáculo sino de "esprit", de la mejor calidad: allí se burla a Mistinguett por su pretendido fracaso en Buenos Aires. Otra revista interesante era la del Palace, de Dufrenne; y se iba a inaugurar el Empire, con otra revista donde debutaría Chevalier. El empresario Seguín se disponía a inaugurar también, bajo su dirección, el Apolo, al lado del Casino de París, para el cual, dicho sea de paso, Volterra había contratado en una suma fantástica a Mlle. Mistinguett, precisamente para evitar que se la contratara su competidor vecino Seguin. Sobre otra conocida, Mlle. Parysis, el señor Cairo nos dice que alcanza gran éxito en el Concert Mayol, y su canción "Sur l'Boulevard" es ya célebre. En el Casino de París tenían éxito los enanos rusos que vimos aquí y un número de focas amaestradas. En el campo de la opereta sólo es digno de mención el "succés d'estime" de "Madame", producción de Ivain, el músico de moda, que no ha superado, ciertamente, sus congéneres "Dedé y "Tabouche".

De tres artistas que nos visitarán este año nos da también noticias Cairo: Mlle. Florelle, debutó a principios de febrero, como actriz, en una comedia que se daba en el Antoine; Randall,—que ha de acompañarla en sus representaciones a realizarse en el Empire, en marzo próximo,—se disponía a efectuar su "rentrée" en el Bataclán, con "La danse des libellules"; Raquel Meller,—que, con toda seguridad nos visitará este año, en el Empire,—efectuó su "rentrée" en el Concert Mayol. Respecto a actores del género de Randall, cancionistas y bailarines de salón, nos dice nuestro empresario que no encontró ninguno que pudiera aventajar a este. Sólo Chevalier, que es el maestro y modelo del género, pero Chevalier no sale de París, donde gana cuanto quiere, y le es permitido trabajar en teatros y conciertos alternativamente.

La mayor novedad de Londres y de considerable interés, era la opereta "Little Nelly Kelly", que obtenía éxito enorme; y luego, los espectáculos de variedad por la compañía "Los Optimistas", una cooperativa de artistas, que ofrece notas cómicas, "sketchs", canciones al piano, bailes, etc.,en el Gaiety.

Finalmente, en Italia, a su paso por Milán, Cairo asistió al espectáculo que despertaba mayor interés: "El conde Bresciani", de Forzano, el conocido libretista; y si bien la obra tiene éxito, y no carece de valor, deja advertir, claramente, que es un libreto de ópera, destinado a ponérsele música...

En cuanto a películas, Cairo trae una producción que ha alcanzado gran éxito en París: "La Bataille", asunto tomado de la célebre novela homónima de Claude Farrere Sus intérpretes principales son los famosos artistas japoneses Sessue Hayakawa y su esposa Tsuru Aoki. Actuó para la filmación, la escuadra japonesa. Esta cinta permaneció quince días en el cartel del Gaumont Palace Parisiense donde sólo se pasa, lo más, cuatro días consecutivos una producción: testimonio de su gran aceptación.

Un éxito cinematográfico europeo, dice, es la cinta "Koenigsmark", asunto del novelista Pierre Benoit, cinta que ha comprado la Sociedad General para exhibirla este año a nuestro público. Exito muy considerable ha obtenido, también, la cinta "Violetas imperiales", interpretada por Raquel Meller, que aquí dará a conocer la "New York Films Exchange", representante de la casa Gaumont, distribuidora.

Sobre Raquel Meller, la artista tan admirada por el público, Cairo suministra datos particularmente interesantes. Raquel Meller, dice, nunca estuvo enferma y el impedimento real que tuvo para no visitarnos el año anterior fué el trámite de su divorcio, que no le dejó oportunidad tampoco de cumplir su contrato en Estados Unidos,—y luego la necesidad de posar para rehacer escenas mal filmadas de "Violetas imperiales", donde ella aparece interpretando el papel de la emperatriz Eugenia de Montijo. Esta película, cuyo capitalista es el empresario Cochrain, que ha de conducir a la artista a Norte América, tuvo por director al notable "metteur-en scene" francés Russell, y costó 750.000 francos. Ya ha producido medio millón de francos su exhibición en Francia, y en España 100.000 pesetas. En París se exhibía en la sala Marivaux, con llenos a 10 francos la localidad. Este éxito artístico reporta grandes ganancias a la Meller, interesada en un 30 por ciento en la explotación del film.

Raquel Meller vendrá a Buenos Aires no sólo como cancionista, sino para actuar como artista cinematográfica; el director Russell,—que hará con ella una película judía, que exige un viaje a Palestina y otro a Polonia,—se dispone también a realizar otro film que tiene por ambiente España y América. Vendrá toda la compañía cinematográfica que secunda a la Meller, la cual después de Buenos Aires, partirá por el Pacífico, para filmar y cantar, hasta llegar a Estados Unidos, para cumplir allí su contrato y regresar luego a Europa. La célebre artista llegará a fines de mayo, para presentarse en el teatro del señor Cairo, el Empire, y su compañía cinematográfica, con Russell, embarcará en julio.

Raquel Meller,—que manifiesta una gran simpatía para la Argentina, muy reconocida a los agasajos que le tributó nuestro público, y deseosa que se haga llegar a las familias sus saludos y la expresión de su agrado ante la perspectiva de volver a actuar para ellas,—es, actualmente, la artista de más renombre dentro de su género, en París. Basta para demostrarlo citar este dato: ella, que impuso la actual moda del cabello corto, es la invitada de honor, a la que se ofrece todo de regalo, en las casas de moda, peinados, sombreros, hoteles, restaurants y todo sitio público distinguido en la capital francesa, como atracción del gran mundo que los comerciantes saben cuánto beneficio reporta. La artista reside habitualmente en París, y ha adquirido últimamente un precioso chalet en Saint Cloud donde reside con su hija y parientes.

PARA LA GENTE DE CAMPO

LAS PLAGAS DE LA AGRICULTURA

LA ISOCA DEL ALGODONERO
(Alabama argillacea, Hbn.)

CÓMO SE RECONOCE

Las hojas de las plantas invadidas se encuentran comidas por gusanos u orugas de color verde a verde obscuro. A veces comen los botones y hasta las ramitas tiernas pueden ser devoradas, cuando las hojas escasean.

PERJUICIOS QUE OCASIONA

Cuando la invasión es severa, pueden ocasionar pérdidas importantes. Las plantas atacadas pierden sus hojas y por consiguiente no adquieren su desarrollo normal. Los capullos son pequeños y la fibra y la semilla de calidad inferior.

SU DESARROLLO

Pasa el invierno en estado de adulto o mariposa escondida en los pastos duros. Ésta deposita sus huevos (500, más o menos) sobre la cara inferior de las hojas que se encuestran en la parte alta de la planta. Las larvitas o gusanitos que salen de éstos, son, al principio, de un color amarillento, pero pronto toman un color verdoso con fajas pronunciadas a lo largo del cuerpo. De una a tres semanas tardan para adquirir su completo desarrollo, devorando las hojas, brotes tiernos y a veces los botones. Por último, crisalidan en una hoja doblada y de 7 a 30 días sale la mariposa o adulto. Ésta es de color ceniciento, algo aceitunado, con una extensión de alas que alcanza a 3 y ½ centímetros. Vuela únicamente después de la puesta del sol y se alimenta de frutas maduras y néctar. Hay de cinco a siete generaciones por año, según la zona en que se encuentra.

CÓMO SE DIFUNDE

La mariposa o insecto adulto puede llegar a grandes distancias por medio del vuelo. En esta forma se difunde con suma rapidez.

CÓMO SE COMBATE

1.—*Por medio de las sales arsenicales.*

El procedimiento más práctico y eficaz para destruir las isocas del algodonero, es la aplicación del verde de París o arseniato de plomo o de calcio sobre las hojas, finamente pulverizado. Esto se efectúa con máquinas especiales espolvoreadoras a mano o bien tiradas por caballos y que espolvorean cuatro hileras a la vez o con aparatos más sencillos, como el que a continuación se describe:

Sobre las dos extremidades de un palo se asegura dos bolsas de género suficientemente poroso para permitir la salida del polvo insecticida. Este aparato puede llevarlo un hombre a caballo, quien podrá tratar dos hileras a la vez. Las bolsas deben tener un largo de 25 cm. por 10 cm. de diámetro, son abiertas por todo un costado con las dos extremidades fuertemente cosidas. El género debe ser de tarlatán u otro análogo. El palo es un tirantillo de 1 y ½ metros de largo con agujero de 3 cm. de diámetro perforado a 12 centímetros de cada extremidad y que servirá para llenar las bolsas que se encuentran aseguradas al palo con tachuelas. Cuando las bolsas están llenas, el polvo arsenical sale con muy poca agitación, pero cuando está por terminar, será necesario golpear el palo de vez en cuando para que salga el veneno en cantidad suficiente.

2.—*Por medio de la rotación de cultivos.*

Por medio de la rotación y diversificación de los cultivos, se puede librar un campo de esta plaga.

3.—*Empleo de variedades de fibra corta en zonas muy atacadas.*

En vista de que la semilla tiene tanta aceptación, es preferible en las zonas de mucha invasión, sembrar las variedades de fibra corta que no adquieren el desarrollo espeso y cerrado de las variedades de fibra larga. En esta forma las filas resultan más abiertas, se podrá reconocer con mayor facilidad una invasión de las isocas y por último, se podrá aplicar el polvo insecticida con mayor economía y facilidad.

4.—*Fomentar la propagación de pájaros insectívoros.*

Los pájaros comunes insectívoros, como venteveo, pirincho, pico de plata, etc., deben ser protegidos, estableciendo sitios favorables para la nidificación, etc. Estos destruyen una gran cantidad de isocas, y pueden producir resultados sorprendentes si abundan en la primavera, cuando aparece la primera generación de isocas.

EL PICUDO DEL ALGODONERO
(Anthonomus grandis, Boh.)

CÓMO SE RECONOCE

El picudo del algodonero es un pequeño insecto cascarudo de ½ a ¾ cm. de largo, de color pardo ceniciento. En su estado larval es un gusanito blanco que se alimenta en el interior del botón floral, el cual no se desarrolla y generalmente cae al suelo. Las larvas o gusanitos se pueden distinguir fácilmente de la lagarta rosada, isoca del algodonero o de la oruga del capullo, por no tener patas, y por su color blanco.

OBSERVACIÓN

Este insecto no ha sido hallado aún en la República. Cualquier persona encontrando un insecto desconocido en el capullo o botón floral del algodonero debe comunicar en seguida su hallazgo al Ministerio de Agricultura, enviando muestras de los insectos para su clasificación.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

Fraternidad

Yo te quiero, amiga, buena y santa amiga,
no con el cariño torpe de los otros,
que porque te vieron caer te persiguen,
para hundirte, fieras, aún más en el lodo.

Yo te quiero, amiga, con ese cariño,
que nace espontáneo en mí para todos
aquellos que un día pecaron; y nunca,
sobre lo que hicieron yo los interrogo.

Por ti siento el mismo cariño que siento
por mis hermanitas, por eso me enojo,
cuando tú me dices: no, yo no merezco,
de esa bondad suya, tan suave, ni un poco.

Es que tú aunque quieras ocultarlo, piensas,
que yo como otros, no soy más que un lobo,
que se ha disfrazado de mansita oveja,
para así tenerte después a su antojo.

Yo bien lo comprendo, pues el golpe rudo,
que en tu almita buena abrió surco hondo,
te ha hecho desconfiada, te ha hecho recelosa,
te ha hecho ver mil cuadros de bajeza y dolo.

Y hoy lloras, vencida, en el vergel mustio
de tus ilusiones, donde hubo el tesoro,
de flores quiméricas y de aves de ensueño,
de perfumes gratos y maravillosos.

Yo comparto el llanto de esos ojos magos,
que un día nefasto se abrieron atónitos,
queriendo ver todas las grandes bellezas,
que le prometieron labios mentirosos.

Yo comparto el llanto, manso y resignado,
lustral agua célica que te baña el rostro,
y que reivindica para tu alma triste,
las glorias ansiadas de un futuro hermoso.

Y estos versos suaves y mansos y lentos,
vayan cual caricia de perdón, y a modo,
de anatema duro contra las fingidas
frases de consuelo que te dieron otros.

Sí; para esos lobos vestidos de ovejas,
que sus torpes goces logran con el oro,
manchado de sangre de vidas que gimen,
bajo el ''knout'' cobarde de los poderosos.

Y a cambio de ese oro, yo te daré el de éstas,
estrofas escritas, al amor de un hondo
sentimiento humano, si no vale mucho,
por lo menos nunca lo manchó el oprobio.

E. RODRÍGUEZ GARCÍA.

Vano silencio

Para mis hermanitas Tilde y Negra.

Aunque ocultarlo prefieres
yo no ignoro que me quieres
con un cariño profundo;
y sé que tu pensamiento
no me olvida ni un momento,
ni un instante, ni un segundo!

Porque si tu alto orgullo
silencia el bello capullo
que forman tus labios rojos;
lo confiesa la mirada
inquieta y apasionada
con que me envuelven tus ojos!

Domingo F. ARIETTI.

La idea

Para ''Fray Mocho''.

Bella flor del jardín del pensamiento,
luz que surge alumbrando el Universo,
fruto vital del cerebral esfuerzo,
faro en el negro mar del desaliento.

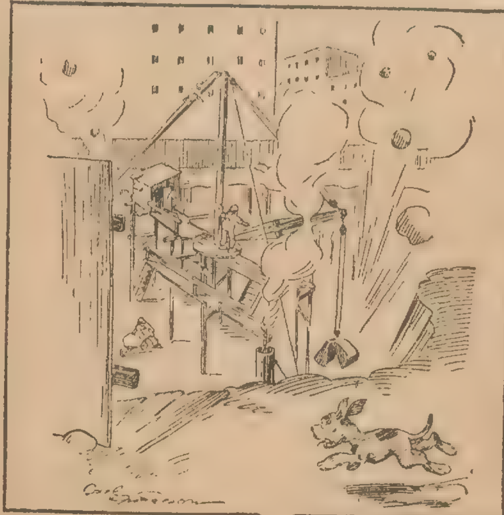
A tu arribo disípanse las dudas
que obscurecen la sana inteligencia
y el hombre se prepara con tu ciencia
a ser un vencedor en luchas rudas.

Tú tienes un valor incalculable
porque haces que nada sea estable
y eres causa de toda evolución,

Idea, gran antorcha de la Tierra,
tu misteriosa formación encierra
el germen de la humana salvación.

Luis B. CASSAGNE.

TERRIBLES CONSECUENCIAS DE LA EXPLOSIÓN



—¡Qué bárbaros! Me van a desenterrar mi hueso.

Yo

Para ''Fray Mocho''

Yo soy un Don Quijote que ambulo por la vida,
azuzando al jamelgo de mi imaginación,
sin yelmo de Mambrino, ni lanza, ni guarida
para mi pobre alma perdida en la Ilusión.

Busco una Dulcinea para mis tristes horas
—¡ah, dicha grata y honda que no conseguiré!—
y en las mujeres veo tan sólo pecadoras;
pero, a pesar de todo, yo no pierdo mi fe...

Y así, loco de ensueño, vagando en la Quimera,
sin brújula, perdido en un mundo cualquiera,
pero buscando siempre la sublime Verdad;

llenando de tesoros la alforja de mi mente,
voy sin rumbo ni guía, como cualquier demente,
cumpliendo mi destino hacia la Eternidad...

Miguel A. CANAVERY.

Cuando a solas

Mecida por las olas, ya cansada,
mi barca nos espera allá amarrada
a orillas de la mar.
Un remo en cada mano empuñaremos
y en pos de nuestro ensueño nos iremos
remando sin cesar.

Y al blando balanceo de las olas,
allá en la dulce calma, cuando a solas
los dos estemos ya;
un largo y tierno idilio entablaremos
y en íntimo consorcio seguiremos
remando más allá...

Haremos de la vela nuestro techo,
del fondo de la quilla nuestro lecho
y en dulce platicar,
allá cuando despunte el nuevo día,
los dos descansaremos, bella mía,
en medio de la mar.

Y luego, al despertar de nuestro sueño,
con ansias de llegar en nuestro empeño
al puerto terminal,
los remos nuevamente empuñaremos
y juntos, ya en la meta, cantaremos
un himno celestial.

Alfredo BAGNALASTA.

Desde las sierras

Ya no es la misma
muchacha traviesa,
que de mañanita
sus cantos me diera;
hoy está más triste
la encuentro más seria,
tienen dos violáceos
surcos sus ojeras,
hay en sus miradas
muy hondas tristezas,
como si en su pecho
tuviera una pena.
Quién sabe la causa,
quisiera saberla,
yo la ayudaría,
ha sido tan buena!
Quizás sea la causa,
que vino a las sierras
un joven que usa
camisa de seda;
anteojos muy grandes,
como esos que lleva,
con cierta arrogancia,
la gente pueblera.
Él la mira mucho,
y he notado en ella
que también lo mira,
que quizás lo quiera;
pero, no me explico
por qué la tristeza;
cuando estamos solos
no es la traviesa
muchacha que siempre
sus cantos me diera...
Malhaya la gente,
la gente pueblera
que todos los años
se viene a las sierras!

Juan de DIOS MENA.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre „ „ $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre „ „ „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . „ „ „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico.	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande.	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico.	„ „	„ 6.—	1.50



De la escena muda



John Gilbert, notable actor joven de las películas de la Fox.



Una escena de "La charca del diablo", película francesa, en la cual se ha adaptado una novela de George Sand, y que la New York Film estrenará hoy. Son sus principales intérpretes Gladys Rolland y David Evremond.



Un pasaje de "La región fronteriza", cinta de la Paramount, recientemente dada a conocer por Max Glücksmann. La bella Agnes Ayres y Milton Sills, encarnan los más salientes papeles.



Uno de los más notables films de la temporada próxima será "The hill Billy", con Jack Pickford de protagonista, y del cual ofrecemos la presente escena. Será estrenado por su productora "Artistas Unidos".



Escena del cinedrama "Sesenta grados bajo cero", cuyos intérpretes son Nell Shipman y Lewis Stone, y que la Corporación Argentino-Americana de Films distribuirá desde primero de marzo próximo.



Un bello pasaje de "El caballero gitano", cinta sello "American", en la que actúan de protagonistas Georges Carpentier y Flora Le Bretón, y que ha difundido en estos días la casa Max Glücksmann.



Otro interesante cuadro de la obra "Sesenta grados bajo cero", que en breve será exhibida.



ENLACES



SAN PEDRO (Buenos Aires).—Señorita Ana Rosa Garret, que recientemente se desposó con el señor Juan F. Langlois Hidalgo.



LOMAS DE ZAMORA.—La señorita Carmen Arturi y el señor José Cavatorta, después de su matrimonio.



CAPITAL FEDERAL.—Señorita Matilde Arroyo, que en breve contraerá enlace con el señor Fernando Campán.



MENDOZA. — La señorita Hilda M. Díaz y el señor Santiago J. Boero, después de la ceremonia nupcial.



PERGAMINO.—Señorita Carmen Angiorama, cuyo enlace con el señor Juan Bonazzi Torres se efectuará próximamente.



RUFINO.—Enlace de la señorita María Gullerac con el señor Carlos Derudi. Los contrayentes y algunos invitados

DEMOSTRACIONES



Banquete dado en honor del doctor Alejandro Mattia, en el Tennis Club de Villa Devoto.—En la cabecera de la mesa aparece el obsequiado, el gobernador del Neuquén, teniente coronel Denis, el general J. Rodríguez, doctor Carlos Ponce, señor Alfredo Maggi, doctor Carlos Molina Portela, doctor Armando Paolucci y señor Adalberto Staud.



Personas que asistieron al banquete que le fué ofrecido al señor Cayetano Gerli, por un grupo de amigos, con motivo de su viaje a Europa.

TELEFONISTAS MILITARES



Personal telefonista que, durante tres meses, actuó en la Escuela de Tiro, al frente de la Sección Comunicaciones, obteniendo un completo éxito en los servicios que le fueron confiados.

FIESTAS AL AIRE LIBRE



Algunas de las familias que concurrieron al pic nic organizado por la sociedad Unión Cultural de Villamarín, y recientemente llevado a efecto.

Fot. Giraz.

Figuras que desaparecen: EL VIEJITO RAFFAELLI



"Un político".



"Anciana en la nieve". Propiedad del Museo Nacional de Bellas Artes.

"Juan Francisco Raffaelli — escribió Rodin — es un artista, para el cual el vocablo "original" ha sido hecho."

A los catorce años, pasó como un bólido por un taller donde se enseñaba el dibujo. Pero, en verdad, su mejor escuela fué la calle tumultuosa o la humilde serenidad de los caminos. Su bella voz, procuróle los elementos más indispensables de vida y también colores y pinceles. Así fué cantando como un pájaro, de iglesia en iglesia, junto a la gravedad del órgano, "Gloria in excelsis" y "Dies irae", para entregarse, en la fiebre de una labor nocturna, a desentrañar gentes y escenas anotadas nerviosamente en las páginas de su álbum.

Luego pudo pintar, delineando su rumbo, hacia la suprema aspiración "de la belleza esencial y característica". Y apartándose de todo canon, desdeñando la impresión, el posterior realismo y sus consecuencias, voló sin trabas haciéndose tan personal y puro, que es hoy un admirable ejemplo de originalidad, que brilló en los últimos tiempos, en un vértice del triángulo, que también formó Steinlen, cuyo punto más alto lo ocupó siempre Monet, el glorioso y viejo roble de Giverny, última luz de la senda sobre los mistificadores y mercaderes.

"Les forgerons buvant", el precioso retrato de



"Soñando".

su hija, "La mujer en la nieve", son piezas de un gran valor artístico, pero no alcanzan la elevada significación y el poder expresivo de los cuadros del maestro, cuando—con su "caracterismo", como quiso dominarle—puso toda la emoción de su alma en los hombres del pueblo, traduciendo su verdadero espíritu en la calle, o en la tristeza de las rutas bajo las arboledas grises.

Es tan popular la obra de Raffaelli, que no existe museo ni colección privada de alguna importancia, que no guarde entre sus mejores piezas, una tela de este gran romántico, mal clasificado por alguno de sus compatriotas como pintor realista.

Hoy, sus ojillos escrutadores, se han cerrado para siempre. La mano leal, no volverá a tenderse al barrendero, al cargador o a la modistilla. Su boca, que guardó en un gesto de dolorosa sonrisa el hábito de las malas horas, no tornará a sostener su propósito de belleza esencial. Y las rutas solitarias, no verán aparecer la típica silueta del anciano buscador de imposibles, que llevó sobre su corazón la flor triste del loto: "desnuda, como un alma, sobre el mundo oriental".

Blas LUJAN.



Gente Menuda.



EN MAR DEL PLATA.—Niño Pérez Alem.



Jorge Alberto y Margarita Alicia Piana.



Raquel y Olga Relali.



Niñas de Raveró.



CAPITAL FEDERAL. — Ricardo Felippelli.



Darma Georgina Talavera.



Abel Angel Fumagalli.



Lucía López Pina.



Anita Torlasco.



Rosita Smurra.



María Delia Torlasco.



Félix Mañalich.



Isabel Nélida Maresca Buchon.



Leonor, María y Roberto Lorenzo.



Romulito Bernal.



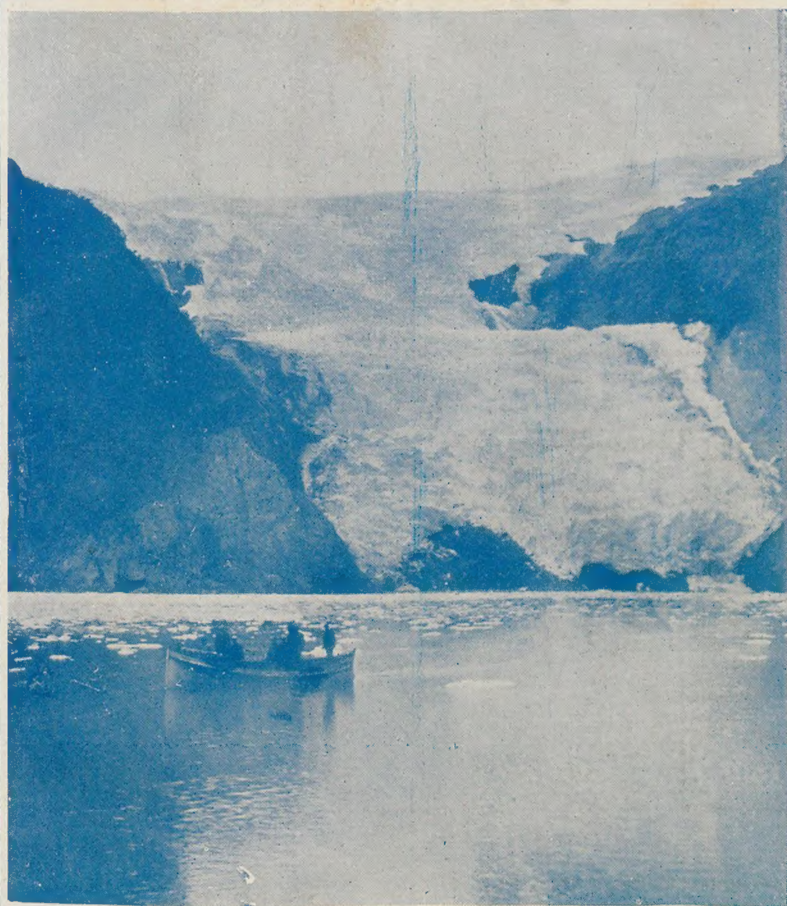
Juan Antonio Grané.



Ernesto y Aníbal Escudero.



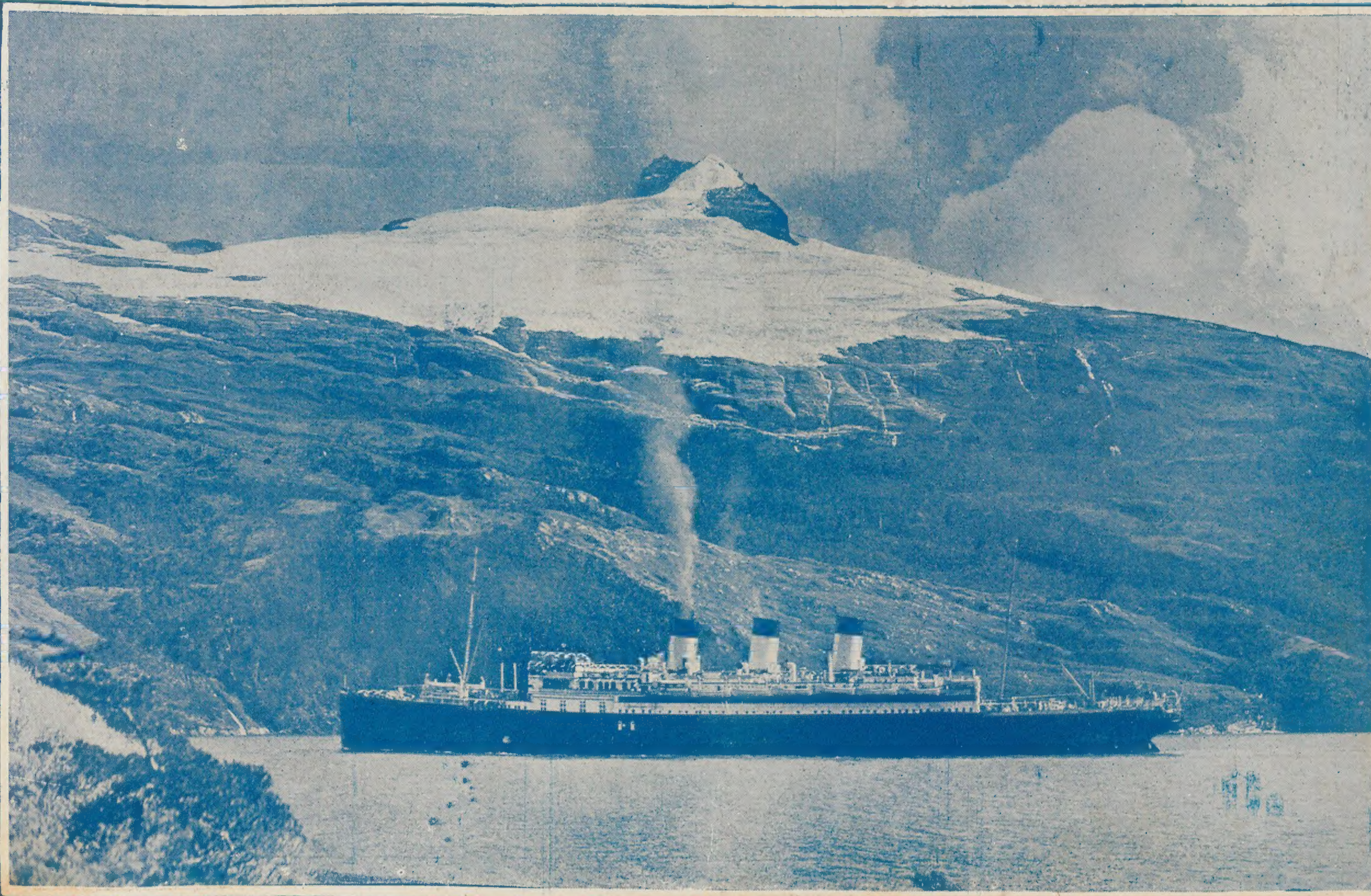
FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



El glaciar grande de la bahía Garibaldi, pequeños témpanos de hielo y un bote del "Cap Polonio".



La cascada del monte Olivia, en Ushuaia.



El "Cap Polonio" fondeado en la bahía Garibaldi.

Fots. Juan C. Dantiacq.

Cía. Gral. de Fósforos, Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires